

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

MANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 6-12 diciembre 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 262

¡AY, DE MI IMPERIO!

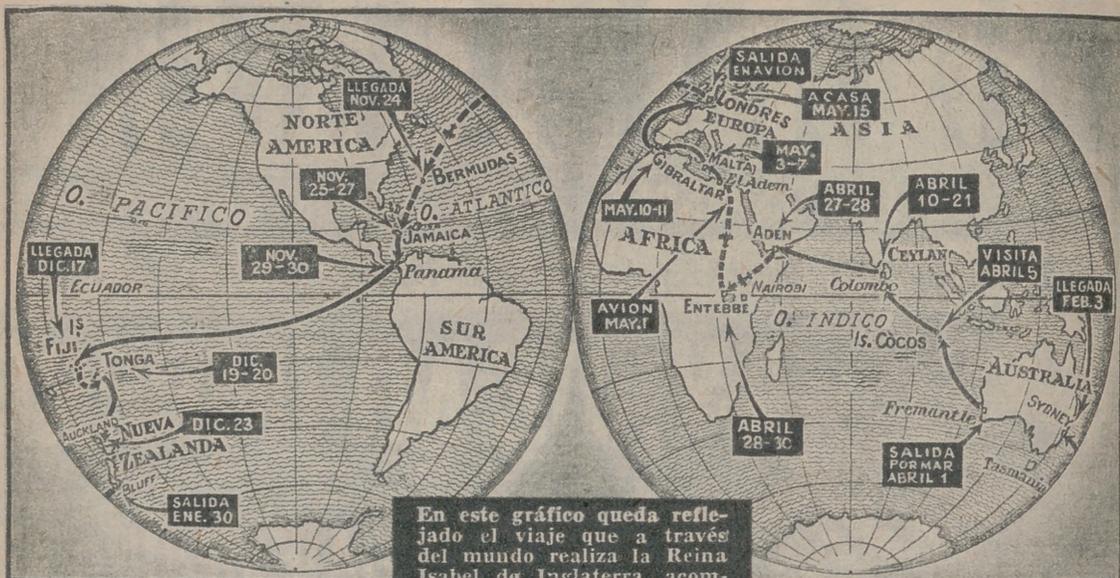
EL PRIMER VIAJE DE UNA REINA
A SUS DOMINIOS QUE BIEN
PUDIERA SER EL ULTIMO



GIBRALTAR ESPAÑOL



¡AY, DE MI IMPERIO!



En este gráfico queda reflejado el viaje que a través del mundo realiza la Reina Isabel de Inglaterra acompañada de su marido. Un viaje de circunvalación a los «Dominios de la Commonwealth», en que, en el mejor de los casos, pudiera ser un adiós a un Imperio en franca decadencia

EN 1866, cuando el Imperio Británico había alcanzado ya la cúspide de su grandeza, el escritor Stanley Jevons cantaba «en la prosa mercantil del «Morning Post»—parafraseando a Eça de Queiroz—el poderío de Inglaterra: «Actualmente, las cinco partes del mundo son nuestros tributarios voluntarios. Las llanuras de América del Norte, Rusia, he ahí nuestros campos de trigo; Chicago, Odesa son nuestros graneros; Canadá, los países bálticos, nuestros bosques. Australia, contiene nuestros rebaños de ovejas. América, nuestros rebaños de bueyes; Perú nos envía su plata, California, Australia, su oro. Los chinos cultivan el té para nosotros, y de las Indias Orientales afuyen hacia nuestras orillas el café, el azúcar, las especias. Francia y España son nuestros viñedos; el Mediterráneo, nuestra huerta; nuestro algodón lo traemos de los Estados Unidos y de otras muchas partes del mundo...»

A su vez, y en la misma época, sir Charles Dilke escribía: «En 1866 y 1867 he seguido en Inglaterra dando la vuelta al mundo: En todas partes me he encontrado con países que hablan el inglés, con países que Inglaterra gobierna... La idea que en todos mis viajes me ha servido de compañía y de guía es la convicción de la grandeza de nuestra raza.»

Sí; así era de grande y de poderoso el Imperio Británico, conservado por los cañones de la «Home Fleet», ensanchado por geniales aventureros como Clive y Cecil Rhodes y administrado por coroneles «rojos de Porto y acribillados de deudas» y por banqueros de la City. Cuando se celebró el jubileo de la Reina Victoria, aquella Inglaterra a la que Shakespeare había llamado «un nido de cisnes en medio del mar», estaba borracha de gloria y de grandeza. «El planeta se redujo a las dimensiones de una oficina inglesa.» Sólo un hombre, Rudyard Kipling, no perdió la cabeza, como en su famoso poema «If»—y lanzó su agorera advertencia contra el destino: «Dios de

los Ejércitos: No nos abandones, a fin de que no nos abandonemos».

COMO UNA SOMBRA

Ha llovido mucho desde 1866. La estampa de Stanley Jevons se ha desteñido, como una vieja litografía, y el Imperio Británico no es más que una sombra de su pasado. La «World Leadership», la jefatura mundial, ha pasado a otras manos, a las de aquella colonia—los Estados Unidos—, que eran sucesivamente sus campos de trigo, sus pastos de corderos, sus minas de plata, sus campos de algodón, etc., y el inglés trotamundos, aventurero, emprendedor, se ha convertido, según palabras de sir Winston Churchill, en un ser sedentario y melancólico, dispuesto sólo a luchar por sus gafas y por sus dentaduras

postizas. «Sic transit gloria mundi».

Se acabaron los «tributarios voluntarios»—voluntarios forzosos, como el recluta del cuento—, y el mundo ha dejado de desempeñar el feliz y brillante papel de despensa ubérrima de John Bull. Se acabó, incluso, el viñedo español.

VIAJE DE IDA Y VUELTA

Como queda dicho, sir Charles Dilke hizo su viaje de circunvalación entre 1866 y 1867, al terminar sus estudios en la Universidad. El mismo viaje, aproximadamente, que están haciendo ahora la Reina Isabel II y su marido, el duque de Edimburgo, casi un siglo más tarde. Sólo que a sir Charles le acompañó la «convicción de la grandeza de nuestra raza», y a la real pareja británica le acompañará la convicción de la decadencia de una raza y de un Imperio.

En realidad, esta oficialmente denominada «Commonwealth Tour» sólo es a medias, por no decir a cuartas. De los siete Do-

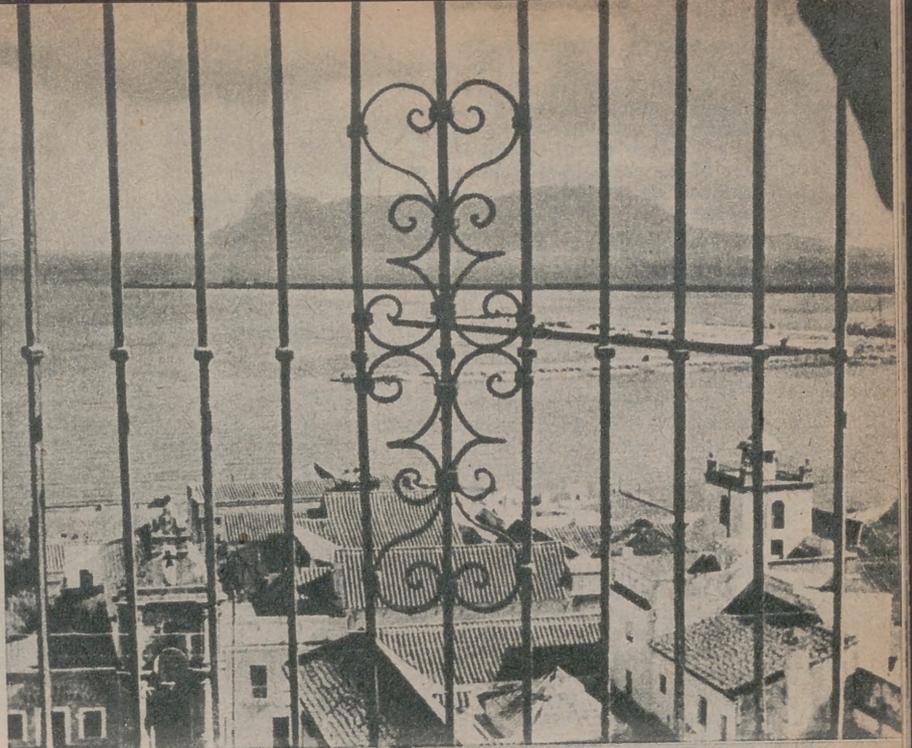


minios de la Commonwealth—Canadá, Unión Surafricana, Australia, Nueva Zelanda, India, Pakistán y Ceilán—, la Reina Isabel II visitará únicamente Australia, Nueva Zelanda y Ceilán. Otras colonias, protectorados y territorios, que están en su ruta, son habitualmente soslayados. Decimos habitualmente porque los organizadores del viaje han tenido en cuenta las circunstancias políticas del itinerario, erizado de dificultades y poco propicio, en muchas ocasiones, a los entusiasmos «prefabricados». Con el mapa de la Commonwealth Tour a la vista no podemos dejar de admirar la maestría con que los citados organizadores han eludido los dificultades políticas, zigzagueando con el lápiz por el planisferio.

Primera etapa: Bermudas. La Capri del Atlántico, que vive del turismo norteamericano y que sólo puso como condición para traspasarle a la Reina un recibimiento cariñoso la evacuación de 154 soldados británicos que quedaban en la isla y la expropiación de los terrenos que ocupaba la Royal Navy. Ninguna dificultad y excelente negocio para el turismo isleño, que permite a los bermudianos vivir sin pagar impuestos.

Segunda etapa: Jamaica. Lo mismo que en las Bermudas. Adelante.

Pero un poco más abajo está la Guayana británica. ¿Qué hacer? Nuestros lectores recuerdan, sin duda, que la Guayana británica su Dr. Jagan estaban planeando un golpe de Estado—comunista, naturalmente—contra el poder británico en dicha posesión. Londres, temeroso de que los com-patriotas del Dr. Jagan perdieran, bajo un régimen comunista, la «dulzura de vivir» de que ahora disfrutaban a la sombra protectora y benévola de la «Union Jack», si bien es cierto que el nivel de vida de tan amados súbditos es bastante deplorable; Londres, decimos, envió rápidamente tropas para conjurar el peligro, democráticamente nacido de unas elecciones recientes. Por si pudiera quedar algún resentimiento, los organizadores tiraron hacia las Islas Fiji y Tonga, donde el canibalismo y la devoción a la Corona jamás fueron contraindicatorias.



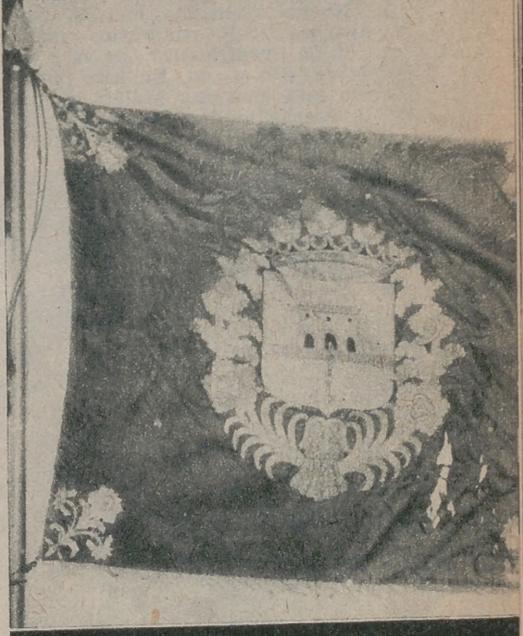
A través de una reja fué captada esta foto del Peñón

En Tonga les espera la popular Reina Salote, con sus dos metros de estatura y su enorme paraguas; como es sabido, ambas cosas sobresalieron especialmente durante las fiestas de la coronación de Isabel II, en Londres. Un chusco le preguntó a la Reina Salote si llevaba sangre inglesa en las venas (esta Reina es negra). Su Majestad contestó:

—Es posible; tal vez alguno de mis antepasados devoró a algún explorador inglés.

Aquí tampoco cabe esperar la menor dificultad, pues los antepasados de la Reina Salote han dejado de ser peligrosos hace mucho tiempo para las visitas inglesas.

Después vienen Australia y Nueva Zelanda. Hubo quien protestó, en nombre de los contribuyentes, contra los gastos excesivos que suponía el viaje de Isabel II. Pero esta clase de protestas no suele prosperar cuando



El Pendón de Gibraltar, bordado por Doña Juana I de Castilla, y que se guarda como sagrada reliquia en el Ayuntamiento de San Roque, en espera de ondear de nuevo en la ciudad usurpada

los comerciantes explican con elocuencia las ventajas que suelen derivarse de una visita tan espectacular. Por lo demás, estos dos dominios pueden permitirse ese y otros lujos, incluido el de prescindir de Inglaterra, con gran consternación del «The Times», para formar el A. N. Z. U. S. al alimón con los Estados Unidos y con vistas a su seguridad en el Pacífico.

DESINFECCION A BOMBAZO LIMPIO

Desde Australia, la real pareja salta a Ceilán, donde por el momento no ocurre nada importante. El lápiz de los organizadores ha soslayado delicadamente la India y el Pakistán, que son dos

Marineros ingleses en la calle Real de Gibraltar



Repúblicas simbólicamente incluidas en el cuadro de la Commonwealth. Previa exploración habrán demostrado que hindúes y pakistanis estaban poco propicios a reconocer de una manera tal vez excesivamente plástica la soberanía de la Corona, en su representación más sensible. Por otro lado, unos y otros no deben conservar un gran recuerdo de la dominación británica. La pintura que de ésta hizo Eça de Queiroz en «El misterio de la carretera de Cintra», no da lugar a concebir grandes esperanzas de completo olvido de las cosas pasadas.

En la Commonwealth Tour, el «Gothic» —un barco de 15.900 toneladas— va directamente de Ceilán a Adén, y de aquí a Kenia, donde por primera vez en la historia es represaliada una tribu de fanáticos negros —la de los famosos Mau-Mau— con el empleo de la aviación de bombardeo. También por primera vez en la historia la visita de una Soberana a una de sus posesiones es precedida por una bélica acción de la R. A. F. Cabe suponer, pues, que no habrá dificultades en esta escala, desinfectada a bombardeo limpio.

Nueva vacilación en los delinquentes del itinerario regio. ¿Unión Surafricana? ¿Se va o no se va? No se va. En este dominio está el doctor Malán, al que la Prensa londinense dedica diariamente el mismo vocabulario



que dedicaba a Hitler durante la batalla de Inglaterra, por su política de discriminación racial. La cosa tiene una gracia infinita. Los ingleses critican duramente al doctor Malán por su «racismo»; simultáneamente, los bombarderos de la R. A. F. están asando a los negros del Mau-Mau en los bosques y montañas de

Kenia y acaban de destituir al doctor Jagan por su política en favor del indigena de la Guayana. Por otro lado, de todos los Dominios de la Commonwealth, la Unión Surafricana es el menos respetuoso con la Corona, estando dispuesto incluso a convertirse en una república cuando llegue la ocasión, que se presentará muy pronto. Nada, pues, de viaje a El Cabo. Rumbo: Norte.

Tobruk. Un recuerdo solamente de la segunda guerra mundial, donde Montgomery ganó su bastón de mariscal. ¿Por qué Tobruk y no El Cairo y después Chipre, escalas obligadas en la famosa ruta imperial?

SORTEANDO MAS «ARRE-CIFES»

Graves razones aconsejaban desviar la ruta a Tobruk. En El Cairo no es precisamente respeto y cariño lo que inspira la Corona británica. Se interpone, entre otras cosas, el pleito del canal de Suez, sobre el que nuestros lectores han leído ya bastantes cosas. Pleito que todavía no ha sido resuelto y que está acabando con la benedictina paciencia del general Naguib, del que los ingleses están diciendo que en los dieciocho meses transcurridos desde que Faruk abandonó precipitadamente su palacio de Raseltin, solo se ha ocupado de transformar el peinado y tocado de los egipcios.

En cuanto a Chipre, esta isla se ha desgañitado pidiendo su devolución a Grecia y señalando la puerta a los ingleses; éstos, incluso accedieron a un plebiscito que resultó favorable, naturalmente, a la causa pro Grecia, ignorándose si tal resultado ha sido lo que indujo a los ingleses a olvidarse por completo del plebiscito en cuestión. Así, la Reina Isabel II se queda sin visitar la isla cantada por los poetas anacréonticos.

Malta. Una fortaleza militar donde recibirá a la real pareja

El soldado inglés, fiel a su criterio imperialista, guarda celosamente la «despensa de municiones» en un polvorín subterráneo del Peñón

Una perspectiva nocturna de Gibraltar



lord Louis Mountbatten, tío de Felipe, duque de Edimburgo.

¿Qué más?

¡Ah, sí! Gibraltar.

GIBRALTAR

Como han podido ver nuestros lectores, el viaje de la Reina Isabel II y su marido ha sido cuidadosamente planeado, teniendo en cuenta las circunstancias políticas de varias «escalas» que en otros tiempos habrían sido obligadas. En unos casos se soslayaron por temor a incidentes desagradables; en otros, por una elemental prudencia política; por tacto, en una palabra.

La única excepción es Gibraltar. Aquí, ha fallado por completo esa prudencia y ese tacto que, sin embargo, parecían más aconsejables y probablemente más beneficiosos que en cualquier otro sitio. ¿Es que el «Britannia», barco en el que la real pareja realizará la última etapa del viaje, tiene que surtir de combustible en Gibraltar? Ni siquiera daríamos por válido este pretexto. Todo parece indicar que lo que se propone el Gobierno inglés desembarcar a su Soberana al pie de un peñón agujereado como un queso gruyere, y entregándole las llaves de la ciudad, es reafirmar de una manera ostensible la soberanía de Inglaterra sobre Gibraltar, dando así una impertinente respuesta a la secular reivindicación española.



En el año 1940 fue evacuada la población civil de Gibraltar, ante el temor de que la guerra llegase hasta el Peñón



Vista de Gibraltar con el Estrecho, y al fondo el Peñón de Ceuta



Entrada a la ciudad de Gibraltar, en la que subsisten las antiguas murallas de Carlos V

Respuesta inútil; tan inútil como si se diese a un sordo, porque ningún español está dispuesto a darse por enterado de que la Reina Isabel II ha desembarcado en el Peñón con sus trajes de Hartnell y sus zapatos de Edward Rayne, para recibir unas llaves que no abren ni cierran ninguna puerta. Un día no lejano, Gibraltar será tan inglés como los viñedos a que aludía Stanley Jevons. Entre los innumerales trastos

suntuarios e inútiles que recibirá la Reina Isabel II a lo largo de esta carrera de obstáculos que es la Common-

wealth Tour, el más inocuo de todos serán las llaves de la ciclópica «Rock».

A nadie sorprenderá que los españoles reaccionemos de esta manera ante el anuncio de tan inesperada visita y no abandonamos del todo la esperanza de que a última hora el Gobierno británico introduzca una pequeña modificación en el itinerario real, que aquí sería interpretado como un gesto de oportuna cortesía.

ADIÓS A LA COMMONWEALTH

Sea como quiera, la Royal Tour tiene todos los caracteres de un patético «¡Adiós a la Commonwealth!»; de un adiós melancólico a la pasada grandeza de Inglaterra. Como recuerdo de él, sólo quedará el júbilo de los hoteleros de Bermudas y Australia, el agosto de los sombrereros de Ceilán y el espléndido negocio de los fabricantes japoneses de banderitas, que han recibido grandes pedidos de esta patriótica mercancía.

A nosotros los españoles nos quedará el recuerdo de un estéril esfuerzo más de Inglaterra para aplazar el saldo inexcusable de una cuenta antigua y dolorosa.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON CAMILO JOSE DE CELA

SE me ha reprochado, Camilo José, el que haya puesto mi esperanza, como madrugador, en el éxito de tu obra, adelantándome a la fama con la propaganda, que es una manera de conceder crédito público a quienes lo necesitan porque son jóvenes. Tal vituperio contra mi estrategia de inventar por lo menos una promoción literaria en «La Estafeta Literaria» no tiene perdón de Dios, como se dice vulgarmente, aunque la misericordia divina cancela demasiados pecados de los hombres. Y a veces hasta el egoísmo (tuyo, mío, ajeno), que es lo más opuesto a la anchura de la caridad con nuestros semejantes. Todas las animalías cupieron en el Arca de Noé para repoblar después la tierra, y ¿cómo no han de poder convivir un par de escritores de la misma especie?

Yo no he añadido ni una coma a cualquiera de tus libros, ni intervine de cerca ni de lejos en la formación de tu carácter ni en la génesis de tu talento; pero creí en Camilo José de Cella, que abría la puerta a medio centenar de novelistas, entrando el primero con su «Pascual Duarte» debajo del brazo. Esta novela no la habías hecho con pedazos de tu biografía, cual acontece a casi todos los noveles y hasta a muchos que no pasan de noveles, a pesar de ser académicos y vender al peso varios kilos de papel biblia en forma de obras completas. Tu vida era una cosa y tu literatura era otra cosa; no obstante que cada palabra oral pronunciada por ti y cada ademán vivo de tu acción independiente deben ser catalogados por una Retórica y Poética que excluyera a los rípios en la existencia y a los tropos en las tertulias. Claro está que yo aposté por tu vida, como siempre apuesto en cada década por los que van a destacarse en los diez años siguientes. Nunca me he equivocado. (Y eso que llaman la traición o la deslealtad, aparte.) Uno puede intuir las dotes vitales e intelectuales de Fulano, Zutano y Perengano, pero no es posible calibrar de repente su densidad moral o sus buenos y cortésos modales de caballero. Ahora bien, Camilo José, fíjate a tu estirpe galaica y céltica, según te corresponde y no ocultes el bulto, fuiste, eres y serás un caballero. Esto no es coba, sino más bien una condena que te impongo.

En 1943 ibas entregando para EL ESPANOL de entonces las cuartillas semanales de «Pabellón de reposo», sin que tuvieras un plan y ni siquiera un índice de la novela. La técnica era inmejorable; porque así publicó en el siglo XVIII Daniel de Foe su «Robinson Crusoe», y los folletínistas de la centuria posterior (desde Dumas a Dostoievski) enjaretaron de este modo la novelística moderna, el alimento que han comido las multitudes y las minorías de Europa. Acaso por tanta improvisación, Europa está fuera de combate; pero tú, Camilo José de Cella, a ratos pintor, a trechos poeta, a veces cineasta, en alguna ocasión legionario, conferenciante, coleccionista, trotamundos, padre de familia, jamás has improvisado nada, sino que vas sacando de esa mochila de antiguo soldado, de ese morral que te acompaña con las botas de siete leguas, las siete vidas que nacieron contigo en Ira Flavia y que has de llevar y traer por los siete mares, puesto que no sólo ha de presumir de viajera una Reina.

Se volverá a decirme que esta alabanza de Camilo a troche y moche es un derroche excesivísimo de cordialidad o de bombo y platillo... Y alguien agresivamente se colocará en jarras, preguntando: ¿A qué viene esto? Pues al regreso de Camilo de nuestra América (ya que al hispanoamericano está permitido que haga mención y posesión de «nuestra España»). Uno, que es sedentario y obeso, a pesar de que uno engorda hasta con la dieta de pan y agua y aguanta su leyenda de no estarse quieto, ve salir a sus amigos en viaje turístico, universi-

tario, profesional, de luna de miel, hacia el extranjero; mientras uno permanece al pie del cañón, que es una manoseada metáfora como cualquier otra. Luego retornan los viajeros, uno tras otro, enterándonos de sus quebrantos y de sus alegrías a través del mundo, que ya es corto y chico como la palma de la mano. Camilo, has regresado a la manera de un torero (pues sólo el embajador don José Félix de Lequerica está por encima de los toreros en su triunfo diplomático), de un torero de los que no torearán de mentirijillas. Salvo con los comunistas negros de Guayaquil, puesto que tú eres anticomunista y mil por mil ario, no tropezaste con ninguna piedra, con la menor dificultad, con la más suave resistencia. A Federico García Sanchiz, que hace las Américas por su cuenta y riesgo, has sucedido tú con un nuevo arquetipo de mistero civil de la España de Francisco Franco, mas también por tu cuenta y por tu riesgo. Ya en Quito, ya en Caracas, ya en Bogotá, allí van asimismo los toreros, has sido no esa cosa fea que es el intelectual a secas, sino esa cosa cálida, caliente, que es el español de tomo y lomo, tan capaz de lucir un frac con cremallera en cierto sitios pudibundos, pero aureolado por la encomienda de Doña Isabel la Católica pendiente del cuello, como de recitar un poema, volar por la selva o pegar un puñetazo. Medio año de Camilo en América podría ser tanto el título de una novela como el de un libro de aventuras, como el de un texto didáctico para enseñanza de la juventud.

No había penetrado en el café Gijón hasta la otra tarde en tu compañía de repatriado, en medio de las peñas de cómicos, de médicos, de arquitectos y de gallegos. Aún no eran las seis en punto, que es la hora cuando empieza el turno del camarero Manolo Luna, aquel Manolo Luna, que confundían en chungu con mis «Pasado mañana, lunes», repitiendo «Pasado Manolo, Luna». El sentido esotérico de la vieja sección de EL ESPANOL era anticipar desde el sábado, o sea la antevíspera, el renombre. El café Gijón, para uno, que es gordo y apenas se mueve, le ha defraudado un poco. Pero, Camilo José, cuando te sacábamos quincenalmente en la rueda del silencioso, estábamos seguros de que tu nombre y tu renombre no se marchitarían ni en España ni en América. Porque lo fundamental (ahora llega el tercer consonante) es el hombre.

MODERNIZACIÓN DE LA

LA eficacia y ejemplaridad del personal y los servicios de Correos es, tal vez, uno de los hechos que no suelen estimarse en su justa medida. Precisamente esta eficacia y ejemplaridad, mantenidas día tras día, la abnegación y la honradez de la administración del interés público y privado, que representa típicamente la «correspondencia», constituye para todas ya algo tan normal, tan fuera de toda duda, que esto mismo suele impedir su valoración y su importancia.

Pero es incuestionable que la complejidad de la vida moderna, el progresivo aumento de la vida de relación, así como la insospechada velocidad y el ritmo acelerado a que hoy está sujeta cualquier manifestación de la actividad humana, han de acusarse, de manera excepcional, en el volumen de trabajo de cuantos intervienen en este servicio público, exigiendo de ellos, y de los medios puestos a su disposición para un normal cumplimiento de su deber, un constante afán de superación y el máximo rendimiento. Sólo en determinadas fechas nos

ESCRIBAMOS hace unos días que las masas no existen. No existen en cuanto su naturaleza es variable y actúan por sugestión y por impresiones provocadas fácilmente desde el exterior. Los movimientos de masas siempre tienen unos nombres concretos: los de aquellos que los han provocado. En el siglo pasado impresionaron mucho las concentraciones masivas que realizaban determinados políticos. En España, a principios de siglo, aterraron a la burguesía barcelonesa, las «meriendas fraternales» y otros actos organizados por Alejandro Lerroux. Empero, en la actualidad, la técnica política moderna no concede ningún valor a esas concentraciones amorfas de personas reunidas para expresar un particular y acaso transitorio punto de vista. En la actualidad lo que importa es la organización. El número sólo tiene valor cuando está sometido a una determinada disciplina y obedece a una estructura jerárquica.

Podemos decir que al hombre proletario le es sustancial la idea de disciplina, así como al hombre burgués suele prevalecer la idea de individualidad, y en algunos casos, tal vez la de individualidad anárquica. Para el comerciante, el industrial, el artista, el abogado, el médico, el mismo funcionario, la libertad es una conquista personal, una afirmación de un «yo» intransferible. Cada uno de ellos obtiene un puesto destacado por la conquista de clientes y éxitos en medio de la competencia, por la adquisición de diplomas académicos mediante el esfuerzo solitario o por la lucha entre numerosos rivales para ganar unas oposiciones. Para esos pequeños burgueses, la originalidad es una fuerza; la resistencia a obedecer ideas de los demás, un factor de éxito. El gran triunfo burgués sigue siempre a los que inventan alguna cosa, un slogan, una idea, un producto, una droga, una empresa, un proyecto.

Para las clases proletarias, al contrario, la libertad ha sido una conquista colectiva. Muchos pensadores de tipo liberal, se han dirigido a las multitudes proletarias con consejos del tipo ¡enriqueceros!, ¡atended a la educación de los hijos!, ¡ahorrad!, ¡estudiad y aprended para cargos de mayor responsabilidad!, etc. etc. Pero luego ninguna reforma concreta facilitaba a los obreros la puesta en práctica de esos consejos que habían recibido. He aquí por qué han continuado considerando que la única fuerza para su liberación reside en la acción común, en el esfuerzo de todos unidos como clase.

En el siglo pasado y a principios del presente, cuando aún se creía en la fuerza de las masas, se hablaba de la fuerza del número opuesta al poderío del dinero. Esto no es técnicamente exacto. Las masas populares no han adquirido fuerza dentro del Estado por su valor numérico, sino por su disciplina. He aquí por qué para los obreros industriales la oposición entre libertad y disciplina, que formulan tantos tratadistas y sociólogos influidos por el ambiente burgués del que provienen, carece de sentido. Las clases proletarias han conquistado muchas veces su libertad y su independencia por la disciplina. He aquí por qué los partidos obreristas tienen esa gran tendencia a ser partidos regidos por una férrea disciplina.

La tendencia disciplinar de los partidos populares, como afirma Duverger, se ve reforzada por la propia naturaleza de los jefes que los dirigen. En todo hombre existe la pasión del mando. Todo aquel que posee una parcela de poder se inclina con frecuencia a desarrollarla hasta el máximo. Pero ese autoritarismo o esa pasión por el poder, natural en la mayoría de los hombres, parece particularmente poderoso en los dirigentes obreros. Un jefe surgido de

la clase popular es frecuentemente más autoritario que un jefe de origen aristocrático o burgués. El segundo se considera superior a los que manda, por el nacimiento, la educación o la fortuna. El primero se reconoce su igual: sólo el poder y el mando es lo que le distingue de las personas mandadas. Para el jefe surgido de las clases medias o las clases altas, el poder le parece una consecuencia de su superioridad natural. Para el jefe surgido de la masa popular, la superioridad está precisamente en su poder. El primero puede conservar cierta tolerancia frente a las faltas formales disciplinarias; es capaz de aceptar la discusión sin que ello le origine la impresión de rebajarse al nivel de las multitudes. El jefe de origen popular, en cambio, siente como necesidad de una obediencia ciega para sentirse por encima de sus secuaces. He aquí por qué si los partidos liberales burgueses podían ser definidos como grupos de ciudadanos reunidos alrededor de un mismo programa o doctrina, los partidos constituidos fundamentalmente por las clases populares, en su versión presente de proletariado industrial, pueden ser definidos como agrupación de personas reunidas alrededor de una misma disciplina.

Entendemos la disciplina obrera como algo sustancial a la clase obrera. Esa disciplina si no existiera en la superficie, existiría soterrada y como aspiración. Utilizar y encauzar la tendencia a la organización que tienen los obreros, en beneficio de su educación, de su elevación y para encauzar de una manera efectiva la participación de esa clase en las tareas generales y políticas de nuestro Estado, es una de las tareas que corresponden al sindicalismo español y que éste viene cumpliendo con sabiduría y eficacia, cuyos frutos estamos palpando.

Claudio COLOMER MARQUES

SERVICIOS DE CORREOS

percatamos de que este personal, tanto el directivo como el de las escalas inferiores, se ve obligado casi al heroísmo, un heroísmo silencioso y sordo, que es difícil justipreciar en su verdadera dimensión.

De otra parte, y por causas que están al alcance de todos, puede suceder que, en un momento determinado, las líneas generales y fundamentales de la organización y distribución de los servicios no respondan a la distribución geográfica de las necesidades reales del país. El simple crecimiento demográfico y el desarrollo industrial, comercial o agrícola de una zona, región, provincia o pueblo, puede determinar la urgencia o la conveniencia al menos de que los servicios sean reajustados conforme a las mismas.

Esto es precisamente lo que está ocurriendo en España, por lo que se refiere a los de Correos, y a esto responde íntegramente el proyecto de ley que el Gobierno ha enviado a las Cortes para su estudio y aprobación.

Una simple comparación entre la distribución actual de la población y de los centros económicos del país y la que sirvió de falsilla, como quien dice, y de determinante de la actual vigente organización de Administraciones y Estafetas pondrían de relieve, con una fuerza casi plástica, la necesidad de que el mapa de estos servicios de comunicación experimenten muy importantes modificaciones. Asimismo la aparición de nuevos núcleos de población y el excepcional desarrollo que algunas ciudades registran imponen en muchos casos, por ejemplo, la modalidad de la Estafeta ambulante.

La maquinaria, el utillaje y la dotación instrumental que en los centros, particularmente los de las grandes poblaciones, deben ser puestos al día. En éstos, como en otros aspectos, los avances de la técnica han logrado enormes conquistas, no sólo útiles para la debida humanización del trabajo del hombre, sino en cuanto centuplican la rentabilidad del esfuerzo.

Todo ello ha sido considerado y minuciosamente analizado por quienes hoy tienen sobre sí las responsabilidades de estos servicios. Su experiencia y capacidad les ha permitido, no sólo

abarcar todo el conjunto de necesidades y factores presentes que hoy están en juego, sino que, con un claro entendimiento de lo que es y debe ser la previsión del futuro en todo aquel que gobierna con criterio de responsabilidad—y no puramente de provisionalidad y transitoriedad—han formulado en el citado proyecto de ley aquellas bases, cuyo desarrollo progresivo permitan en el porvenir la puesta en funcionamiento de las medidas que las circunstancias vayan exigiendo. Es evidente que en política, en el gobierno de un país, no todo es previsible. Pero es absolutamente cierto que en algunas parcelas de la Administración Pú-

blica la previsión del buen político puede adelantarse en muchos años sobre el presente. La naturaleza de algunos servicios, y en este caso se encuentra el de Correos, reclama necesariamente esta previsión. Puede que las Cortes modifiquen algún aspecto del proyecto, pero es manifiesto que el planteamiento y las soluciones de carácter fundamental, así como las varias etapas de ejecución que comprenden el plan de mejora y modernización de los Servicios de Correos que el Gobierno les ha sometido, ofrecen la máxima garantía y responden a lo que España—la España actual y lo que su presente representa como posibilidad—necesita.

MAÑANA SERA OTRO DIA

PARADA del autobús en la calle de Ibiza, junto a las tapias del hospital de San Juan de Dios. Cielo nuboso. La cola se alarga con nuevas unidades humanas. No llega el autobús, pero llega una racha de lluvia, cuatro gotas, nada. No sólo no van a desaparecer las restricciones, sino que van a aumentar. Alguien alza la mirada a lo alto, sin alegría alguna.

—Es inútil. El barómetro no baja.

—¿Sabe usted lo que dicen los perros cuando hace mal tiempo?: «Hace un tiempo de hombres».

—Lo que pasa es que ahora el buen tiempo es el mal tiempo. Este buen tiempo os mata.

—Ahora tienen razón los perros. El mal tiempo es el que nos viene bien a los hombres.

Antes era distinto. Antes el ciudadano, viendo caer la lluvia sobre las aceras enlodadas y resbaladizas, protestaba:

—¡Vaya un tiempo de perros! ¡Están cayendo chuzos!

Quizá el mismo día y a la misma hora, viendo caer la misma lluvia sobre la tierra polvorienta y reseca, el campesino se entusiasmaba:

—¡Están lloviendo duros de plata! ¡Estos años engordan!

También la técnica ha traído unidad entre las tierras y los hombres, haciendo que la lluvia grata en el campo dé luz a la ciudad. El ciudadano y el campesino, el industrial y el escritor necesitan que llueva.

Al firmarse en el palacio de Santa Cruz los acuerdos con Norteamérica, el cliente de cualquier barbería de pueblo exteriorizaba una satisfacción más o menos contenida, se frotaba más o menos fuerte las manos debajo del babero zurcido, chascaba la lengua más o menos ruidosamente dentro de los carrillos abrigados por la espuma.

El tiempo, la política nacional o internacional, los sucesos, fueron en otro tiempo «esas cosas que hacen los políticos», «eso que gruñen los campesinos», «eso que dice la Prensa». Ahora todo «eso» es en más alto grado cosa nuestra, común, de cada uno.

Vienen a producir esto muchas causas; no voy a enumerarlas; sí voy a decir que esto es bueno y que coincide con nuestra voluntad. Es bueno el dolor que nos reúne, la dificultad a cuya tierna luz nos descubrimos unos a los otros y nos vemos en los demás como en espejos, el progreso de la técnica que nos comunica y nos compromete, y que nos acerca a una comunión de los hombres en el planeta que se parecerá a la comunión de los Santos con ese parecido humilde y afectuoso con

TODOS, TODOS NOSOTROS

que lo terrestre se asemeja a lo del cielo; el mismo parecido con que el perro remeda cariñosamente la risa, la pena o la gravedad de su amo, hombre a quien ama, a quien su rostro animal repite en todos los tonos que puede: «Amo, amo».

Es bueno que la justicia social se haya hecho querida y exigida por todos, no sólo por una minoría de menestrales en ruinas. Es bueno que los bienes y los males de la industria lo sean para todos, no para una minoría de técnicos iluminados o de capitalistas codiciosos y despiertos. Es bueno que todos vean unas películas, lean unos periódicos, comenten el resultado de unos partidos de fútbol. Que todos se repartan el pan amargo o sabroso de la Patria, padezcan el insulto o se sumen a la cooperación con el extranjero.

Insisto en la diferencia con «lo de antes». Antes, la catástrofe en Murcia o en Asturias despertaba en el madrileño o en el barcelonés un movimiento de conmiseración muy recortado, un «¡pobre gente!» que bajo su generosidad de superficie tapaba un fondo de separación, un «ellos han padecido la desgracia, yo no». Se hacía una suscripción, y algo de lo que a algunos les sobraba lo daban para los que estaban faltos; el que no le sobraba, no tenía por qué dar.

Ahora—está reciente el ejemplo de las Juntas Reguladoras de precios y márgenes comerciales— todos en la Nación sufrimos las dificultades, aguardamos la mejoría cuando surgen, aguantamos el riesgo, somos llamados a colaborar en el remedio, vivimos como sujetos o como protagonista—no como testigos—la ventura y la desventura nacional. Lo nuestro no nos es ajeno, como nos fué durante años y años mortales. ¿Todos nos salvamos, o todos nos hundimos? No, no es solamente eso, es algo más: que el año—fijare, algo tan aparentemente impersonal y objetivo como el «año»—es un poco mejor o un poco peor para todos.

Tampoco es claro que se haya cumplido totalmente una justicia social que, sin embargo, dió pasos nada pequeños hacia su perfección. Es que otro designio nuestro, el más importante, ha dado, por fas o por nefas (y quizá estaría mejor decir por fas y por nefas), aun mayores pasos que el de la justicia: el de la unidad. Igual que a un niño, niño ya, nacido ya, no sólo germen o embrión, hemos de cuidar y querer y defender a aquella de entre nuestras fecundidades que es ya corpórea; la unidad de destino, de sufrimiento y de gloria de nuestra gente española: la Patria.

Luis PONCE DE LEON

“AMOR SOLO” es el título del poema de Gerardo Diego que puede usted leer en el número 22 de POESIA ESPAÑOLA

PORTUGAL, ESE DESCONOCIDO...

INTRODUCCION A LISBOA

CAFE, TAXIS,
ASCENSORES Y
UNA INVITACION
AL FADO



Plaza de los Res-
tauradores, en Lis-
boa

UN linotipista de EL ESPAÑOL me forzó a decir en una crónica anterior, involuntariamente, que Lisboa era una ciudad «dolorosa». En realidad, lo que yo escribí fué «olorosa». La errata ha servido, sin embargo, para que al ocuparme ahora de Lisboa repare especialmente en su olor. Porque seguramente son las sensaciones olfativas las primeras que registra el viajero al llegar a la capital portuguesa. A mí, por lo menos, eso fué lo que me ocurrió.

Cada ciudad, como cada persona, tiene su olor característico. Los que no lo perciben es porque no tienen buen olfato. Hamburgo huele a laca; Berlín, a lona; París, a papel de periódico; Madrid, a gambas a la plancha. Lisboa huele a canela, a pimienta, a clavo, a especias, en una palabra. Supongo que este sería el perfume de Cádiz en la época de la conquista de América. Como las sensaciones puramente olfativas no dicen nada o casi nada si no van asociadas a una idea, yo afirmaría que ese perfume lisboeta es de Imperio ultramarino. Lo que ignoro es si el olor a especias no es más que una vaporosa reminiscencia del pasado; porque tengo entendido que el té, por ejemplo, pierde gran parte de su aroma si no es traído de Oriente a lomo de camellos, por los caminos que anduvo Marco Polo.

Otro perfume lisboeta es el del café torrefactado. En Lisboa, veinte metros antes de llegar a un café, la nariz detecta infaliblemente su proximidad. Uno, que ya lo tenía olvidado, se admira del radio de acción —llámémosle así— que tiene la fragancia del café-café.

Los primeros días este redescubrimiento se traduce en una pe-

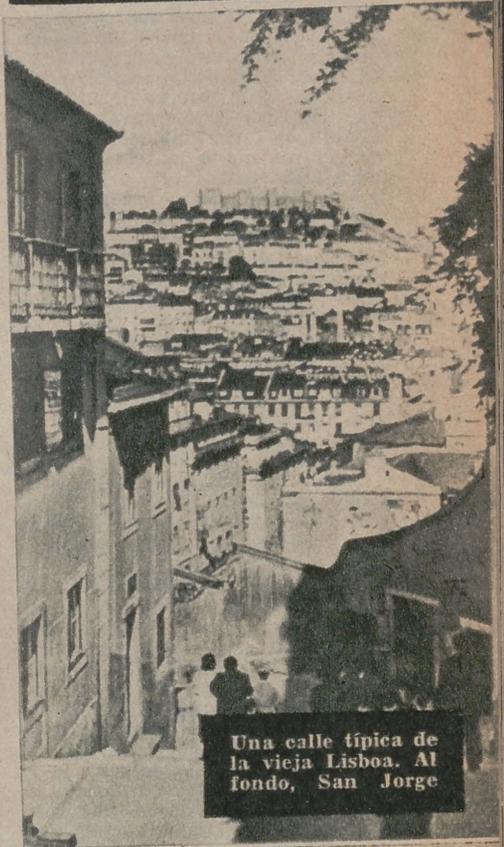
ligrosa búsqueda del café perdido, para expresarnos a la manera de Proust, porque después de beber veinte o treinta tazas, a lo largo del día, se acaba dando saltos en la cama, con los nervios disparados. Uno tiene la sensación de que le circula por las venas un banco de angulas. Pero, ¡qué deliciosa! Es indudable que cierta clase de maltas llegan a tener el sabor del café, pero jamás su aroma. Su «alma», en una palabra. Si se me permite hacer una greguería, diré que la malta es al café lo que una flor de trapo a una flor natural. El aroma del café irá asociado para siempre a mis recuerdos de Lisboa.

¡TAXI!

Lisboa y Río de Janeiro son las dos ciudades del mundo que disponen de mejores taxis. Este es también un descubrimiento inmediato. Y bastante intranquilizador. Cuando sir Malcom Campbell, el famoso piloto del «Pájaro azul», estuvo en Lisboa, alguien le preguntó cuál había sido la emoción más fuerte en su vida de «loco del volante». No vaciló un momento:

—La que acabo de experimentar por las calles de Lisboa en un taxi.

Efectivamente. No hay mejor cosa que tomar un taxi lisboeta para saber qué es lo que piensa un hombre un segundo antes de estrellarse a cien kilómetros por hora. Yo sé lo que piensa. Podría resumirse así: «Si por un milagro salgo vivo de esta, andaré a gatas toda mi vida, si es necesario, antes de subirme a otro taxi. Es algo inaudito. Se le ponen a uno los pelos de punta viendo subir a un taxi por cualquiera de las calles que conducen al Bairro Alto. Cuesta abajo, ya no son los pelos de punta:



Una calle típica de
la vieja Lisboa. Al
fondo, San Jorge



Playa de Tamariz

es el «shock» traumático. Así, lo primero que pidió a mis amigos, fué una estadística de los accidentes de circulación que se registraban en la ciudad. Presenta que Portugal se estaba despo- blando a causa de los choques y de los atropellos. Error: el porcentaje de accidentes es bajísimo en proporción con su «población rodante» y en comparación con otras ciudades europeas y americanas. Es más: en Alemania, donde el Código de la Circulación es tan rígido como el Código Militar prusiano, se ven pocos automóviles sin una o varias abolladuras. En Lisboa, las abolladuras escasean. Añadiré, por si los lectores no lo saben, que los portugueses han elevado a la categoría de manía nacional el tener buenos automóviles y en un perfecto estado de conservación. Desde luego, las tiendas más lujosas de Lisboa son las que venden piezas de recambio. Una verdadera orgía de cachivaches niquelados.

Todo esto tiene sus ventajas. Gracias a esta curiosa manía nacional portuguesa, he experimentado por primera vez la vanidad de llegar a la puerta de un cine arrullado por la suspensión de un «Cadillac» último modelo. Al descender, se siente la tentación de decirle al taxista:

—Bautista, ven a recogerme a las nueve.

Naturalmente, he procurado averiguar el porqué de estos excesos de velocidad relativamente poco mortíferos. La respuesta podría ser ésta:

—Los portugueses son los mejores conductores del mundo y además, tienen una ilimitada confianza en los frenos de su «carro».

Un amigo mío redondeó esa explicación:

—Hay dos cosas en las que el portugués tiene una fe inquebrantable: la Virgen de Fátima y los frenos de su automóvil.

Debe ser verdad.

DOS LISBOAS

Si hemos de admitir esa frase un tanto sobada que dice que cada ciudad tiene su corazón en una plaza, el corazón de Lisboa es la plaza del Rossío. Si es necesario añadir una comparación orientadora, diremos que la plaza del Rossío es a Lisboa lo que la Puerta del Sol a Madrid.

Pero todo esto es sólo verdad a medias. Porque desde el Rossío, enfilando cualquiera de las tres avenidas que mueren en el Terreiro do Paço —rua do Ourco, rua da Plata, rua Augusta—, mientras uno compra un periódico en un «kiosco» o husmea en los escaparates de las tiendas, puede ver cómo se hace a la mar, hinchando las velas, un bergantín o una fragata. Los que amen el mar, como le ocurre al cronista, saben lo que esto significa. Asistiendo a este espectáculo inesperado, se tiene la impresión absurda de que uno ha conseguido meter en una botella un bergantín de verdad.

En la plaza del Rossío está todo Portugal. En el Terreiro do Paço está todo el Imperio portugués. En la primera se charla, se toma café, se pasea, se va al teatro, se coge un autobús. En la segunda, al pie de una escalinata veneciana, se toma un barco, se dice adiós a los que se van y, sobre todo, se administran las provin-

cias de ultramar. El Rossío está siempre lleno de tipos como esos que se ven en las inmediaciones de la Puerta del Sol de Madrid al mediodía: toreros, ganaderos, apoderados, actores, vendedores de plumas estilográficas y de décimos de la lotería. Gente que está despierta cuando todo el mundo duerme y que duerme cuando todo el mundo está despierto. El Terreiro do Paço está lleno de marineros, con sus gorras inglesas, y de transeúntes melancólicos, de esos que nunca se cansan de contemplar el horizonte del mar y que uno sospecha que se van a tirar al agua de un momento a otro. Son dos mundos que conviven extrañamente. En el Rossío, Lisboa es una ciudad latina, un poco «alegre y confiada», bulliciosa y como si viviese del puro milagro de la imaginación. En el Terreiro do Paço, Lisboa es como una ciudad hanseática o como una República veneciana que vive para el tráfico marítimo con el Oriente. Todo esto no son más que impresiones; pero cuando se trata de ciudades y de personas, algo nos induce a confiar más en las impresiones que en las reflexiones. Mirándolo bien, Lisboa es una ciudad «impresionista», de forma que nuestro método descriptivo es correcto. No me atrevería a otro tanto con Roma, por ejemplo, de la que el señor Ruiz-Giménez me dijo un día que respondía a una concepción geométrica euclidiana.

NARCISISMO LISBOETA

Hay ciudades que gustan de contemplarse a sí mismas. Lisboa es una de ellas. Está francamente orgullosa de su belleza. Esto no le ocurre a Madrid. Los que vivimos en Madrid jamás tenemos la ocurrencia de subir a la azotea de un rascacielos para contemplar panorámicamente la ciudad. En Madrid, no existen «miradores»; sabemos cómo es «desde arriba» por las vistas aéreas de las postales que se venden en los «kioskos». Los lisboetas, en cambio, de vez en cuando, trepan por una cuesta pronunciadísima, en tranvía o en automóvil, y se van a contemplar la ciudad desde los muchos miradores que se han instalado en sus colinas. Los miradores lisboetas son unos lugares deliciosos, en los que se puede tomar tranquilamente el sol, mientras se recorre con la mirada el prodigioso estuario del Tajo y la lejanía azul del mar. A algunos de estos miradores se puede subir en ascensor. En Lisboa, los ascensores constituyen en realidad un medio de transporte más. En vez de subir a la parte alta de la ciudad en un tranvía de cremallera o en taxi —o andando, si se tienen solamente veinte años llenos de vigor muscular—, se puede tomar un ascensor en plena calle y en pleno centro. Le deja a uno en otra calle, sólo que a cien metros de altura más sobre el nivel del mar. Las distancias se acortan prodigiosamente de esta manera; si no fuese por estos ascensores, Lisboa sería una ciudad muy incómoda, sobre todo para la población del Bairro Alto; tan incómoda como vivir en un ático sin ascensor o en época de restricciones. Me permito sugerirle este sistema a los vigueses, si es que no han pensado ya en él, que me imagino que sí.

En la configuración topográfica de Lisboa, está también la explicación de que posea tantos y tan magníficos taxis. Sólo un motor potente y en plena juventud —valga la expresión— puede trepar por planos tan inverosimilmente inclinados. Pienso con horror en lo que sería una carrera por una de esas calles casi verticales, a bordo de uno de esos taxis madrileños, que poco a poco van desapareciendo, y que cuando suben una cuesta, por pequeña que sea, sólo les falta blasfemar e insultar al viajero.

INVITACION AL FADO

Es el producto nacional portugués por excelencia. Su «consumo» en Lisboa es realmente fantástico. Algunos periódicos anuncian la intervención de un fadista notorio de la misma manera que en España se anuncian esos pedicuros que montan su consulta en un céntrico hotel (sólo por tres días). Se va a oír a un fadista como si se fuese a probar un vino especial a casa de un amigo o a asistir a la lectura de una comedia. No tiene, en una palabra, el aparato publicitario de un espectáculo, aunque, claro está, también se cantan fados en los teatros de más aforo de la capital. La cosa puede comenzar así: «Esta noche, Fulanita de Tal, que se encuentra en Lisboa, cantará unos fados para sus amigos de tal sitio». El anuncio tiene el carácter —o se me antoja a mí—, de una invitación personal y casi confidencial.

Yo me pasé casi una noche entera oyendo fados en Casa Machado, en el Bairro Alto, en compañía de unos amigos. Ahora está de moda uno compuesto, según creo, por un soldado que se encuentra probablemente enfermo de «saudade», en Mozambique. Se titula «La casa portuguesa». Está lleno de una extraña alegría melancólica, valga la contradicción. Estas contradicciones creo que son la esencia misma del fado. Al final, nunca se sabe si hay que reír o llorar.

En Casa Machado, donde convive lo típico con lo auténtico —ustedes saben que ésto es muy difícil—, descubrí una cosa: que el fado se canta con los hombros. El fadista, contrariamente a lo que sucede con el resto de las canciones de todas partes, no acciona con las manos, sino con los hombros; las manos las mete en el bolsillo. Parece increíble la expresividad que pueden alcanzar unos hombros con un simple movimiento de vaivén, que ni siquiera es rítmico. A veces, este movimiento es verdaderamente patético. Es como la convulsión del llanto profundo y contenido. Sin duda en esto reside su fuerza expresiva.

Escuchar un fado en la calma de la noche lisboeta, mientras se mojan los labios en una copa de aguardiente de Oporto, es una trampa que le tienden a uno para que al llegar a la habitación del hotel incurra en la puerilidad de echar la llave y de ponerse a escribir clandestinamente una de esas poesías cursis y rabiosamente líricas que cuando tenemos veinte años dedicamos a una muchacha que se llama Elena. Después de todo, Dionísio Ridruejo dijo una vez que Lisboa era una ciudad hecha para poetas. Es verdad.



UN AMERICANO EN MADRID

Las cerillas españolas tardan tanto en encender como las norteamericanas
Nuestra ciudad a través de Mr. C, hombre de negocios y Mr. Buchalder, escritor en busca de gitanos

De nuestros redactores han seguido fielmente los pasos por Madrid de un par de norteamericanos recién llegados. Uno de ellos, mister C., que así quiso ser llamado, es un hombre de negocios, amigo del incógnito. El otro, mister Buchalder, es un escritor a quien no molesta salir en los periódicos. A ambos les agradezcamos su cordialidad.

Mister C. no podría pasar por español. Sus «tes», cortadas y estornudantes, y un titubeo al usar los artículos denuncian rápidamente que es anglosajón. Va vestido como un europeo. La corbata, sin embargo, negra y fulgurante como una tempestad en el cañón del Colorado, señala su origen ultramarino. Ahora está sentado en el hall del hotel. Pronto cenará, más tarde de lo que estila por el mundo. Acaba de pasar su primera jornada en Madrid y aún no ha tenido tiempo de hacer memoria. Pero alguno de los criterios que trajo consigo corre peligro de ser cambiado por otros. Se dispone a encender un cigarro. Va a usar para ello una caja de cerillas española. De pronto tiene una idea luminosa. Enciende una, aprieta el botón de su cronógrafo y espera hasta que el fósforo se consume. Cuando sólo es ceniza detiene el indicador. Una sonrisa de aprobación surge en su rostro: aquella cerilla tarda tanto en arder como las norteamericanas. Y mister C. se pone de nuevo a pensar sobre su primera exploración a Madrid. «Estos españoles son distintos—se dice—. Pero también saben hacer las cosas bien.»

UN HOTEL QUE FUNCIONA CON NORMALIDAD

La verdad es que mister C., cuando se levantó a las seis de la mañana, no notó nada grave. En su hotel, con aire acondicionado en las habitaciones y el

mismo confort que cualquiera de los más escogidos de Nueva York, le atendieron con la misma prontitud que la víspera. Pero la víspera había llegado con sueño y desde el aeropuerto a su alojamiento sólo se acordó de que pronto podría descansar. Ahora se daba cuenta de que no haber notado nada extraño en sus primeros pasos era un sintoma de algo muy importante y significativo; pero estaba dispuesto a luchar contra la desorganización. Tanto se la habían ponderado que examinaba con extremada atención todos los detalles, hasta el funcionamiento de los ascensores. «Al fin y al cabo—se dijo—este hotel está organizado a la norteamericana.» Después de desayunar salió a la calle. No tenía coche. Pidió un taxi. Pronto se lo trajeron. Era un «Peugeot» de 1934. Aquello le hizo gracia.

UN TAXISTA QUE HABLA EN «MADRILEÑO»

El conductor no se extrañó. Debían haberle ocurrido casos así

antes. Bajó lentamente hasta Castelar y luego se dirigió por la calle de Martínez Campos a la glorieta de la Iglesia. Los tranvías iban llenos de gente. Quienes esperaban en las paradas se dirigían al trabajo. Mister C. preguntó:

—¿A qué hora empieza a trabajar la gente de Madrid?

—A eso de las nueve—le respondió el taxista.

Mister C. se sintió consternado. La pareció muy tarde. Luego pidió aclaraciones:

—¿Cuánto tiempo se trabaja?

La respuesta le asustó más aún:

—Ocho horas.

—¿Incluidos los sábados?

—Casi siempre sí.

Mister C. hizo un cálculo y encontró excesiva una semana laboral de cuarenta y ocho horas. Ya habían pasado la calle de Cea Bermúdez y entrado en la Ciudad Universitaria. El taxi la recorrió entera. El contador trota.



—¿Técnicos españoles la han construido?—preguntó mister C.

—Sí—respondió el chófer—. Y albañiles de Cuatro Caminos.

Pegó un acelerón a su coche y de vuelta pasó frente al nuevo Ministerio del Aire. Enfiló luego la calle de la Princesa. Se veía, entre la bruma mañanera, el edificio España.

—¿Técnicos españoles también?

—dijo mister C. con sinceridad.

—Pues, a ver...

No le resultó clara la respuesta. Tuvo que insistir:

—Decía que sí, señor.

Mister C. comprendió que en la Universidad no le habían enseñado totalmente el castellano.

POR LA GRAN VIA ARRIBA

Mister C. volvió a fijarse en los automóviles. Si los había anticuados, otros eran último modelo. Vió con sorpresa que las señales de tráfico eran respetadas por los peatones. Se acordó de su recorrido por París. Los españoles eran más disciplinados. El taxista siguió hasta el Museo del Prado. Llegaron en punto. Acababan de abrir. Mister C. pagó el recorrido: treinta y dos pesetas. Menos de un dólar. Le pareció barato. Luego entró al Museo. Atravesó el cuentavistantes y buscó un guía que le mostrase lo más destacado: «¿Picasso? ¿Matisse?» El guía le miró sorprendido. Mister C. perdió seguridad en sí mismo. El era un hombre de negocios y no estaba muy enterado de arte. Un amigo suyo algo loco siempre le hablaba de Picasso. Y creía que allí lo tendrían. El guía le comenzó a explicar. A mister C. le sonaban a nuevo muchas cosas. De pronto se encontró frente a los cuadros de Goya. A mister C. le entró un temblor. Sin previo aviso el guía le había mostrado «Los fusilamientos del 3 de mayo». La España dramática estaba ante él. Buscando un descanso, sus ojos se posaron en las «Majas» y se quedó absorto. El guía entonces le quiso explicar la familia de Carlos IV. Mister C. dudó. Con los «Caprichos» gastó más de media hora. No oía al cicerone. Sólo veía con calma. Luego preguntó:

—¿Son todos auténticos?

El guía ya estaba acostumbrado. Pudo incluso decirle en medidas inglesas la superficie de cada cuadro importante. Mister C. no se atrevía a valorar aquellas joyas. Le entraron ganas de ver todo. Y, vertiginosamente, pasó ante los Velázquez y los Grecos; los Rubens y los Ticianos.

Cuando salió a la calle mister C. se puso a calcular cuántos Louvres se podían llenar con lo que en aquel edificio había. «En esto, al menos, los españoles son ricos», fué su conclusión.

MISTER C. NO SE ATREVE A COMER CALLOS

No comió solo, ni en el hotel, mister C. aquel día. A la una fué en busca de un español, a quien debía conocer para comenzar sus negocios. La primera visita iba a ser protocolaria. Pero terminó cordialmente. Ambos, visitante y visitado, se invitaron mutuamente a comer. Fueron a un lugar típico, a petición de mister C. El español se conformó con llevarle a una taberna con mostrador de estaño y azulejos en las paredes.

Una cabeza de toro ambientaba el lugar. El español ofreció vino. Aceptó. Era una manzanilla que elevaba el espíritu. Una copa bastó para volver a mister C. locuaz. Preguntó por el cante flamenco. Su amigo le explicó que en aquel lugar no se acostumbraba y le enseñó un cartel que decía: «Se prohíbe cantar, bien y mal y regular». Se sentaron para comer. Una comida típica. El español pidió callos. Estaban picantes, con mucha alegría. Mister C. dió un bocado al trozo que iba en su cazuela. Aquello ardía demasiado. Todo ardía demasiado. Y terminó comiendo merluza frita. Lo demás se lo escogió su amigo con especial cuidado. El vino, rioja selecto, tuvo éxito en cambio. Mister C. no pudo hacer cuentas. No le dejó su amigo. Pero encontró mucho tipismo y poco confort.

TODO DEPENDE DE MUCHAS COSAS

Dos muchachas que comían en la mesa contigua a la que ocupaban el español y mister C. se reían alto y fuerte, pero con voz bien timbrada. Mister C. no cesaba de mirarlas de arriba abajo.

—¿Todas las españolas calzan zapatos tan altos?—preguntó al fin.

—Les gusta vestir con elegancia—replicó el español.

Mister C. no dejó de mirar los pies y su mirada aprobó el conjunto.

—Tienen ojos muy negros—siguió, casi monologando—. ¿Todas las españolas tienen los ojos muy negros?

Su amigo se rió. Las muchachas se dieron cuenta de que eran observadas con atención y sus risas aumentaron en frecuencia e intensidad. Mister C. se aupó y quiso entablar conversación con ellas. Así se lo dijo a su acompañante:

—Hablar con ellas creo que si será posible—le contestó éste.

—¿Las españolas aceptan fácilmente la amistad de un norteamericano?—siguió preguntando mister C.

—Todo depende de la clase de amistad que se las brinde—contestó el español—. Pídalelo usted.

Y mister C. decidió probar. Llamó al camarero y le dijo que le pasara la cuenta de la mesa vecina. Mister C. pagó la nota. Luego esperó sonriente y confiado.

—Supongo—dijo—que no habrá inconveniente.

—No sé, no sé—le contestó el español—. Todo depende de muchas cosas.

Las muchachas no tenían prisa y charlaban y volvían a reír. Mister C. confesó entonces a su amigo que encontraba algo especial en las muchachas españolas.

—He visto pocas—le dijo—, pero todas se ríen siempre mucho. Tienen mucha alegría.

Y siguió con un rosario de preguntas:

—¿Se casan muy jóvenes? ¿Intervienen mucho en los negocios? ¿Cuáles son sus principales aficiones?

Su amigo estaba asombrado y le contestaba medio en serio medio en broma. Fué entonces cuando ocurrió el percance.

—¿Que está pagado dice usted?

¿Y se puede saber quién es el alma generosa?

Las voces de las muchachas no denotaban excesiva curiosidad, sino más bien cierto enfado. El español se movió nerviosamente en su asiento. Mister C. sonreía y seguía confiado. Una de las muchachas le dijo algo al camarero en voz baja. Este asintió y se dirigió a la mesa de mister C. Depositó en ella el importe de la nota que pagara antes.

—Lo siento señor—dijo—. Las señoritas dicen que no aceptan invitaciones.

Mister C. enrojeció y por unos momentos no conseguía articular palabra. Miraba el dinero. Luego al camarero. Por fin, dirigiéndose al español, afirmó:

—Debía haberme dicho que habría inconveniente.

—Ya le dije a usted—le atajó el español—que todo dependía de muchas cosas.

MISTER C. SONRÍE SASTISECHO

La calidad del vino de La Rioja cubrió el incidente ocurrido con las muchachas, de cuyo significado se percató pronto. Mister C. examinaba detenidamente los escaparates. Frente a una zapatería arrugó el entrecejo, posiblemente recordando algo.

—¿Todo lo que se ve en escaparates está fabricado en España?—preguntó.

—Todo.

A mister C. le alegraba la variedad y riqueza de los comercios.

—Debe ser fácil vivir bien aquí—le dijo al español.

—Eso también depende de muchas cosas—le contestó éste.

Mister C. sonreía encantado. Le gustaba el «clima» de la ciudad.

Lo que a mister C. le pasó hasta las cinco de la tarde se ha perdido para la historia, pero el tiempo fué aprovechado. Providencialmente entró en escena mister Joseph Buchalder, un comandante retirado de la Marina norteamericana, escritor que viene a España buscando datos sobre la vida de los gitanos.

A MISTER BUCHALDER NO LE PREOCUPA EL INCOGNITO

Como hombre que ha viajado lo suyo navegando en barcos de guerra o buscando datos y ambientes para sus relatos, a mister Buchalder no le preocupaba el incógnito. Hace cinco días tan sólo que llegó a Madrid, pero el tiempo ha sabido aprovecharlo bien. Claro que ya había pasado antes medio año entre nosotros. Mister Buchalder nos va a servir para tratar un tema que pasó inadvertido para mister C. Porque este norteamericano que ahora entra en escena trae como fin exclusivo de su viaje estudiar con detalle la vida y costumbre de los gitanos. Luego escribirá una novela y un guión de cine. Por el momento se limita a recoger datos y a tomar contacto directo con el folklore que le sirven los escenaristas teatrales. La semana próxima comenzando por Granada, iniciará su peregrinación. Hay sinceridad en su voz cuando asegura que Madrid le parece la ciudad más hermosa de Europa. Roma ocupa el segundo lugar en su clasificación. París, Londres, Berlín... quedan atrás—asegura—.

En cambio, las mujeres madrileñas le parecen las más hermosas del planeta. Y no se refiere a damas de «music-hall», sino simplemente a aquellas con las que se ha cruzado por la calle en cualquiera de sus caminatas. También asegura que los españoles, de ambos sexos visten sorprendentemente bien. Cuando su voz adquiere un tono más de extrañeza que de censura es al comentar la calma con que aquí tomamos los negocios.

LOS OJOS DE LOS NIÑOS

Pero lo que más ha entusiasmado de España a mister Buchalder son los ojos de los niños. A él, como a Chéster-ton y como a tantos anglosajones, le ha alegrado ver pequeños en abundancia. Sobre la cantidad, sin embargo, ha predominado en su ánimo la calidad. Son los ojos, limpios de miedo y preocupaciones, de los chavales españoles los que en él quedaron grabados con más firmeza. Más todavía que la temperatura del verano e incluso que el cielo alto y azul de las tierras del Sur. Para el Alcalde tiene un elogio que éste ya habrá escuchado muchas veces: las calles de Madrid están limpias, muy limpias.

«Y la amistad con España, mister Buchalder?» ¡Ah! El sabe que sin conocimiento no puede haber amistad. Cada norteamericano que viene envía luego a veinte más. España es la gran desconocida que cautiva a los que se le acercan. Por eso se siente optimista. Antes la ruta obligada de una excursión a Europa para cualquier norteamericano comenzaba en Londres y terminaba en Roma. Entre las dos capitales podía ponerse cualquier ciudad menos Madrid. La cosa ha cambiado en la actualidad. «Raro es el americano—asegura mister Buchalder—que no se despide de Europa con unos días o unos meses de estancia en la Península.»

LA RIQUEZA DE LAS PEQUEÑAS IGLESIAS

En Toledo mister Buchalder encontró una novedad más. En cualquier iglesia encontraba un Greco. Luego, en posteriores excursiones pudo ver que en muchos humildes templos españoles un buen cuadro, digno del mejor museo del mundo, no es más que un motivo de santa devoción. También el Prado resultó para él una revelación. Coincidiendo en sus apreciaciones con mister C., llegó a la conclusión de que exhibía más cuadros y más singulares que el Louvre. Pero lo que quizás conozca mejor de España mister Buchalder es su cocina. Tiene buen diente. Le da lo mismo los platos vascongados que los valencianos, la «carn d'olla» catalana o una empanada del Noroeste. Todo le parece bien. «Nosotros los norteamericanos—afirma—somos más liberales en la comida que los ingleses. Con tal de que sea bueno, todo nos sirve.»

Caminando por la calle de Alcalá salió a conversación el tema de los automóviles. Sinceramente y de modo espontáneo mister Buchalder expresó su admiración por los mecánicos de nuestro país: «He visto rodar coches del año 1925 con la misma viveza y seguridad que si acabaran de sa-



Arriba: Mister Buchalder, para no perder el casticismo, se dió un paseo nocturno por el arco de Cuchilleros.—Abajo: Frente al monumento a Cervantes, en la plaza de España, hizo uso de su máquina fotográfica

lir de la fábrica.» Mister Buchalder habla un idioma internacional en el que se mezclan palabras inglesas, francesas, alemanas, españolas y alguna italiana como propina. La «danza flamenca» le trae a mal traer. Y ya está gozándose por anticipado pensando en que cuando termine su novela y sea llevada al cine tendrá que volver de nuevo junto a nosotros para rodar la película en su propio ambiente.

Sonrisas, apretones de manos. Ha sido fácil hacerse amigo de mister Buchalder. Lástima que tengamos que dejarle. Pero es necesario: mister C. nos espera con su amigo. Van camino de una céntrica sastrería. Nosotros también. Allí volvemos a seguir su marcha.

INTERMEDIO EN UNA SASTRERIA

Mister C. iba a pasar aquí sólo unas semanas y prefirió poco equipaje. La luz de la sastrería temblaba. Su amigo le explicó:

—Hoy es día de restricción. Funciona el grupo electrógeno.

Mister C. no se atrevió a preguntar por la situación eléctrica. Únicamente quiso saber de dónde se habían importado los generadores.

—Están hechos en España, señor, como estas telas—le dijo un empleado.

El grupo eléctrico no pudo estudiarlo. Las telas, en cambio, sí. Le parecieron excelentes y, sin saber por qué, las asoció con el Museo del Prado. Cuando supo que por menos de tres mil pesetas iba a tener el mejor traje de Madrid, digno de un grande de España, cortado a su medida, volvió a sorprenderse.

Su amigo le llevó a merendar a una cafetería. Le extrañó que hubiera más personas en las mesas que en la barra. Tenían aspecto de llevar allí mucho tiempo. «Los españoles que están aquí—pensó—no trabajan ocho horas.» Pero su amigo no le dejó meditar. Se lo llevó a las Cuevas de Luis Candelas. Aquello era típico. Además pensaba pedir simplemente jamón y aceitunas como aperitivo.

MISTER C. QUIERE COMPRARSE UN TRABUCO

—¡Oh! ¡O... olé!—gritó entusiasmado mister C. al contemplar al bandidero de guardarrapia que le recibió. Mister C. se fijó en el trabuco. Pidió explicaciones. Mostró deseos de comprarse uno. Su amigo le ofreció llevarle al «Rastro».

Aquel lugar fué el que más castizo le pareció a mister C. Ante una mesa, un grupo heterogéneo de turistas contemplaba una botella de tinto y escuchaba al guía, que en inglés les explicaba: —The wine is the typical wine of Valdepeñas. (El vino es el típico de Valdepeñas.)

El español rompió a reír. Mister C. no supo por qué. Tampoco comprendió la explicación que su amigo le dió. Al cabo de una hora estaba casi en otro mundo. El «typical wine of Valdepeñas» le había vuelto sentimental. Tarareando «Oh my old Oklahom», una canción que aprendiera de niño, volvió al hotel. Se dirigió a la Conserjería. Pidió papel. Luego subió a su habitación, regresando a los pocos minutos portando una cartera, de la que extrajo más papeles. Se sentó cómodamente. Ante él estaban desplegados gráficos y estadísticas y a un lado el papel que le dio el conserje. Con un bolígrafo empezó a hacer cálculos. Miraba los gráficos, consultaba las estadísticas y trazaba números con gran habilidad. Mister C. es un hombre habituado a los números. Se acordó del grupo electrógeno y se puso a examinar los gráficos hidroeléctricos. La cosa estaba clara. «Realmente hay dificultades», pensó mister C. y siguió sumando. Al poco rato estaba convencido, no obstante, de que España le ofrecía buenas perspectivas para sus negocios. Guardó sus papeles en la cartera, se arrellanó en el sillón que ocupaba. Fué entonces cuando midió el tiempo que tardaba en consumirse una cerilla. Fué entonces también cuando hizo un recuento de sus gastos. Se encontró con que todo le había salido barato. Se encontró también con que nadie le había echado en cara ser norteamericano. Le habían tratado como a un español. Mister C. antes de irse a dormir estaba ya convencido de que España, la vieja España, era de los países más singulares de Europa.

Pedro GIRONELLA
Francisco CARANTONA

RIAD, "JARDIN DEL DESIERTO"

LA CAPITAL ARABE ES UNA MARAVILLOSA CIUDAD DE BARRO



Fiestas en Riad, capital de la Arabia Saudí. Aquí se ve al Rey recientemente fallecido rodeado de sus súbditos

SU ECONOMIA ESTA BASADA EN LA EXPLOTACION PETROLIFERA Y EN LOS IMPUESTOS DE LOS PEREGRINOS QUE VISITAN LA MECA

Las sedientas arenas de Riad, capital del Neyed, se han abierto para dar sepultura a Abd-el Aziz ibn Abd-el-Rahmán ibd Faisal-el-Saud, Soberano y Señor de la Arabia, fallecido de un ataque cardíaco en su circunstancial residencia de Taif, tierra ésta—fronteriza del mar y en las vecindades de La Meca, donde está la tumba de Mahoma—a la que Ibn Saud había acudido para fortalecer su corazón cansado y hallar un lenitivo en la oración.

Riad significa en árabe «jardín». No hubo necesidad de demasiado esfuerzo para encontrarle un nombre. Riad es eso: un jardín. Pero un jardín que, para llegar a él y sumergirse en la delicia de su verdor inesperado, exige atravesar los más de 700 kilómetros de desnudo y reseco desierto que le separan de Yeda, capital del Heyaz, en las orillas del mar Rojo. Riad—el «jardín»—es la obra tímida y prodigiosa del agua, que aparece de pronto, aunque sin prodigalidad, tras la infinita travesía del desierto. En sus inmediaciones hay un «uadi»—o, mejor, un torrente, porque el sentido más exacto de «uadi» es el de «valle», nacido no se sabe dónde, para perderse no se sabe cómo. Y un bosque de palmeras que se ciñe unos treinta kilómetros a la margen derecha del «uadi» o del torrente. A la altura del vado—allí no existen puentes—, alzando las almenas por entre, el vigoroso verdor de los palmares, sobresale el Palacio de verano del Rey, revestido de un ocre furibundo. Y enfrente del Palacio, entre árboles raquíticos y flores sin olor—no da más el desierto—, se extiende el caserío de Riad, que

son tres caseríos bien distintos y bien diferenciados: el barrio del Monarca y de los príncipes; el de la población sedentaria, con viviendas de un solo piso y amplias corralizas, y el de la nómada, profusión de paredes simétricas, recortadas al aire, sobre las que, a manera de techos, tienden sus pieles de camello las caravanas que acaban de llegar para pasar a cubierto la noche. Una gran explanada, en la que convergen dos asphaltadas carreteras, y sobre cuya arena forman sus corros los beduinos, separa los palacios de la barriada real de las casucas, corrales y paredes de los otros dos barrios. Allí precisamente despliega sus chillones colores una enorme sombra, bajo la cual un guardia de la circulación—el único, probablemente, de toda la ciudad—regula con su bastón el tráfico, reducido a algún coche que muy de tarde en tarde abandona los regios dominios.

En este elemental escenario, el Rey Ibn Saud, que acaba de morir, tenía su Corte. Es el mismo escenario en que, con la hospitalidad más obsequiosa, espontánea y cordial, el Rey Ibn Saud recibió hace año y medio a la Misión oficial española que, presidida por el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, visitó los países árabes. Miembro de la Misión, los detalles de aquella entrevista con el poderoso Señor de la Arabia siguen vivos en mí. Ahora, como homenaje a la memoria del gran Monarca, quisiera recordarlos.

RIAD, LA CIUDAD DE BARRO

En Riad no se conoce la piedra. Mucho menos el hierro y el

cemento. Es decir... El entonces Emir (príncipe) Saud ibn Abd-el-Aziz, hijo mayor de Ibn Saud, a quien ha sucedido en el Trono, se había hecho construir un palacio gigante de cinco pisos, en cuya edificación sólo se emplean el cemento y el hierro, que es preciso llevar desde el lejano Dahrem, puerto del Golfo Pérsico, a una distancia de trescientos kilómetros. Ese palacio, en forma de pirámide, como de torre de Babil, por la carencia de cimientos sólidos, llevaba empleados ya más de cinco años, y su terminación no estaba próxima. En Riad, todas las casas están hechas de adobes, es decir, de ladrillos de barro sin cocer. Incluidas las residencias del Rey y de los príncipes. Ibn Saud tenía treinta y seis hijos varones, para la mayor parte de los cuales, con sus mujeres y con sus séquitos, fueron edificados sendos palacios, que forman una aglomeración compacta junto al del Rey. Murallones de adobe al exterior, sin huecos de balcones ni ventanas, pero con el remate de innumerables almenas que prestan al conjunto la apariencia robusta de una ciudad fortificada de la Edad Media.

También de barro, naturalmente, es la gran construcción destinada a albergar a los huéspedes del Monarca saudí. En ella pasamos una noche, en realidad de huéspedes de honor, los miembros de la Misión de España. El régimen saudí es absolutamente medieval, pero—tal vez por eso—es rigurosamente patriarcal. Nadie da al Rey el título de Alteza o Majestad, sino, sencillamente el de «hermano». Las puertas de Palacio están abiertas para todo el que quiere franquearlas; no

puede, sin embargo, dar la espalda al Monarca; ni siquiera en viaje, porque, para evitarlo, en el avión real hay un trono frente al cual se alinean los sillones del séquito. Tampoco existen en la Arabia presupuestos del Estado, ya que la totalidad de sus necesidades están sobradamente satisfechas con dos grandes ingresos: la participación en las explotaciones petrolíferas y el impuesto sobre los peregrinos de todo el mundo que visitan las ciudades santas de Medina y La Meca. Es posible que entre ambos renglones el rendimiento anual sobrepase los cuatrocientos millones de dólares que, íntegramente, pasan al Tesoro. Pero no para disfrute exclusivo del Rey; la mitad aproximadamente de esa cantidad está destinada al pago de un censo a los jefes de las tribus. A cada uno de los cuales corresponde el derecho consuetudinario de ser alojado y atendido en la Corte durante cuatro días consecutivos, y en muchas ocasiones el honor de sentarse a la mesa del Monarca para compartir su pan. La residencia de los huéspedes, casi colindante con el Palacio Real, es fastuosa y cómoda, pero en muchos aspectos, desconcertante. Hay en ella salones decorados con ricos damascos y deslumbradora alfombrería persa; comedores amueblados al gusto occidental, con servicio de plata maciza; dormitorios con maravillosas alfombras de Oriente, ventiladores de imponentes aspas... y unos catres durísimos de hierro; cuartos de baño con el suelo vestido de adobe, pero con calentadores de agua modernísimos... Y un gran patio central con docenas de cuadras para los camellos.

Nadie que se alojase allí ha dejado de conocer la fabulosa esplendor de Ibn Saud, que, no por un alarde de riqueza, sino por natural inclinación de gran señor, colmaba de dones y regalos a sus huéspedes. Como anticipación de la entrevista, el Monarca nos envió aquella noche a los miembros de la Misión de España riquísimos obsequios: trajes completos de beduino, espadas con primorosas guardas de oro y plata, dagas con puño y vaina de oro e incrustaciones de piedras preciosas... El jefe del protocolo, al que seguían dos sirvientes abrumados bajo el peso de dos enormes fardos, desplegó ante nosotros, como un mago de Oriente, aquel tesoro, en un salón digno de Scherezada, con sus sillones de florido damasco y sus multicolores alcatifas de Persia. Donde el refinamiento hallaba, para el calor, botellas de coca-cola helada, y para el tedio la excepcional invitación de un par de ceniceros. Porque la ley religiosa de Uahab, imperante en los reinos de Ibn Saud, prohíbe inflexiblemente el alcohol y el tabaco. Sólo cuando no está presente un uahabi, el hombre occidental puede en la Arabia fumar un cigarrillo.

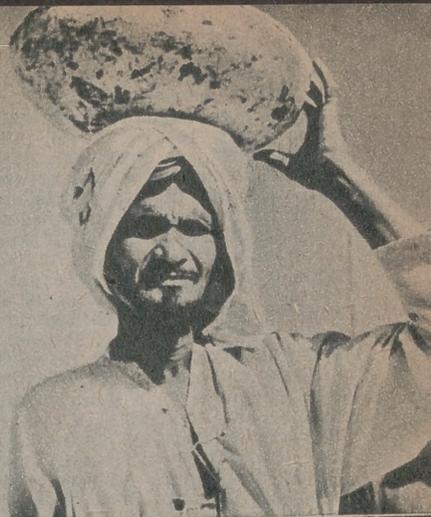
EL PALACIO DE IBN SAUD

El Palacio de Ibn Saud es una fortaleza. De barro, claro está. Lo rodea un recinto murado, que flanquean ocho pesadas torres, en cuya construcción no en-

tró otro material que el adobe desnudo. Esas torres desafían en cierto modo al tiempo, porque en la Arabia llueve muy pocas veces. La noche de la tarde en que llegamos llovió de manera inaudita e indescriptible, como si las cataratas del cielo se hubiesen abierto para darnos su más rara bienvenida. Más de dos años hacía que ni una sola gota había caído allí. Al día siguiente, el torrente hizo honor a su nombre. Y cientos de chiquillos—muchos, acaso, no conocían la lluvia—se bañaban alborozadamente en los charcos formados en las desigualdades del desierto. Dos veces por semana, el Rey Ibn Saud ofrecía una limosna a cuantos pordioseros llegaban a Palacio. Aquella mañana, para celebrar la inusitada lluvia, Ibn Saud ordenó la entrega de una limosna extraordinaria. Y miles de hombres, sentados en cuclillas, esperaban su turno en unas «colas» interminables.

Entre muralla y Palacio hay una especie de plaza de armas. O, si se quiere mejor, algo muy parecido al patio de la venta manchega en que veló las armas Don Quijote. Pero un patio de venta sin abrevaderos, sin caballerías y sin trajinantes. Lo que sí hay en él son docenas de automóviles de los últimos modelos norteamericanos. En la Arabia, «paraíso del petróleo», el automóvil norteamericano ha adquirido carta de naturaleza. Aunque no haya carreteras, sino pistas, y aunque su posesión esté casi exclusivamente reservada al Rey, a los príncipes y a sus respectivos séquitos. En casi un centenar se calculan los que poseía Ibn Saud. En los no infrecuentes casos en que Ibn Saud se trasladaba a Yedda—la capital diplomática—y La Meca—la capital religiosa—, con ellos se formaba una caravana interminable. Caravana en la que no faltaban los tanques para agua y gasolina, los camiones para la harina y el ganado que debían consumirse en el viaje, la amasadería y el horno para fabricar el pan, las variadísimas colecciones de alfombras y las tiendas de campaña con instalación de baños y alumbrado eléctrico. Por encima del centenar de personas, incluidas las mujeres favoritas, componían por lo común el séquito del Monarca.

Ya el dintel del Palacio advierte al visitante el prestigio del lugar. Escritas en caracteres



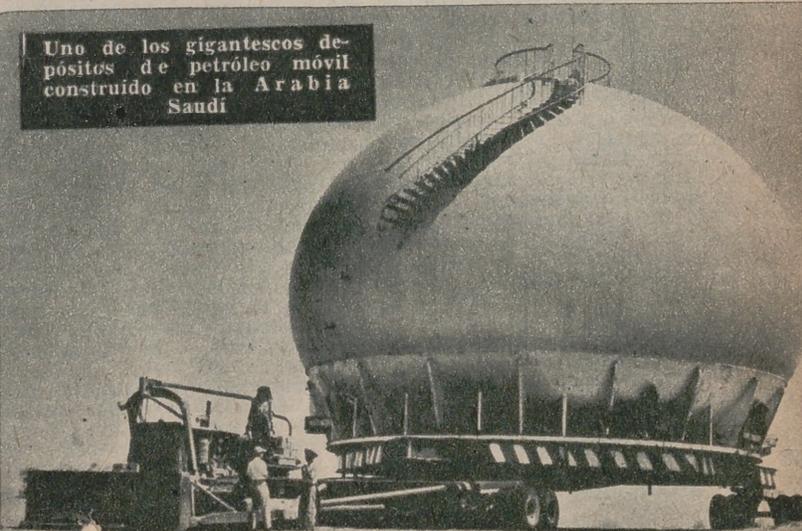
Un típico árabe saudita que trabaja en las explotaciones petrolíferas



En honor del Ministro español señor Martín Artajo le fué ofrecida una comida por el ministro del Interior saudí durante su estancia en Yedda. El plato que se está sirviendo es gib de camello joven

árabes hay allí estas palabras: «Palacio del Rey». Es posible que en la Arabia no sean muchos los que sepan leer. Pero para aquellos que lo saben, las indicaciones escritas no faltan. Sobre la puerta del Palacio del nuevo Rey, Saud, resplandece en la noche, dibujada con tubos de neón que proyectan una luz morada, la inscripción siguiente: «Palacio de las flores». Y en tres habitaciones del aeropuerto de Yedda, a las que queda limitada toda la organización burocrática de sus correspondientes servicios, se lee en inglés: «Ministry of Defense», «Ministry of Finance», «Ministry of Foreign Affairs»... Pasa como con los teléfonos. No se sabe si son muy usados, ni muchísimo menos con quién, pero se los encuentra en todas partes: al alcance de la mano del Monarca,

Uno de los gigantes de depósitos de petróleo móvil construido en la Arabia Saudí



en los comedores, en los salones y hasta en los jardines.

Un oscuro zaguán da entrada a la regia residencia. O, más exactamente, a un gran patio central de dos pisos que se asemeja bastante al claustro de una de las primitivas fundaciones de los franciscanos en California. Recorren las paredes del zaguán unos bancos de adobe y azulejo, sobre los que los hombres de la guardia dormitan. Y contemplan como únicos motivos de amenidad y de ornamentación de aquella estancia oscura, un viejísimo reloj de pared y un modernísimo extintor de incendios. Y, ya en el patio, la escalera de honor—una estrecha escalera con pasamanos de madera de pino, pero con una deslumbradora alfombra sobre los escalones—lleva al salón del Trono.

El salón del Trono es una amplia y clara galería, cuyos ventanales, recubiertos de floreados vitales, dan al patio central. A derecha e izquierda, robustos sillones, en gran parte ocupados por los príncipes y los dignatarios de la Corte. El vestido cortesano es sencillo a la vez que ostentoso: la «chamis», amplio hábito blanco que cubre desde el cuello hasta los pies; sobre la «chamis», la «agaia», manto negro con ribetes de oro; en la cabeza, el «kefia», pañolón—blanco o con cuadros rojos—que se dobla en triángulo, y el «agal», ceñidor de pelo de camello, muchas veces recubierto de hilo de oro, que sujeta a la frente el «kefia». Completaban el cuadro guardias y servidores: éstos, recubiertos de blancas vestiduras; aquéllos, de unos semiuniformes, por entre cuyos pliegues sobresalían dagas de oro y espadas de oro y plata semejantes a las que nos enviara Ibn Saud como regalo; pero en todos, pendientes de los hombros, excelentes pistolas automáticas. Al final de la ancha galería, sentado en el más impresionante y humilde de los tronos—una silla de ruedas—, estaba Ibn Saud, Soberano y Señor de la Arabia. Junto a él, sobre una mesa, un teléfono y un desnudo bastón.

IBN SAUD, REY DEL DESIERTO

La presencia de Ibn Saud imponía. Aun cuando se ignorasen su regia dignidad, su importancia política y su historia. Era macizo y corpulento—casi dos metros de estatura—, pero su cuerpo se dejaba vencer sobre el sillón. Unas gafas escuetas sobre los ojos, y, en una ceja, una ancha cicatriz que le daba apariencia de estrabismo; alguna cana entre la negra barba; un grueso anillo de plata en un dedo de la mano izquierda. Escuchaba con atención afable y lánguida; no gesticulaba, pero de vez en cuando asentía suavemente; muy de tarde en tarde desplegaba los labios para pronunciar tenuemente palabras de sentencia o suras del Corán; Había en su actitud inmóvil un halo de indolencia, pero, muy en el fondo de sus ojos, un brillo de serena e indomable energía. Viejas heridas—más de treinta, casi todas de arma blanca, decoraban su cuerpo—le retenían en la silla de ruedas. Desde ella gobernaba—patriarcalmente, pero con firme

mano—a un país de casi dos millones de kilómetros cuadrados y una comunidad imprecisa de súbditos que oscila entre los cinco y los ocho millones. Vestía al uso beduino, como toda su vida: con una «kutra» roja en la cabeza ceñida por el «agal» dorado.

Ibn Saud era la más extraordinaria figura de su tiempo. Artífice de un Reino, caudillo militar, jefe religioso, gobernante absoluto y autócrata..., pudo resucitar el Califato, pero no quiso hacerlo. Soberano de un pueblo de semimonjes y semisoldados imbuidos por la más dura de las ortodoxias, temió el contagio de sus súbditos al contacto con el mundo exterior, y con ellos se reclusó en el rígido ascetismo, casi penitencial, del desierto. La ley de la secta uahabi prohíbe el alcohol y el tabaco, pero también la música y la danza. En la Arabia no hay cines, ni aparatos de radio, ni—con excepción de La Meca, tierra de peregrinos—periódicos. Es tan estricta la proscripción de la música, que las unidades militares carecen de cornetas y tambores. El de la Arabia es un pueblo cuyos únicos deleites son la oración, las armas, el galope, la caza, el nomadismo, las flores y el amor. Ibn Saud era el más depurado prototipo de la Arabia. Un día, cuando se entrevistó con él en El Fayum, en Egipto, Churchill le ofreció una rica colección de perfumes. «Habéis acertado con mis gustos—le contestó el Rey—. Para mí hay en la vida tres grandes consuelos: la oración, el perfume y la mujer.»

Todos los días, Ibn Saud tomaba un baño perfumado con rosas. Su casi única lectura era el Corán, la totalidad de cuyas suras repetía de memoria. En cuanto a la mujer... Todo creyente del Islam puede tomar hasta cuatro legítimas y reemplazarias: repudiándolas simplemente o descendiendo a la concubinato. Encerca de cuatrocientas se calculan las que sucesivamente esposó Ibn Saud, muchas veces por razones políticas, pidiendo en matrimonio a las hijas de los jefes de tribu que se quería atraer o ceñiéndoles sus esposas repudiadas. De esta manera tuvo alrededor de un centenar y medio de hijos, de los que los treinta y seis varones supervivientes formaban en torno de él una singular y deslumbradora Corte. De todos ellos se hizo acompañar cuando por vez primera abandonó la Península Arábiga para visitar en Egipto al Rey Faruk.

EL RESTAURADOR DE UN REINO

Ibn Saud había conocido en plena juventud la amarga servidumbre del destierro. Durante más de un siglo, la dinastía saudí luchó contra los turcos y contra la odiada familia rival de los Rachid. Hasta que, un día del 1890, el padre de Ibn Saud, Soberano del Neyed, fué destronado por los Rachid y los turcos, y hubo de refugiarse en el lejano Sultanato de Kuwait, sobre el Golfo Pérsico. Ibn Saud, muchacho de diez años, educóse a la sombra del padre en la doctrina del Corán, en el manejo de las armas y en el duro dominio del camello. Con un odio: el de la vencedora raza de los Ra-

chid, y con una esperanza: la de la restauración del Reino uahabi. En su torno congregó a un puñado de adeptos, en los que imbuyó rígidas normas de religión y de milicia y a los que heredó con sentimientos de semimonjes y semisoldados. Y en 1901—Ibn Saud tenía veintinueve años—escogió cuarenta de los mejores y, a su frente, emprendió la imposible aventura de conquistar otra vez el desierto. En sus marchas nocturnas, a la luz de la luna y del arrojo, se alimentaban solamente de dátiles. Y así llegaron a las puertas de Riad. Ibn Saud desplegó a treinta y cuatro de sus hombres y, al frente de los otros seis, escaló a sangre y fuego la muralla. La batalla, en medio de la noche, fué terrible. Al clarear el sol del nuevo día, Riad estaba en las manos de Ibn Saud, y en el Trono del Neyed quedaba reinstaurada la dinastía saudí.

Pero aquello no fué más que el principio, porque la lucha se prolongó durante treinta años. Lucha contra los turcos y los Rachid, primero; luego, contra las tribus rebeldes; después, contra la estirpe de Hussein, descendiente de Mahoma y protector de La Meca, que, apoyado por la Gran Bretaña, se proclamó Rey del Heyaz. Héroe en cien batallas, en las que ocupó siempre el primer puesto, no se sintió jamás intimidado ni por la sangre ajena ni por su propia sangre. Una vez recibió una grave herida que podía poner en peligro su indiscutible autoridad. En su campo todo era consternación y duda. Ibn Saud lo comprendió de una sola mirada e hizo que llevasen a su tienda a una virgen núbil. Al día siguiente pudo demostrar ante sus amilanadas huestes que su derecho pleno al caudillaje no había experimentado limitación alguna. Otra vez, en lucha con las tribus indómitas que se negaban a reconocerle, aprehendió a diecinueve de los cabecillas, que hizo comparecer delante de él. Firmemente, sin que se le alterase un músculo en el rostro, desenvainó la espada y uno a uno dió muerte a los rebeldes. Al llegar ante el último, volvió lentamente el acero a la vaina y le dijo:

—A ti, te perdono. Ve y cuenta lo que has visto: hasta dónde puede llegar mi implacabilidad en el castigo, pero también hasta qué punto llega mi magnanimidad, pues te dejó la vida.

Así era Ibn Saud, héroe de fábula, capitán de leyenda, restaurador de un poderoso Reino religioso y político y que, siendo capaz de reconstruir el arruinado Califato, nunca quiso intentarlo, tal vez por evitar a su pueblo el contagio con los refinamientos de una vida moderna que no le complacía. León del desierto, Soberano y Señor absoluto de la Arabia, patriarca y hermano de sus súbditos, allí estaba, en su maravilloso Palacio de adobes, inmóvil ahora en su silla de ruedas, pero trascendiendo de toda su figura un halo incontenible y extraño de señoría y grandeza. Acaba de morir en Taif, junto a La Meca, a donde había acudido para buscar consuelo en la oración y para fortalecer su corazón cansado.

Pedro GOMEZ APARICIO

LA NARANJA ES REDONDA Y PESA COMO EL ORO

ANDALUCIA HACE
DE LA TIERRA VERDADEROS PRODUCTOS DE ARTESANIA

MALAGA PRODUCE DE 12 A 14 MIL TONELADAS DE NARANJA

(De nuestro enviado especial,
José Luis CASTILLO PUCHE.)

POR fin había podido quedarme dormido al coger el tren en Bobadilla (malas combinaciones tenemos por el Sur) cuando, al abrir repentinamente los ojos, me encontré con que todo estaba negro como la boca del lobo, aunque mucho me temo que las bocas de los lobos no sean tan negras como se dice. Frente a mí sólo veía una lumbrecita roja que se movía de allí para acá y algunas veces hasta se me acercaba más de la cuenta. De ningún modo podía imaginar que se trataba de la brasa de un puro fenomenal. No cabía duda de que iba en un tren. El tracatrá sobre los raíles era normal y constante.

De repente se hizo la luz, apareció el paisaje por un boquete fantástico y pude contemplar un enorme despeñadero cortado a filo que a primera vista parecía los pelos de punta. Por el fondo del barranco corrían unas aguas rápidas y espumosas. Pero lo más sorprendente era una barandilla colgante que, pegada a la roca, producía la misma impresión que nos producían los trapecios sobre el vacío cuando éramos niños y



Es el sol, con su luz y con su vigor, el que va convirtiendo la verde fruta en oro cuajado y radiante



Operarias uniformadas que trabajan al son de la música embalan cuidadosamente la naranja española que ha de llegar a Finlandia y Alemania

nos llevaban al circo. En seguida surgió otro túnel y otra vez se nos echó encima la inmensa y desnuda mole de piedra, que parecía querer encajonar al tren como si fuera un toro bravo. Seguramente la barandilla servía para el turismo, pero no por eso dejaba de atemorizarnos. Los peligros imaginados son peores que los peligros reales. Uno es capaz de meterse en una avioneta rudimentaria y volar por donde Dios quiere y como Dios quiere, pero si se piensa sobre ello, uno se agarra a la barandilla de la cama o a la gutapercha del tren, como en este caso. Vinieron más y más túneles, hasta que paramos en una estación chiquita que se llama «Los Chorros». Por fin, pude conocer al señor del puro. —Don Toribio, para servirle.

—¿Cómo se llama este ric?—le pregunté.

—El Guadalhorce—contestó, y escupió por la ventanilla.

¿No eran naranjos lo que yo iba buscando? Pues allí estaban, a pocos pasos de la estación. Naranjos muy lindos al lado de plateados olivos y desparramadas chumberas. Naranjos no muy copudos, pero con naranjas ya de puro amarillas.

Este túnel y este caudal empaquetado son un símbolo exacto de lo que es en España la agricultura. Tan pronto aparece la mano del agua, la del hombre se pone lista, y de la tierra áspera, seca, desnivelada, surge el bancale y el huerto, con primores de jardín. Una de las revelaciones de Andalucía es ésta, que, como jugando, con una técnica más ára-

be que occidental, hacen de la tierra verdadero producto de artesanía. Porque otras regiones apenas si tienen que cavar y plantar, pero zonas como las de Málaga y Almería suponen mucha paciencia y un desafío constante a la naturaleza. Las plantaciones en Málaga y Almería son robos descarados que se hacen al monte.

Iban surgiendo grupos de casas repartidas por las laderas. Y tan pronto volvíamos al callejón de las montañas, por donde el agua discurre, medio caprichosa, medio consciente de su papel, como veíamos espesarse el valle. Se ve que aquí el productor no sólo está atento a ocupar terreno con frutos remuneradores, sino que los selecciona y los perfecciona.

—No hay nada como la canalización—dijo, al cabo de un rato, don Toribio

—Por supuesto.

—Cuando se formen una o dos presas más, ya verá usted lo que es bueno.

Ibamos de pie en el pasillo. Pasamos Las Mellizas, Alora, Pizarra, Cártama y Campanilla, pueblos todos ellos con aspecto de ariscos por fuera y de lejos, pero con roncón frondoso y huertas amenisimas en las vertientes.

—¿Qué planta es ésa?

—¿Esa?—replicó, muy gustoso de demostrarme su sabiduría—. Eso es ricino. Y aquello, algodón.

Yo no sé cómo era esta geografía hace veinte años, pero creo que la tierra está experimentando una honda transformación por estos parajes. A la entrada de Málaga hay unos kilómetros de llano donde verdea de un modo intenso y avasallador la caña de azúcar.

Don Toribio me contó unas cuantas anécdotas que no dejan de tener interés. Una de ellas no es ni siquiera anécdota, sino algo más serio. En Pizarra, el conde de P., emparentado con los Domecq, se ha metido en una cartuja. Esto ha hecho mucha impresión en la comarca.

—Figúrese—me decía don Toribio—, y con un millón de renta que tiene.

Me añadí que el conde de P. ha parcelado sus tierras y ha hecho mucho bien a todo el mundo.

—En el palacio del conde se celebraron—prosiguió—las conversaciones de Algeciras.

—¿Qué conversaciones?

—No me haga usted caso, yo lo que oigo decir, a lo mejor era otra cosa. El palacio lo destruyeron los rojos, pero como lo tenía asegurado, se hicieron la pasqua.

Cuando le dije que iba a escribir algo sobre todo aquello y cité EL ESPAÑOL, don Toribio pareció ver los cielos abiertos y, cogiendo carrerilla, se embolsó en una especie de catilinaria tremenda:

—Están que muerden. ¿No habrá escrito usted lo del arroz, lo de Puebla del Río, de Sevilla? Porque ustedes, los periodistas, a veces...

—Tenga usted en cuenta que la culpa no es nuestra; puede ser de quien nos informa...

—Pero, bueno, ¿ha sido usted, sí o no, el que escribió todo aquello de la Isla y del Puntal?

—No, hombre, yo no he sido. Yo vengo para escribir sobre la naranja.

—Mejor. Así podré hablarle claro.

—No sé siquiera de qué se trata.

—Sí, hombre. Pues que los de la Isla quieren constituir Municipio aparte de Puebla del Río. Es un asunto que está sometido al fallo de arriba, y vamos, que no creo yo que sea tan fácil.

—¡Ah!, empiezo a entender. Existe cierto litigio entre esos dos pueblos.

—Amigo mío, uno de ellos no es un pueblo, sino un poblado que nació de las explotaciones del arroz. Pero tampoco parece totalmente cierto, ya que esos poblados nacieron y estaban ahí antes que la empresa colonizadora comenzara sus actividades, muy dignas, por otra parte, de elogio y todo lo que usted quiera. Pero las cosas en su punto.

Veía yo que, sin comerlo ni beberlo, me estaba metiendo en un pleito de esos en los que vale más siempre no meterse. Yo no sabía nada de todo aquello. Pero don Toribio quería a toda costa dejar las cosas bien sentadas. Que si no había en la Isla 50.000 hectáreas de cultivo, que si eran solamente 19.770 hectáreas (yo me asombraba de la memoria numérica de don Toribio).

—Bueno, ya sabe usted que la parte interesada siempre exagera

algo—dije, sin saber qué decir ni a dónde mirar.

No me cabía duda de que don Toribio era de Puebla y estaba muy indignado. Me echó casi un sermón sobre la ecuanimidad.

—Por eso procuramos siempre informarnos por organismos solventes y serios...

(Yo me estaba viendo contar las cajas de naranja en las fábricas y no fiarme de cifras dadas así de memoria.)

Don Toribio seguía en su catilinaria y ponía ahora cara de circunstancias, y verdaderamente compungida. Hasta su voz se había hecho más grave.

—Y, mire usted, tampoco hay derecho a decir que Puebla del Río no dió facilidades, y que por parte de este pueblo hubiera ignorancia, ceguera y desconfiada torpeza. ¡No hay derecho!...

Menos mal que, cuando la cosa se ponía así y don Toribio intentaba seguir por este camino, estábamos entrando en Málaga. Me aproveché para cambiar de conversación, y le recité a don Toribio aquellos versos de un poeta malagueño:

«Málaga, barco de luz,
línea en el mar.»

MÁLAGA, CIUDAD ABIERTA

Málaga es una ciudad abierta y en plena ansia de creación. Se nota por todas partes un deseo unánime de prosperar. A Málaga le harían falta más industrias. La caña de azúcar, la naranja, el ricino y los olivos no son suficientes. Hay pueblos grandes en la provincia, en los cuales, mientras no se ponen en marcha las faenas agrícolas, dan un buen contingente de obreros semiparados. El incremento de población es grande y, por lo tanto, la emigración excesiva. Málaga es un pueblo de los más afanosos de España. Un pueblo no sólo con gracia andaluza, sino con un deseo creciente de resurgimiento y economía. La tierra no siempre es grata, pero la voluntad de la gente está pronta...

AL PIE DEL TELEFONO

En el Sindicato entré en un momento oportuno. Victoriano, Jefe del Grupo de Agrios, no podía ni tenderme la mano. Le llamaban por teléfono de diferentes sitios. Estaban precisamente en el momento en que había que resolver la exportación de la presente cosecha. Discutían sobre grados de acidez, tamaño de las cajas, etcétera.

—¿Cuánto limón real producen ustedes?

—De cuatro mil a cinco mil toneladas.

—Digamelo en cajas.

—De ciento cincuenta a ciento sesenta mil cajas.

—¿Tiene alguna ventaja esta clase?

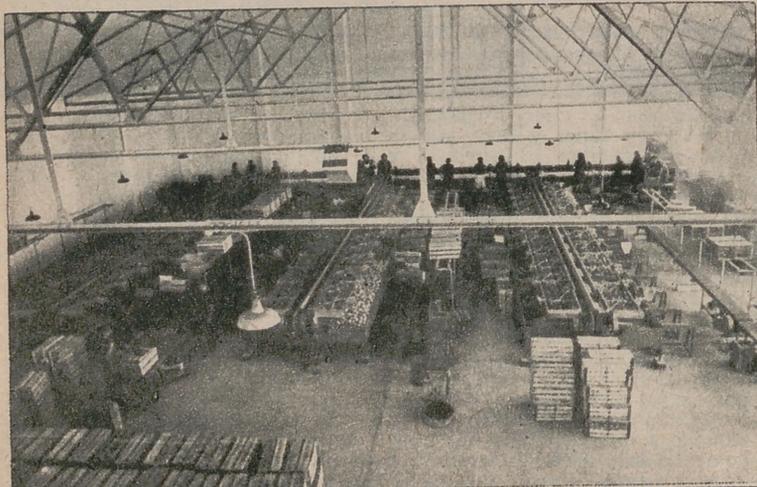
—Surge esta cosecha en los primeros días de septiembre hasta finales de noviembre. La producción es poca y costosa, pero tiene la ventaja de que se da en unos momentos en que resulta el único.

—¿Cuántos limones suele dar un buen árbol?

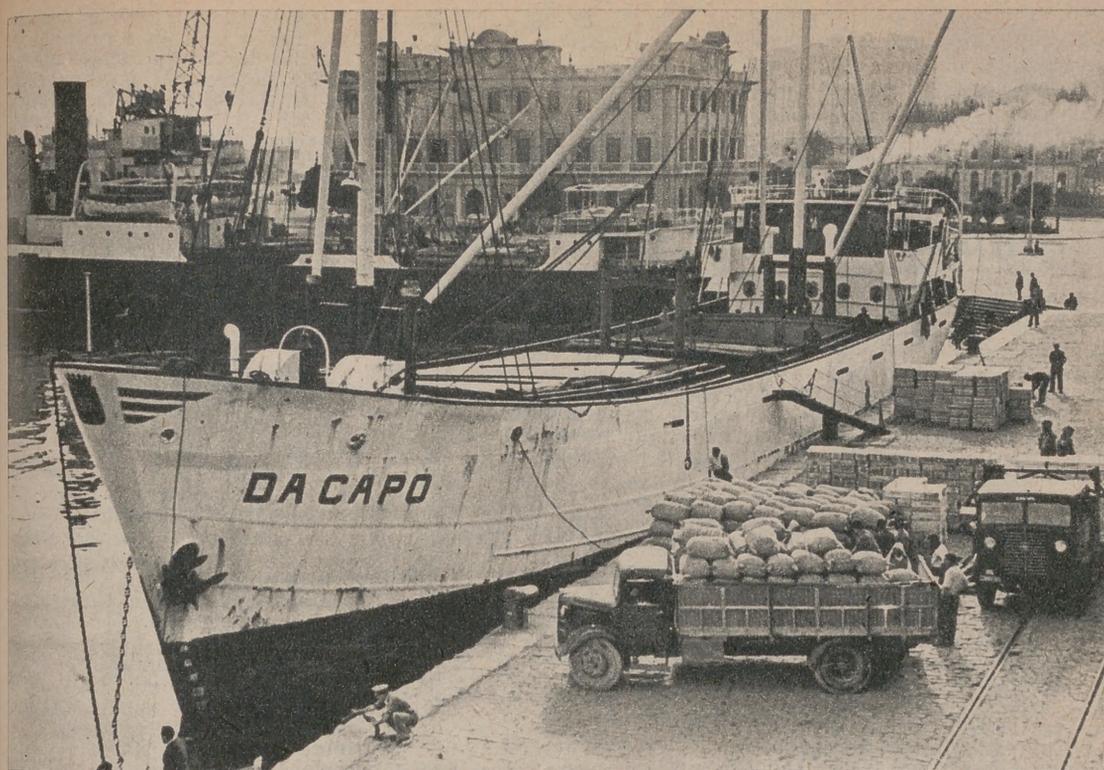
—Unos quinientos, pero esta cosecha ya es algo forzada.

—¿Y el «berna»?

—Del «berna», cada árbol suele



Málaga va conociendo los amplios almacenes donde, por un proceso mecánico, el fruto es seleccionado y empaquetado



le dar unos mil. Esta cosecha se da ya en la primera quincena de febrero y suele durar hasta abril.

—¿Y cuántas cajas?
—Unas doscientas mil, o sea, cerca de seis mil toneladas.

—¿Y de naranja?
—De naranja dulce tenemos que, en sus diversas variedades, Málaga suele dar de cuatrocientas cincuenta a quinientas mil cajas. De doce a catorce mil toneladas, nada menos.

—¿Y en qué fechas?
—Empieza la cosecha para la segunda quincena de octubre y dura hasta mayo.

—También tendrán ustedes amarga.

—Producimos de setenta a ochenta mil medias cajas sevillanas, o sea, de cuatro mil quinientas a cinco mil toneladas. Esta cosecha la tenemos a últimos de noviembre y nos dura hasta mediados de enero.

—Pues se pasan ustedes el año dándole la vuelta a la naranja o al limón.

—Esc digo yo.
—Ahora todo esto digamelo, más o menos, en números. La gente—y yo entre ellos—no entendemos de esto si no se nos habla de libras.

—Pues nuestra producción da el millón de libras, unos ochenta o noventa millones de pesetas, como podría usted calcular. De la dulce sólo venimos para la exportación un diez por ciento; de las otras variedades, un cincuenta por ciento. De la amarga, tenemos unas ciento cincuenta mil libras. Unos treinta kilos viene a valer una libra. El limón nos deja unas trescientas mil libras, y la naranja, unas cuatrocientas mil. Pero luchamos con una grave dificultad.

—La acidez.
—Exacto. No nos permiten más que hasta cierto grado de acidez, y esto es un grave contratiempo. Por eso se nos queda bastante para el consumo interior.

Durante estos meses de la cosecha siempre hay en el puerto de Málaga algún barco que carga naranja española. Divisas son divisas

—Y ¿por qué no nos vamos a ver toda esa zona naranjera?

—¿Ahora mismo?

—¿Cuándo, si no?

HACIA LOS VALLECITOS ESCONDIDOS Y PINTORESOS DEL GUADALHORCE

Salí con Victoriano y un chófer temible, uno de esos chóferes con vocación reconocida de aviadores que tenemos en España. Ibanos parajos al tren. El chófer me dijo que las mujeres de Casarabonela son las mujeres más guapas de España. Cualquier viajante de comercio sabe cuántas veces le han dicho esto y no se ha puesto a comprobarlo. Después llegamos a Pizarra, un hermoso pueblo de cinco mil habitantes.

—¿Sabe usted lo que dicen aquí de mí cada vez que me ven conducir?

—Pues, no.

—Pues dicen: «Ya nos hemos quedado sin luz».

—¿Y por qué?

—Porque una tarde pasé por aquí con un camión y me llevé por delante un poste de la luz. La gente estaba en el cine y se quedó a oscuras. Por eso ahora, cada vez que me divisan, en seguida dicen: «Apaga la luz y vámonos».

Ahora es un pueblo extraño, un pueblo que lo mismo se ve, que no se ve. Está repartido en el cuenco que forman dos montañas, y lo único que puede contemplar el viajero que se acerca es un castillo, entre cuyas ruinas sobresalen algunos mármoles funerarios. La gente está contenta porque por aquí van a formar una nueva presa y cada presa que se forma, ya se sabe que es un montón de duros repartidos a espuer-

tas. La zona de Alora es la mejor zona de agrícos. Aquí está el treinta por ciento de la producción de la provincia.

Lo primero que hicimos fué visitar un almacén de limón que lleva camino de ser importante. La firma «Vila» tiene prestigio en esto de los agrícos. Ahora están pendientes de instalar maquinaria de último modelo.

—¿Y de dónde traen ustedes esa maquinaria?

—De Burriana.

Trabajan en el almacén unos cincuenta obreros. El famoso «limón real» va cayendo en las cajas según tamaños. Me enseñan las cámaras de petróleo también. Están allí los limones o las naranjas como huevos en la incubadora.

Inmediatamente nos trasladamos al plantel de huertos de esta firma. La finca es preciosa. Poco a poco le han ido robando terreno al monte de una manera disimulada, transformando el barranco en vergel frondoso. Un sistema de recogida de agua y un renovado ensayo de pozos—la mayoría de las veces afortunado—le han dado a esta torrentera un aspecto florido y rico. No sé los miles de naranjos que habrá en esta finca, pero deben ser bastantes: naranjos sanos, jóvenes, bien alineados, muy distantes unos de otros, escalonados hasta con estética. La mayoría de estos naranjos tienen aún poco fruto, están desarrollándose ahora. Pero lo que sí es cierto es que este rincón perdido de Málaga vale una millonada.

—Todo fué cosa de mi abuelo. Se puso a plantar naranjos, y ahora, nosotros, por no perder la costumbre... ¿Quiere una naranja?

La parto y hago escurrir el zumo. Están que hacen guiñar un poco los ojos, pero cuajadas y repletas de zumo.

—¿Han gastado ustedes aquí una fortuna?

—Muchos somos los que hemos gastado una fortuna. Ya veremos después.

—¿Aquí se dan heladas?

—De eso, aquí no hay nada que temer.

—Pues nada, a hacerse ricos.

—Hay que dejarse antes la piel, amigo.

TRABAJE USTED CON MUSICA

Victoriano me dijo:

—Vamos a visitar la fábrica de la firma García Díaz y Santos.

Este almacén de frutos está en el barrio del Perchel y suele exportar unas cien mil cajas por temporada. La fábrica está constituida por dos naves amplísimas, cuyos techos, paredes y ventanales están especialmente preparados para que la fruta no se dañe con el sol ni la humedad ni otros elementos atmosféricos que puedan ser perjudiciales, como, por ejemplo, las oscilaciones de la temperatura. Al entrar se nota un fuerte olor a desinfectantes.

Está funcionando el «sinfín», una maquinaria en rotativa que en un extremo recoge el fruto, lo lava en aguas cada vez más calientes hasta un tercer baño, después unos cepillos en forma de émbolo lo van lustrando hasta que un ventilador lo seca, recibe luego un baño de serrín y, finalmente, otro sistema de cepillos giratorios le sacan el último y definitivo brillo. Durante todo este proceso la naranja ha ido rodando por unos canales hasta que cada una va cayendo en el depósito que le corresponde por su tamaño. A lo largo de toda esta mecánica hay mujeres que, de vez en cuando, alargan el brazo y separan las naranjas «no aptas»—llaman a esta operación «triar»—, las cuales inmediatamente ruedan en sentido contrario por unos canales inferiores. Parecería que, después de tanto ajetreo—a esta labor llaman ellos «boloteo»—, la naranja debería estar hecha puré. Pero no hay tal. La naranja llega, después de todas estas operaciones a las manos de las empaquetadoras radiantes y casi metálicas.

Esta fábrica que visitamos viene a preparar unas mil cajas diarias, es decir, unos 30.000 kilos de fruto. La caja que se usa en Málaga para naranjas y limones es de 30 kilos neto, y se llama americana. Parece ser que se trata ahora de adoptar un nuevo tipo

de caja de 12 kilos, que pueda resultar asequible al comprador particular. La caja sevillana era de unos 55 a 60 kilos, y en ellas entraban de 400 a 500 naranjas, según el tamaño.

La última operación que se realiza en estas fábricas es el rotulado de las cajas, después de cepillar el borde de las maderas con una máquina especial para que las aristas no dañen la fruta. Cada naranja va cuidadosamente envuelta en papel de seda, y luego toda la caja recubierta con papel celofán, que les da un aspecto de enormes cajas de bombones. En las tapas de estas cajas pude ver la marca de fábrica, que representa a una gitana, que no se sabe bien si es calé o de Valencia.

—¿Cuántas naranjas pasarán al día por este interminable aparato?—pregunto.

—De cinco a seis mil.

A todo esto podíamos hablar muy poco. Unos obreros martilleaban los flejes incesantemente. Y por si esto fuera poco, el potente altavoz instalado en la nave nos aturdió con una música de discos apropiados. Las obreras van uniformadas.

—Está bien esto de la música...

—Y tan bien. Trabajando con música, el rendimiento aumenta en un 30 por 100. Siempre que no se les ponga la «Quinta Sinfonía», por supuesto.

CUANDO ESTOS NARANJOS SEAN HOMBRES

El naranjo es como un hombre. Se planta y hay que mimarlo. Que venga el médico. Que no engorda. Que no crece. A los pocos años, ya le cuelga el primer fruto, como si fuera la primera travesura inocente o el primer pecado. Es a los quince años cuando el naranjo se pone a dar de sí, recién acabado su prematuro bachiller. Las naranjas anteriores se puede decir que sólo fueron distracción o ensayo. Después viene una época pujante, la plenitud y la decadencia.

El naranjo no tiene más pedago ni más médico que el huertano, que lo conoce nada más verlo y que sabe qué es lo que le falta a su tierra y qué es lo que les sobra a sus ramas. El huertano lo conoce por el color y por su posición. Lo conoce también, como es natural, por sus frutos, pero no le es preciso esperarlos; a tiempo sabe lo que pueden dar de sí.

Por lo que voy viendo, por estas tierras andaluzas campea un ejército de naranjos medio niños, medio adolescentes, que dan muy pocas naranjas, porque están tiernos aún, pero que van a cambiar hasta la fisonomía del paisaje. Aquí están ellos, alineados como formaciones de colegiales deportistas, esperando aguas y brisas, otoños y primaveras.

Pasan de los 300.000 naranjos los que tiene Málaga, naranjos no muy concentrados, pero ya con vocación de campamento.

—Cuando estos naranjos se hagan mayorcitos...—dijo Vila.

—Eso, cuando se hagan hombres...—respondí yo.

—Pero no hay que olvidar a África del Norte.

—¿Qué pasa con África del Norte?—repliqué, creyendo que se saltaba la página y aludía a los últimos acontecimientos.

—La tarea va a ser dura: Argel, Casablanca, Fez, todos esos territorios están inundados de naranjos. Y se han hecho competidores nuestros. ¿Comprende usted?

—¿Se sigue plantando?

—A veces sí, a veces no. El agricultor tiene una especie de brújula económica en la frente y no obra a ciegas; él planta o por lo menos ha plantado.

A los naranjos les pasa también como a los hombres. Hubo épocas en que se creyó que lo mejor era colocarlos muy juntos, como formando federación. Después se ha visto que cuanto más libres y desahogados estén es mucho mejor. El espacio vital les es muy necesario.

—Antes—prosigue Vila—se colocaban los naranjos a cinco metros, aproximadamente, unos de otros. Las ramas se entrecruzaban. Después se ha visto que el árbol se desarrolla mejor y da más fruto si no tiene que compartir su terreno con otras raíces. Hoy las plantaciones se hacen a unos ocho metros de separación entre los troncos, y producen mucho más. Los valencianos creo que ya optan por el segundo sistema.

HACIA ALMERIA

El viaje por carretera de Málaga a Almería es inolvidable. Me ticcó al lado un señor muy gordo con el que estuve a punto de incomodarme seriamente. No hacía más que echarse sobre mi hombro y reñcar. Después resultó que era un tío simpático y cachaludo. Al enterarse de que yo me llamaba Puche, añadió:

—¡Oh, lá, lá! Yo soy Percebal.

—¿Y qué?—añadí.

—¿No sabe la copla que se ha cantado durante mucho tiempo en Almería?

—No.

—Pues escuche:

«Si a Almería vas,
de tres P. te has de guardar:
Pérez, Puche y Percebal.»

—Y eso, ¿por qué?

—Porque eran los amos de la comarca.

No tuve más remedio que reirme. Yo no sé el dinero que Percebal llevaría en la cartera, pero yo llevaba muy poco. Los Puches habían venido muy a menos. En cuanto a los Percebal, no conozco su cuenta corriente.

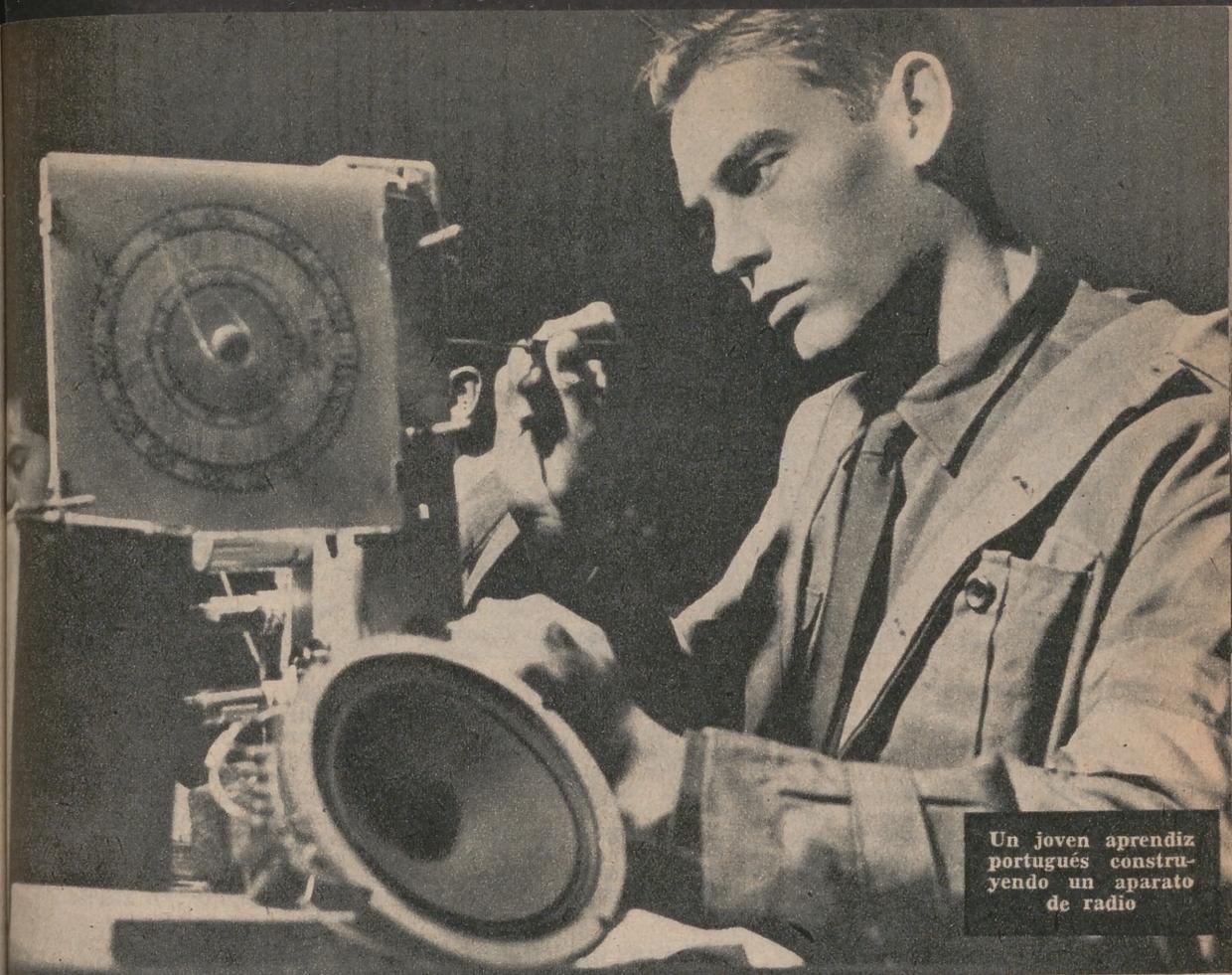
RECIBIRA USTED EN SU CASA

“EL ESPAÑOL”

todas las semanas si solicita una suscripción

Un trimestre	30 ptas.
Un semestre	60 »
Un año	120 »

Pedidos a Administración de EL ESPAÑOL,
Zurbano, 55, Madrid.

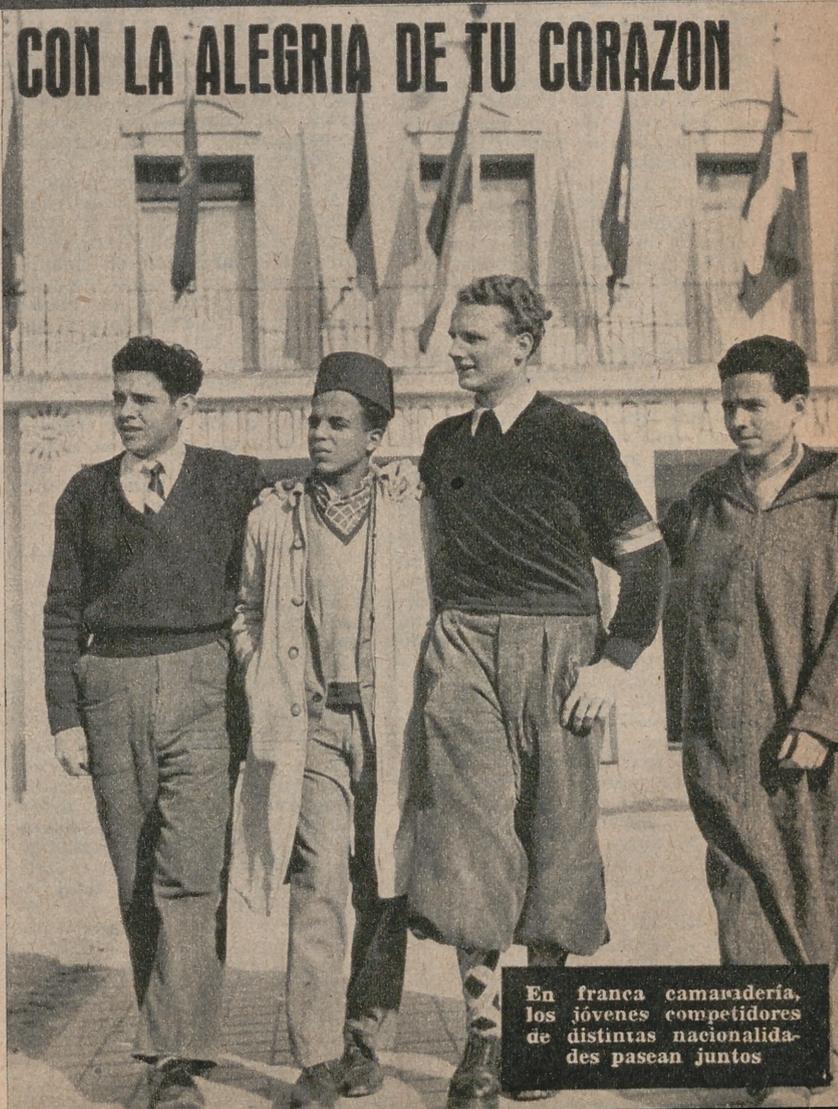


Un joven aprendiz portugués construyendo un aparato de radio

GANARAS EL PAN CON LA ALEGRIA DE TU CORAZON

SIETE PAISES
PARTICIPAN
EN LA
OLIMPIADA
JUVENIL DEL
TRABAJO QUE
SE CELEBRA
EN MADRID

EN la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», arriba del eterno sainete de los Cuatro Caminos, el Frente de Juventudes ha convocado a la competición laboral a 90 aprendices de siete países diferentes. Desde el día 23 del mes pasado hasta el día 5 de este mes, todo ese grupo de muchachos viene luchando por un noble galardón espe-



En franca camaradería, los jóvenes competidores de distintas nacionalidades pasean juntos



Izquierda: El pequeño fresador domina fácilmente la máquina.—Derecha: Un tipógrafo español durante una prueba.

cial, en el que se enlazan el entrañable afán deportivo y el personalísimo virtuosismo profesional de cada uno de los competidores.

Bajo la algarabía de los ruidos mecánicos —todos a una— que hacen perder el ritmo y el hilo de la información, late una cierta armonía finísima hecha veintitún sistemas diferentes, dicho sea con toda exactitud. El pensamiento, la experiencia, la teoría, la potencia física calibrada al milímetro y el rigor de las manos, avanzan y avanzan ganando puntos al tiempo y a la perfección de la obra. Monos azules, grises, camisas arremangadas, mandiles y batas. Ni una voz humana turba la irreprochable pronunciación del trabajo. Hay sudor, jadeo de herramientas y de máquinas, precisión industrial. Un martillazo aquí, el patinazo de una garlopa allá. Ronca una máquina. Todo, hasta el mismo ambiente, se llena de crujido, de violencia premeditada, de noble rabia olímpica.

VEINTIUNA ESPECIALIDADES

A este gran certamen internacional han acudido, como hemos dicho, 90 aprendices. Las naciones representadas son: España, Portugal, Marruecos, Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra. Las jóvenes escuadras laborales de estos siete países contienden en las especialidades de ajuste, cerrajería, carpintería, fresa, matricería, cincelado, torno, chapistería, ebanistería, modelistas de fundición, electricistas, bobinadores e instaladores, talla en madera, proyectistas de litografía, cajistas, encuadernación, radio, pintura, delineantes, estereotipistas y vidrieros artísticos. Total, veintiuna especialidades. Puzler de veintiuna piezas, veintitún platos fuertes. Torno, ajuste, cerrajería... Nombres con sabor a aceite pesado, a arrastrar de cadenas. Nombres, como pueden ver, que no se andan por las ramas. El progreso, la grandeza y el agosto de la economía tienen que llegar con arranques filológicos de esa índole.

Noventa aprendices. Estos muchachos compiten en dos grupos clasificados según su edad en dos categorías. Categoría A, de dieciocho años a veintitún años, y categoría B, de catorce a diecisiete años.

España tiene más probabilidades en la clase indicada en primer término, ya que en la B es más numerosa la participación extranjera.

HISTORIA BREVE DE LOS CAMPEONATOS JUVENILES DE TRABAJO

El Frente de Juventudes introdujo el año 1947 en su rápida biografía triunfal esta ejemplar forma de competencia laboral. Primeramente fueron concursos de Formación Profesional Obrera, cuya dimensión quedaba reducida al área nacional. Más tarde, exactamente desde el 50, el concurso se extendió al ámbito internacional, participando en él, además de España y Portugal, cuatro países de Hispanoamérica. Poco a poco fué incrementándose la importancia de tales competiciones, probablemente al observar el ciento por uno que rendía tan fecunda y espectacular forma de enfrentar a los jóvenes trabajadores, llegando, al fin, al magno acontecimiento que acaba esta semana, en el que han coincidido los mejores países de Europa.

DERIVACIONES SOCIALES

Aunque a trueque de vagar el delicioso peligro de la divagación, uno cree que es necesario llegar con el pensamiento a las nuevas formas de vida cuyo primoroso trompeteo no es sino la actual competición.

Antonio Almagro, Jefe de Centros de Trabajo, dijo hace unos días que el principal cometido de estos Campeonatos internacionales consiste en transformar al aprendiz, no solamente en campeón profesional, sino también en campeón social. He aquí el imperativo categorico. Es la más honda razón humana, la más rotunda explicación de todo esto. Conviene realizar un nuevo tipo de hombre, en el que el trabajo constituya carta

de noble ciudadanía y no rémora, contrariedad o clavo ardiendo al que hay que agarrarse en última instancia. Conviene, en beneficio de todos, desarticular el solemne concepto bíblico del sudor del rostro y raspar de él hasta donde cristianamente se pueda lo que tiene de maldición y de carga, para convertirlo en gracia y en aire bendito. En alegría del corazón.

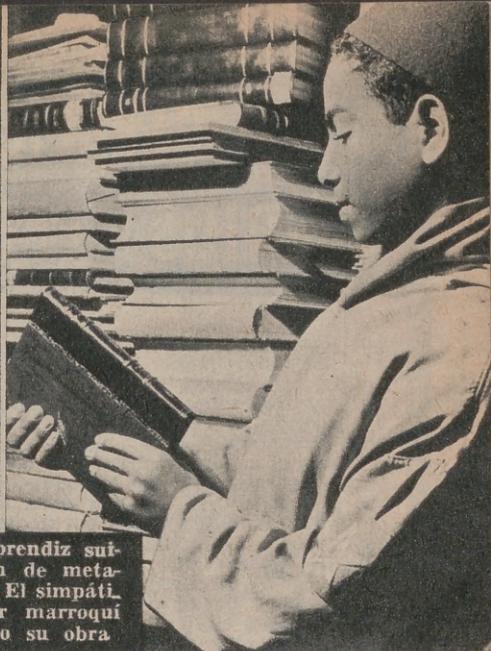
ALGUNOS DATOS MAS SOBRE LA COMPETICION

El tribunal que ha de juzgar la calidad de los trabajos realizados está formado por diversas personalidades internacionales. Son: José Antonio Eloia, que preside la Junta Calificadora; Antonio Almagro Díaz, vicepresidente; Francisco Albert, jefe del Servicio de Formación Profesional Obrera, secretario. Los restantes miembros del tribunal lo forman los señores Gerospe, de España; Abrantes, de Portugal; Fernández Morales, de Marruecos; Drust, de Alemania; Mailard, de Suiza, y Doullas Hill, de Inglaterra.

Asisten también a la Olimpiada, sencillamente como observadores, representantes de Nicaragua, Brasil, Méjico, Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela, Suecia, Suiza y Turquía. El Consejo de la Organización lo forman dos representantes de cada uno de los países competidores. Uno oficial y otro técnico.

EL VERBO TRABAJAR SE PRONUNCIA EN SILENCIO

En el transcurso de la semana hemos hecho dos visitas a la Institución de la Virgen de la Paloma. La institución está en la Dehesa de la Villa, a la que se llega, si uno vive en el centro de la capital, después de ciertas variaciones sobre los tranvías, viejos y admirables. En los minutos anteriores al tiempo de la competición, los participantes agitan su impaciencia y sus ner-



Izquierda: Un aprendiz suizo, en la sección de metalurgia.—Derecha: El simpático encuadernador marroquí mira con orgullo su obra

vios. La atmósfera es clara y tersa como la hoja de un cuchillo. La potencia juvenil que se contiene, la proximidad de la lucha, el desconocimiento de las posibilidades del contrario, forman como una aguda cuña invisible que quisiera penetrar en nosotros sin tocarnos. Uno se contagia de la expectación. Parece como si alguien fuese a morir o a nacer a nuestro lado.

—¿En qué piensas, chico?

—En nada.

—¿En qué especialidad trabajas?

—Soy ajustador.

—¿En quién vas a pensar mientras trabajas?

—No pensaré nada más que en trabajar.

—¿Y tú?

—En mi novia.

—¿Y tú?

—En mi novia.

Van dos.

—¿Y tú?

—En mi madre.

—¿Y tú?

(No tengo nada que hacer. Es alemán.)

Otra de las visitas coincidió con el trabajo. Daba gusto. Por unos momentos traté de marcar a oído las diferencias de los trabajos. Unos estaban más claros que el agua. Eran la fresadora, el martillo, el trepidar de la bobina. La expresión de los restantes, de la mayoría, se difuminaba en el ruido general, se unían y se separaban para unirse de nuevo en una gana de coincidir, de marchar juntos, de completarse. Daba gusto, créanme. Las amplias cristalerías por las que entra la luz tiemblan con un leve sonido que se parece a la «erre». Las máquinas parecen pequeños monstruos que se quejan. Los muchachos se inclinan, se levantan, pasan la mano manchada

de grasa, de tinta, con virutas entre los dedos, por la cabeza despeinada. Trabajan aprisa, sin vacilaciones. De vez en cuando miran al contrincante más próximo. Y callan. Trabajan en silencio.

DATOS COMPLEMENTARIOS Y FINALES

Esta obra del Frente de Juventudes ha captado el interés internacional desde bastante antes de organizarse concursos de tal capacidad. La participación de un plantel abundante de países extranjeros demuestra hasta qué punto es significativa la experiencia española. Por otra parte, la mayor conveniencia de competir en el terreno internacional reside en un saludable acercamiento entre las juventudes obreras y un refinamiento por contacto, por roce, de la técnica manual.

Volviendo la hoja, informaremos que uno de los jóvenes marroquíes presentes en el certamen es sobrino del Gran Visir, ya fallecido, a quien se le conce-

dió la Laureada de San Fernando.

EPILOGO Y MAQUINA DE ESCRIBIR

Nada queda por hacer. Hemos informado, divagamos un poco, penetramos en los talleres, hemos hablado velozmente con los protagonistas de este momento, hemos querido decir las sensaciones que nos produjo el detalle de esta olimpiada juvenil y, por fin, acabamos. Pronto ha de saberse ya el resultado definitivo de la competición y la cifra justa del éxito de España. Mientras tanto uno ha de recoger sobre la máquina de escribir el resumen y la síntesis de lo oído, de lo visto y de lo experimentado. Feliz tarea, a la que nos ayuda el ejemplo de los muchachos de la Virgen de la Paloma, reales francotiradores de la lucha por una vida más alta y digna, en la que todo ha de consistir en dar con el mazo y rogar a Dios, pero no para que nos libere de él, sino para que podamos manejarle hasta que se roc caiga, con toda legalidad, de las manos.

Carlos Luis ALVAREZ



Alemánes, franceses, suizos, portugueses, marroquíes y españoles charlan animadamente, aun con la dificultad del idioma

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LOS MEDIOS TERRESTRES DEL TRANSPORTE

EN toda nación es de vital importancia la posesión de un buen sistema de transporte que realice los intercambios que

requiere el desenvolvimiento de su economía. En los tiempos en que sólo había la diligencia, el carro y el ferrocarril, en cuanto un tráfico tenía algún volumen había que construir uno de éstos, pero hoy que la modernización de la carretera permite realizar por ella tráficos considerables, el problema de atender a los que se inician se simplifica, pues puede resolverse sin más gastos de primer establecimiento que el del material circulante de camiones o autocares que sea necesario. Por esto en la era presente no se hubieran construido algunos ferrocarriles que están circulando.

En cambio, la distribución de los tráficos existentes entre los diversos medios de transporte se ha complicado, pues la carretera se siente con bríos no sólo para desarrollar los tráficos incipientes y atender a los poco densos, sino para disputar al ferrocarril los que éste creó y de cuyos ingresos necesita para mantener su economía.

Así ocurre que en Estados Unidos, cuyo desarrollo agrícola e industrial se hizo gracias al ferrocarril, y donde estas competencias se resuelven en gran parte de un modo automático por la oferta y la demanda, desde el año 1916, en que se produjo el gran progreso del automóvil, se han levantado muchos kilómetros de líneas férreas en las que por ser escaso el tráfico y no tener perspectivas de aumento se perdía dinero, pasando el servicio a hacerse por la carretera. Pero ello no quiere decir que a los ferrocarriles se les vaya desalojando de su función, pues a otros de tráfico denso les van dotando de dobles y triples vías, sucediendo que el kilometraje total de vías de la nación no ha quedado reducido, a pesar de que se hayan levantado algunas líneas.

Por el contrario, en algunos países de Sudamérica cuyo desarrollo es más moderno y los transportes que ha requerido hasta ahora se han realizado por carretera, producen en éstas tráficos tan densos que su conservación resulta carísima y están empezando a construir ferrocarriles, que pueden servirlos a más bajo precio.

Ello es debido a que la especialidad del ferrocarril es el transporte de importantes tráficos a grandes distancias y velocidades, y la de la carretera, recorridos cortos y materias especiales, lo que en Estados Unidos se acusa de modo más claro, pues allá los grandes expresos realizan normalmente viajes de alrededor de tres mil kilómetros, es decir, más del doble de la distancia de Algeciras a Irún, y los trenes de mercancías son corrientemente de seis a ocho mil toneladas, y algunas veces, en trazados favorables, hasta quince mil, que

Por José de AGUINAGA

Director General de Ferrocarriles

es diez veces lo que tienen los nuestros más pesados.

Si aun en América, a pesar de esas enormes distancias y

tráficos que marcan sectores de actividad netamente distintos, tienen dificultades para hacer la coordinación de ferrocarril y carretera. Imagínese lo laborioso que ha de ser realizarlas en España, donde todo es pequeño y las posibilidades de ambos medios de transporte, por razones geográficas y de densidad de tráfico, se entremezclan y confunden.

Por otro lado, el factor económico tiene en nuestro país más destacado interés, por usar la carretera materiales de importación, lo que da al ferrocarril, que usa en mayor proporción los nacionales, una prioridad, siempre que el tráfico sea suficiente para que su economía se desenvuelva normalmente, pero si no es así, y no puede vivir de sus ingresos, hay que sostenerlo con subvenciones que cubran su déficit, entonces sus gastos ya no los pagarán sólo los usuarios, sino todos los contribuyentes, lo que salvo casos excepcionales no será justo.

En encajar cada medio de transporte dentro del sector en que dé el máximo rendimiento es un problema que acucia a todos los Gobiernos, de un lado por la lucha de intereses de transportistas, entendiéndose por estos de un modo general tanto al ferrocarril como a los de carretera, y de otro, por la intervención del público, que también lo complica, pues por creer que así estará mejor servido, siempre quiere tener a su disposición de todo: trenes, automóviles, camiones, aviones, y, además, baratos, corriendo el riesgo de lo que en el mundo ya se llama la inflación del transporte, con todas sus consecuencias de carestía y envilecimiento de los servicios y sin pensar que el sobregasto que se produce por mantener lo supérfluo es siempre él quien tendrá que pagarlo.

Lo dicho es suficiente para comprender la dificultad de lo que se llama la «coordinación de transportes», considerada en su más amplio sentido, no sólo de dirimir justamente competencias de oficio, sino de defender la economía nacional. Para su realización, que forzosamente tiene que tener un carácter evolutivo en el tiempo, en cada nación existen los organismos correspondientes. Dentro del ámbito del Ministerio de Obras Públicas actúan, además de diversas Secciones del mismo, órganos de asesoramiento tan importantes como el Consejo Superior de Ferrocarriles y Transportes por Carretera, en que están representados todos los intereses; el de Obras Públicas, de gran autoridad y abolengo técnico, y aun algunas veces, en casos especiales, se requiere el informe del Consejo de Estado.

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5.—MADRID

SUIZA, EPICENTRO INTERNACIONAL DEL MUNDO

- GINEBRA
 - FRIBURGO
 - BERNA
- 3 CIUDADES EN EL CORAZON DE EUROPA

1.—GINEBRA O LA INTERNACIONALIDAD

En Ginebra se vienen haciendo, desde hace tiempo, muchos platos universales. Entrar en esta ciudad es sentirse con historia sobre las espaldas. Historia religiosa e historia política, sobre todo. Reino de Dios y reino del César. Dominios espiritual y temporal.

Pero Ginebra tiene algunas cosas sencillamente horribles. A cualquier europeo con una cierta sensibilidad—con una sensibilidad mínima, inexpresiva casi—le dejaría hierático y frío ese monumento a la Reforma, gélido como el espíritu que animó a aquella.

Ginebra—la Genève del Universo mundo—continúa hoy siendo reformista en no pocas cosas. Cosmopolita e internacional, políticamente en decadencia—ya la Sociedad de Naciones no se reúne en su palacio—se esfuerza, no obstante, por mantener un prestigio que le viene de casta. Aquí se dan cita gentes procedentes de todos los países. Y hasta es posible encontrar a alguien cuya procedencia esté en un país imposible de hallar en los mapas. El sentido democrático es algo tan

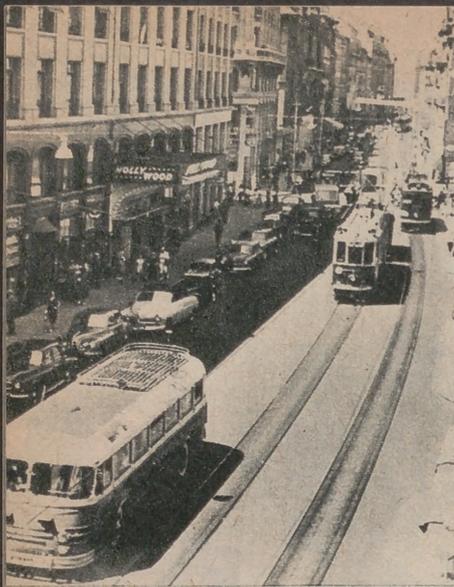
patente que uno se encuentra, en su isla, con Rousseau, cuyo «Contrato Social» parece haber logrado aquí una vigencia, más que jurídica, universal; y más que teórica, práctica. Nadie, a buen seguro, piensa en él. Ni siquiera los mismos ginebrinos. Tal vez si algunas Cancillerías europeas. Ahora bien, aquí se vive como si todos hubieran—hubiéramos—establecido con todos el concierto de ir cada cual según su realísima gana: unos, con un pan-

talón que no lo es, con una barba decimonónica, otros, demostrando su afición al auto-stop o no preocupándose de velar, en lo más mínimo, las desnudeces que un elemental sentido del pudor aconsejaría cubrir. Como todo está, por lo visto, dentro de ese social contrato, nadie se admira, no protesta nadie y todo el mundo discurre indiferente trazando sus proyectos sobre su sendero propio y sobre sus personales fines.

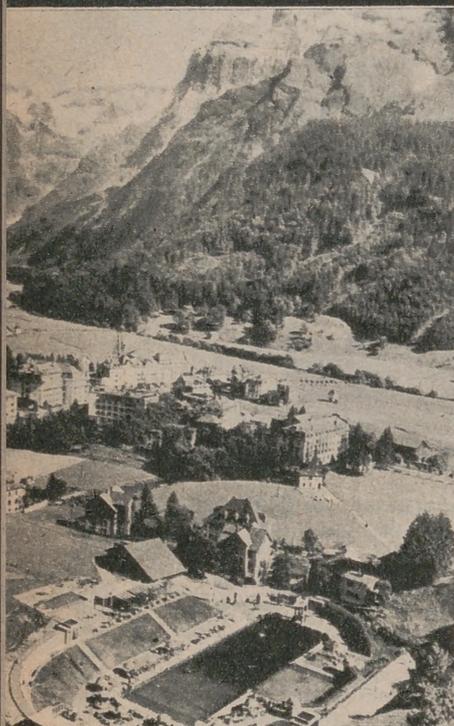
Ginebra sigue siendo sede de abundantes Congresos internacionales. Uno, la verdad, piensa, al contemplar la frecuencia de estas

De izquierda a derecha: La isla de Rousseau es uno de los lugares más frecuentados de Ginebra.—Soldado suizo de la Cruz Roja.—Jóvenes suizos interpretando bailes regionales en Friburgo

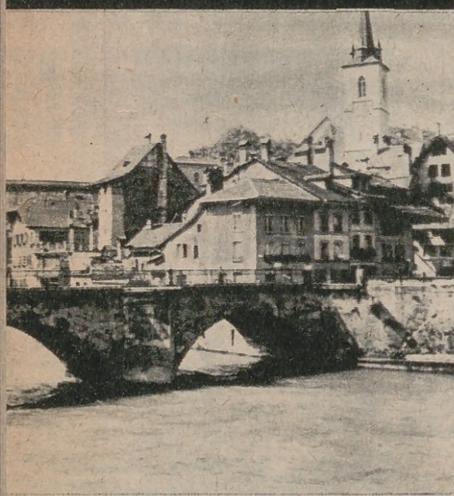




na vista de la populosa rue Rive, de Ginebra



La belleza del paisaje es una de las constantes más características de Berna



Berna, la capital suiza, prácticamente igual que en los tiempos medievales

reuniones, así como los motivos absurdos de muchísimas de ellas —y esto es valioso para todo el mundo— si el hombre ha inventado, con ello, una fórmula importante y cultural para viajar sin remordimientos, con menos quebranto económico y con un problemático mérito que apuntarse en su carnet de realizaciones. Ginebra sabe mucho de esto. Y le saca partido a su condición de ciudad eminentemente turística. Después de todo, ella no tiene la culpa de haber nacido guapa y con el mimo de la naturaleza. Una concesión graciosa de Dios a la cual quizá Ginebra no corresponde como debiera. No por sí misma, sino por cuantos pasamos por ella. Dejar tarjeta obliga a poco. La economía puede beneficiarse del paso del hombre; la moral, no siempre. Y este es el problema de las ciudades internacionales, elegantes y de primera. Todos sabemos que el dinero no encaja dentro de un sentido cristiano de la vida. Y Ginebra tiene mucho dinero. Por lo menos lo maneja, lo hace circular. Hasta es suiza para poder contar con moneda de alta cotización. Lo único, en fin, que le faltaba.

De su lado suizo le vienen a Ginebra espléndidas realidades. De su lado internacional, un brillo exterior que no podría soñar de otra manera, pero al que acompañan menos realidades espléndidas. Es el destino inevitable de las ciudades mimadas. Cuando el amor desciende sobre ellas, se sienten halagadas y prestas a ofrecer sus encantos a todo el que pretende pagar su estancia.

Es una maravilla este espíritu de organización precisa, rigurosa y no disciplinaria, que los suizos han impreso a sus cosas. A Ginebra, como ciudad, también. No voy yo ahora a descubrir una ciudad que tiene tanta gloria—o desgracia tanta—sobre su pasado; tanta esperanza defraudada o tanto entretenimiento esperando sobre su historia más reciente. Pero no quiero dejar sin constancia mi admiración personal—uno tiene derecho, creo yo, a percibir por vez primera el latido de una ciudad cuando llega a ella—por lo que, humanamente, es posible admitir como perfecto en el orden del funcionamiento y la sucesión de las cosas; de esas cosas que son, precisamente—y aquí reside su inmenso valor—las cosas de cada día. Que a un país hay que medirlo, es cierto, atendiendo a muchos criterios. Pero no cabe dejar en el olvido el de su avance y su situación en cuanto toca a nivel de vida, educación de sus gentes y espíritu técnico-organizativo. Y en esto Suiza—Ginebra también, y en el grupo de cabeza—es un puro descubrimiento, una sorpresa aunque no un deslumbramiento. Después de todo, 1953 ha llegado a todos los países.

En Ginebra—cuna del protestantismo—hay, claro, está, protestantes—la mayoría—. Con todas las sectas que se quiera—que son varias—. Ni siquiera falta el dato curioso de alguna iglesia protestante que suspende sus cultos durante el mes de agosto, como quien cierra la oficina y se toma

sus bien ganadas vacaciones. Pero hay católicos—bastantes, aunque menos—de un espíritu lleno de fervor. Con una profundidad de vida que basta contemplar para advertir. Quizá el propio ambiente; tal vez sus propios desvelos. En cualquiera de los casos, sea la que sea la causa, un ejemplo para tanto católico de bautismo—pero ateo en la práctica—como anda suelto—y con bandera religiosa, no obstante—en nuestra Patria. Sentirse en minoría debe producir una especie de gigantesco estímulo, que despierta conciencias e infunde ánimos para todo.

Ginebra es la ciudad de la proyección universal todavía, menos universal que hace treinta años, pero con un aliento y una aspiración, una tendencia al descuido y una cortesía heredada, verdaderamente maravillosas. La significación de sus fiestas, llenas de color y de gracia con sus arlequines y sus confetti, sus carrozas y sus granaderos rompiendo la sucesión variada de su vivir de cada día, pone sobre el ajetreo de la ciudad del lago Lemán un motivo más de entusiasmo y de deseo.

Uno de los mayores placeres está, sin duda, en llegar a Ginebra por vía aérea. Rodeada por una cadena montañosa, sobre el fondo se ve la ciudad sentada sobre las orillas de su lago, con sus puentes abrazando ambos lados y el surtidor desafiando hasta 90 metros la ley misma de la gravedad.

Probablemente en Ginebra, sobre todo en ciertas épocas del año, lo que menos habrá será ginebrinos o nacidos en otros cantones helvéticos. Allí todo es mezcla, no extraña sino esperada y hasta lógica, de gentes que provienen de los más lejanos contornos y las más próximas fronteras. Y los ginebrinos hablan dos, y hasta tres idiomas, entre las clases más humildes—el camarero del hotel donde uno se hospeda, la dependienta de la tienda en que se compran objetos de recuerdo—, nadie sabe realmente si como fruto de una necesidad efectivamente sentida o, por el contrario, como consecuencia de una preocupación personal que termina en ejemplar educación humana. En todo caso, una razón más de la influencia y el nombre de Ginebra, con su palacio de la Sociedad de Naciones, con su Oficina Internacional de Trabajo, su Oficina Internacional de Educación, su Gare Cornavin, su Rue Mont-Blanc, su Rue de Marché y de la Confederación; con sus gentes mundanas, sencillas y educadas, sus ricas posibilidades y su atracción turística, convertida en regalo para el viajero y en cadena de hoteles para todos.

2.—FRIBURGO O EL SILENCIO

También el silencio es un tesoro de meditación y de lírica. Por eso Friburgo es rico. Llegar a Friburgo es descansar sobre la placidez de un mirador con perspectivas de horizonte infinito o apoyado en el pretil del puente de Zaehringen, mientras al fondo quedan ese milagro del otro puente—el colgante—echado sobre un

desfiladero inimaginable en su valor como fortaleza—buen exterior para el rodaje de una película de ambiente medieval—y siempre por encima de la posible expresión humana.

En Friburgo duerme el tilo centenario de Morat, viejo ya, pero lleno de sentido, marcando el paso de los años y dictando la lección inmutable de las cosas. Más ciudad de recogimiento que centro de atracciones, su propia pasión de silencio es su atracción mejor. Y en la torre de su catedral quedan marcadas, con el acento suave de un carillón que suena siempre, mitad canto de monje, mitad anuncio de victoria, las horas de un pasado que se mueve lleno de historia y las promesas de un futuro que puede ser de conquista. Friburgo, único cantón casi integralmente católico de Suiza, tiene por delante una obra que ha de elaborar en el silencio de su presencia misma, como cuna de un saber que es, más que europeo, universal, y como sedimento de una tradición que se resuelve más en valor expresivo de fuerza impulsora que en adocenamiento culpable de sueños y transiciones.

Lé Corbusier es lo revolucionario en Friburgo. Su sello está impreso—a través de un discípulo suyo—en esa maravilla arquitectónica, prodigio de técnica y sentimiento, armonía de fidelidad y modernismo, que es su Universidad. Y en la interioridad de sus recintos queda refundido el amor a la ciencia con la devoción a la teología, el sentido filosófico de las cosas con el valor jurídico de su misma expresión. Todo en el silencio de una ciudad cuyo trasfondo vive en la dispersión graciosa de su estructura urbana, en la deliciosa manifestación poética de sus paisajes sin límite, en la dulzura recoleta de sus rincones típicos, en la capacidad total de la ciudad entera para darnos una muestra de lo que es Friburgo como historia entera: siglo XV y siglo XVI, San Pedro Canisio, defensa de su catolicismo, orgullo de vivirlo en los momentos actuales, decisión de conservarlo y modernidad de su otra ciudad en la construcción de su dispositivo externo y en el amplio cultivo de un saber que se cierne sobre el ámbito del mundo hecho de exigencia y rigor, sí, pero de alcance y estudio también. Expresivamente alegre, hondamente dado a la meditación, Friburgo es la palabra que se revela austera y se quiere luminosa; es el centro pequeño de una cristiandad como nos la imaginaríamos en los instantes difíciles: a cubierto de ataques, presta a la defensa, desde el corte vertical de la boca que cierra el mirador de un valle, y a cubierto también de la herejía con el arma eficaz de la ciencia que se atesora y la meditación que se abre cada mañana, o cada tarde, a modo de esperanza infinita en el amor, o a manera de sentimiento expresivo.

Friburgo es ese tipo de ciudad que no se puede recorrer con afanes de narración. Hay que trazar el plano de su paso por ella con el sentimiento que brota en cada una de sus esquinas. Cuando uno



Dicen que todo en Suiza es algo así como un capricho de la Naturaleza. Sus bellas mujeres ataviadas con ricos trajes del país, la arquitectura medieval de sus ciudades y las calles de redondos cantos nos hacen soñar otros tiempos y otras edades de la vieja y joven Suiza.

se ha perdido en la borrachera de su intimidad, ya todo es lo mismo. Lo mismo da empezar por el gótico de su catedral, por la belleza única de su Ayuntamiento viejo o por la plegaria infinita de la eternidad que se arroja en los pliegues de su paisaje de extramuros, con sus torres asociadas a una función de vigías del paisaje y centinelas del humano destino que el tiempo arroja sobre 40.000 friburgueses.

Nadie en Friburgo perdería su gracia; todos perdemos nuestra reserva. Y terminamos confesándonos en silencio. Desnudándonos ante el callejón de San Michel o cerca de las aguas del río, sobre el terrado cuajado de sabor a siglo XV de sus casas y sus desniveles. Todo Friburgo está simbolizado, me parece a mí, en su disposición urbana. Todo él es, en cuanto ciudad, como un puente—una rampa inmensa—tendido entre los tiempos de hace cinco siglos y nuestro momento. Hay que subir desde la plaza donde se yergue aún—enjaulado—el tilo de Morat hasta la Universidad vanguardista, revolucionario y espléndida para darse cuenta de ello. Hay que subir, antes todavía, desde el puente colgante sobre el desfiladero, con su inmenso tono medieval, hasta el Ayuntamiento viejo con su colorido de gracia y de primor. O hasta la estatuilla

de San Pedro, inocente y respetuoso, un sí es no es al borde de la intención en la escultura, como si quisiera marcharse de su pedestal sin saber si ponerse a la cabeza de los friburgueses para caminar hacia el desfiladero o para ascender hasta la Universidad, prefiriendo, por fin, quedarse en el punto medio, de inflexión y continuidad, asegurando lo eterno sobre el transcurso del tiempo.

Friburgo es la línea de lo católico en el moderno destino de Europa. El punto donde concurren tantas inquietudes universales, el lugar de cita de tantas lenguas que buscan, a través de sus diferencias idiomáticas, confundirse en la grandeza de una misma oración. Con una filosofía de raíz católica; con una teología que lleva hasta la eternidad del Dios verdadero; con una ciencia que hace patente la conexión posible—más aún, inevitable y necesaria—entre un progreso que no le teme a la religión porque la religión es progreso, y el catolicismo como hondura religiosa del hombre que lo vive; con un Derecho que aspira a hacerse norma en la vida social para conformar ésta sin el ruido inútil de las transformaciones que se operan por métodos violentos, pero con la eficacia innegable—y firme—de los cambios que responden a una exigencia institucio-

nal y a un valor expresivo de la inquietud de los hombres.

Y todo ello fruto del silencio, de lo que Friburgo guarda de claustral por emotivo y de lo que por fiel encierra de amoroso. En la poesía de sus recuerdos, en la actualidad de su historia, en la infinita dulzura de sus paisajes o en el aliento futuro de sus inquietudes—todo ello bajo el signo de su condición católica—Friburgo es como un abrazo a la tradición y un saludo al porvenir; es como un corazón que se enlaza por la punta con el ayer y se abre—en latido constante—hacia el mañana. Y mientras todo discurre, ahí está su silencio; ese silencio fecondo, cuya más honda significación se manifiesta a quien se acerque a desvelarlo como una torrenciosa interior avasalladora y desbordante —desbordado— empuje. Tras de cuya experiencia no tenemos más remedio que plegarnos a su paso y quedar inundados, débiles ante su capricho—que no es aquí arbitrio, sino voluntad normada y sumisos a su dictado—que no es, en este caso, liberal pretensión de dominio, sino amorosa requisición de entrega. Sin perder nada de nosotros mismos. Y esto, aunque fuésemos piedra berroqueña. Pues también las piedras son, en Friburgo, una realidad hecha poesía por la naturaleza y hasta un poco por el amor y por la historia. «Imago mundi, imago Dei». Y Friburgo ha hecho de su pequeño mundo una imagen de Dios.

3.—BERNA O EL CAPRICHIO

El federalismo tiene mucho de amor. Se quiere unir lo que se ama. Pero sin llegar a la absorción. Sin perder la personalidad de lo que se federa. Sin llegar a fundirse hasta el punto en que la fusión tiene lugar en el amor. Por eso Berna—la capital suiza; también la de su cantón—nos acerca al amor, nos hace sentir con él; pero sin que nos deje fundidos en su pasión. Pasión de capricho, de belleza y de milagro. Porque todo en Berna nos comunica la emoción de un sortilegio que pervive por razón de hermosura y se continúa por obra de milagro. Tan en suspenso se mece esta ciudad en la indolencia suave de sus puentes tendidos sobre el Aar, con su caudal cristalino y sus rincones vegetales en medio de los cuales parece haber nacido una casita colocada allí co-

mo un capricho, casi casi a modo de desplante coqueto y juguetón. Tan en suspenso se queda la articulación de las palabras contemplando el horizonte desde el pozo saliente, a espaldas del Bundeshaus, edificio solemne asomado a la profundidad del valle—con su funicular para bajar a éste—como si se propusiera gufiarle picarescamente el ojo a la Naturaleza para perder un poco de su señorío y su seriedad y robar algo de vegetal alegría con la que acariciar sus piedras y cultivar sus preferencias.

Berna es una ciudad de capricho. Parece levantada por la voluntad de algún gnomo, para recreo de algún fabuloso rey antiguo, oriental y poderoso, de esos cuya imagen solamente en los cuentos infantiles es posible ya advertir en nuestros días. La fábula tiene en Berna su contraste. Y a fuerza de fábula está hecha la realidad de su gracia, la solemnidad de su hermosura, la vida de su corazón, fundido con latidos de sangre antigua, vetusta, pero presente, y latidos de sangre nueva, comercial y turística. Hay algo en Berna—ese eco ignorado de muchas ciudades, ese secreto que se palpa, pero se desconoce—que nos acompaña en nuestros paseos y nos orienta en nuestra perplejidad posible. Allí el capricho fué un antojo del hombre y una conformidad de la Naturaleza. Y en los soportales de sus calles, en la purpurina de sus fuentes—¡oh, surtidores perpetuos de «La justicia», «Moisés», «El ogro», «El tocador de cornamusa», etc., etc.—en la disposición hierática de sus casas antañonas, lo mismo que en la ligereza delicada y dulce de sus construcciones tendidas sobre la ribera del Aar, queda siempre la manifestación graciosa de un deseo insatisfecho—que juega a lo picaresco—o de una ansiedad cumplida, que determina y realiza apatencias de siempre.

El nacimiento del capricho comienza, allí donde lo que el capricho nos concede no nos resulta necesario. Pero también puede ser necesario el capricho. Y Berna es un capricho necesario. Porque los caprichos son como el mundo. Durarán lo que dure éste. Y una razón de inmortalidad asegurará, en todo caso, su paso a la historia. Tal como Berna tiene que vivir en la imaginación de quien no habiéndola visto, ha acertado, sin embargo, a presen-

tirla. Tal y como tiene que desenvolverse en el sentimiento de quien ha desgranado unas horas sentado en un banco de su Kleine Schanze o unos minutos esperando las campanadas de la Torre del Reloj.

Con el capricho ocurre lo mismo que con la poesía; que termina haciéndose indispensable para quien la siente. Por eso Berna es una ciudad que debiera recorrerse todos los años, hasta llevar a ella nuestro saludo nuevo y recoger de ella la formalidad tradicional de su señorío y su historia. Y ello será un deber inexcusable. Habrá que cumplirlo con la imaginación y el deseo cuando no sea posible con la materia pobre de nuestra física presencia. En todo caso, es como si tuviéramos un contacto que nos pertenece. Y como si cada día, cada mes o cada año viniésemos a echar la zanahoria anaranjada a los osos grandes y a ver cómo se entretienen los queñuelos con los brincos y requiebros de los cuatro oseznos que se inquietan en el foso. Porque esto también es un capricho de Berna, como la ciudad misma. Pero, al igual que ella, un capricho necesario. Berna sin osos no sería Berna. Berna sin fuente no sería Berna. Y Berna sin federalismo no sería la capital de un país como Suiza, feliz y laborioso, ejemplar en tantas cosas, no envidioso, pero sí, quizá, envidiado en muchas de ellas.

Marcharse de Berna, a la hora exacta y con el corazón libre, es difícil. Posible lo primero—los ferrocarriles son de una matemática puntualidad, aunque alguna vez asome el retraso—; irrealizable lo segundo. Siempre que nos vamos de algún sitio nos llevamos la impresión de haber dejado en él lo mejor de nuestro sentimiento. Así con Berna. Al volver las espaldas a sus calles y a sus parques, notamos la nostalgia de una ciudad que hemos hecho nuestra, pero de la cual nos arranca el destino. Un capricho que fué nuestro durante la leve estancia de unas horas tan sólo. Un capricho junto al cual hemos dejado el recuerdo para volver con él, y hasta su presencia, en la primera ocasión posible. Sin pensar en políticas de integración ni en conjuntos intereses. Atraídos solamente por la emoción humana, la atracción radiante y la expresión luminosa de una amanejada espléndida, un recorrido por la calle del Mercado o una meditación bajo los arcos suntuosos de la Bundeshaus.

Berna nos dirá todos los días, desde la lejanía de su distancia, pero con la proximidad de su acento, que permanece ahí para quien desee acudir hasta ella en amoroso requerimiento. Y para brindarnos el refresco de sus fuentes y la gracia infantil de sus oseznos jugando a hermanarse y hermanándose efectivamente en el juego, en la satisfacción y en el dolor. El mejor brindis imaginable ofrecido por la ciudad que es, en sí misma, un brindis de amor, colocada, como está, en la copa de la Naturaleza, que se alza para saludar y queda en la cumbre para aunar voluntades, fundir caprichos y estrechar razones.

Manuel ALONSO GARCIA



Panorámica de la ciudad de Friburgo, donde duerme el tilo centenario de Morat

POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

ARTURO MATEOS, EL MOTORISTA SOLITARIO, CUENTA SU AVENTURA



Indio del Paraná

**45.000 KILOMETROS
A TRAVES DE
HISPANOAMERICA**



Poblado indio a orillas del río Negro

HORAS DE TERROR APRESADO EN LAS ARENAS MOVEDIZAS DE LA SELVA BRASILEÑA

CORUMBA es un oasis, pero al revés. Entre la espesa, salvaje e infranqueable selva brasileña, los hombres han talado árboles y quemado maleza, hasta abrir un hueco donde construir una ciudad. Corumbá es, pues, un prodigio del hombre, un trocito de civilización colocado en medio del infierno verde. Llegar hasta allí es casi imposible, como el viaje no se haga por el aire. Otro medio es el río Paraguay, difícil e impetuoso.

Yo vi por vez primera la ciudad desde lo alto. La aventura bajo los terribles temporales me había dejado muy débil; los días de reposo en La Paz me repusieron bastante. Guardaba de la capital boliviana un entrañable recuerdo; todo el mundo me trató con afecto y amistad: llegué a sentirme como en mi propio hogar.

La experiencia me demostró—a costa casi de la vida—que ir a Corumbá en moto era absolutamente imposible. Opté por el avión. Me despidieron en La Paz mis amigos motoristas: era verano, pero todo el mundo andaba tapado hasta la nariz, por el agudo frío del altiplano. Volamos muy alto, para salvar las imponentes montañas bolivianas; aterrizamos en Oruro, Cochabamba y Santa Cruz, ciudades que había ya pisado en mi intentona motorizada.

Camino de Puerto Suárez, como una raya en una cabellera



Pareja nativa de la región del Matto Grosso

verde, vi la línea del ferrocarril en construcción, aquella línea tan anhelada, cuya búsqueda me había acarreado casi la muerte. Y estaba allí, bajo mis pies, entre la estremecedora frondosidad de la más peligrosa selva que había conocido. La vegetación se rompía a veces, vencida por los pantanos, donde se pudrían árboles inmensos y pululaba la muerte...

Volamos varias horas sobre aquel mar de esmeralda y, al fin,

aterrizamos en Puerto Suárez, frontera entre Bolivia y Brasil, Puerto Suárez es sólo un grupo de casas, la mayoría pertenecientes a los aduaneros. Corumbá está a veinte kilómetros, que deseaba recorrer en mi moto, viajera, igual que yo, en el cómodo avión. Pero las condiciones de mi «Rocinante» no eran buenas, así que tuve que esperar hasta revisarla en Corumbá.

UNA MURALLA INFRANQUEABLE

Cuarenta y dos grados a la sombra, pegajosos y agobiantes, me dieron la bienvenida en la capital del Matto Grosso. Según creo, aquello era excepcional; lo corriente es que haga mucho más calor. Yo, que en poco menos de dos meses había pasado a cuerpo gentil por todos los climas, desde los fríos y alturas andinas hasta los abrasadores desiertos costeros del Perú, me sentí peor que nunca, oprimido por aquella muralla infranqueable que nos rodeaba. Miles de kilómetros, mirase por donde mirase, me separaban de cualquier ciudad digna de tal nombre. Estaba en el mismísimo corazón de América, en un infernal lugar donde, por la noche, no baja la temperatura de 35 grados.

—De aquí, aparte del avión, no se puede salir más que por el río, hacia Paraguay. Pero cuando hay crecidas, el tráfico es imposible. Estamos meses enteros sin poder navegar... En circunstancias normales, cada quince días llega un barco de carga—me dijeron.

Los barcos de carga estaban constituidos por un viejo y automático remolcador que llevaba a sus costados tres o cuatro gabarras—allí llamadas «chatas»—bien amarradas con cables; el remolcador queda en medio y forman una sola embarcación de lo más curioso.

Las calles de Corumbá servían de tema para un libro mucho más grueso del que yo pensaba escribir. Son calles limpias, bien cuidadas, y se abre entre ellas una preciosa plaza llena de flores, con bancos sombreados por copudos y «civilizados» árboles. Tiene también Corumbá tres iglesias: católica, protestante y evangelista. Es una ciudad curiosa, cantera aun inexplorada por los millonarios amantes de sensaciones. Aquellos poblados inquietos, llenos de aventureros, que nos presentan las películas del Oeste, son una tonta cosa comparados con Corumbá... Los tipos más estrafalarios e inverosímiles se han dado cita allí. Aventureros, cazadores, compradores de pieles, traficantes que hacen comercio con los indios, y soldados. Las indumentarias eran dignas de admirarse; se calzaban todos con altas botas, muchos lucían largas barbas y nadie soltaba su rifle. Eran tipos que se pasaban el tiempo husmeando, revolviendo y comprando en las pocas factorías que hacen el comercio, y en las que pude ver desde una botella de Terry (qué golpe me dió el corazón: ¡Andalucía, qué lejos, Señor!) hasta cepillos de dientes, pasando por salacots, camisetas y armas de todos los calibres y modelos que puedan fabricarse.

Yo me había metido en uno de aquellos cafetines-hoteles que abundan en Corumbá. Me dieron un camastro con una colchoneta dura como piedra y muchos mosquitos, en un recinto rodeado por paredes de cartón, donde había dos camastros más. Al de estribor vino a dormir un pastor protestante que era—júzguese mi sorpresa—nacido en Galicia. Nos pasábamos las tardes discutiendo de todo lo divino y humano, tratando de catequizarnos mutuamente.

Era mi única diversión en aquella cárcel, donde me había metido por propio gusto. Mi intención era proseguir el viaje en una embarcación hasta encontrar un lugar donde se pudiera ya caminar en motocicleta. Pero no llegaba ningún barco y mis existencias monetarias se agotaban. Esta era una preocupación que me acosó a todo lo largo de mi viaje. Y el momento era de los peores. Pagaba 25 cruzeiros al día por el alojamiento y mi situación no me permitía ni el lujo de tomarme un refresco—que costaba un cruzeiro—, teniendo que apagar la sed con un agua caliente y repugnante, lo cual constituía una tortura.

Aquello no podía seguir. Me dijeron que hasta el día 15 de enero no vendría ninguna embarcación, y estábamos aun a 22 de diciembre. Permanecer en Corumbá era imposible; mi dinero estaba prácticamente agotado, no tenía amigos, a nadie a quien recurrir, y hasta el idioma me era extraño.

—¿Por qué no intenta irse por la orilla del río?—me sugirió el pastor—. No le será difícil encontrar claros y senderos hasta Porto Esperança... Es posible que llegue con bien..., si no se le ocurre meterse en el agua...

No era necesaria aquella advertencia. En el mismo embarcadero de Corumbá, nadie se puede bañar porque las aguas están llenas de pirañas, los terribles peces carnívoros insaciables, que en pocos minutos devoran un caballo. Y sobre la arena, entre las barcas, dormitan los yacarés, respetables cocodrilos que, afortunadamente, sólo atacan dentro del río.

Tomando una solución desesperada, hice mis preparativos para salir al día siguiente, vispera de Nochebuena. Por fortuna, esto me distraía, disipando las nostalgias que aquellas fechas me traían. Pero, al llegar la tarde, mi moral comenzó a flaquear. Estaba en un sitio donde a nadie le importaba un pepino de mí, donde ni un solo amigo podía tenderme la mano. Había gastado los últimos cruzeiros en gasolina, sólo me había reservado unas monedas para poder cenar. Y ¿a quién diablos le importaban en Corumbá mis apuros?

UN VIEJO DE BARBA BLANCA

Estaba en esta tortura cuando acertó a entrar un tipo, lo más extraordinario que he visto. Era un viejo con una barba larguísima y blanca. Llevaba traje de cuero y altas botas; trataba en la boca una mordisqueada pipa y cargaba sus espaldas con fardos de tejidos, que arrojó al suelo, mientras saludaba gritando a todo el mundo. Después se puso a charlar con el dueño, y a los pocos momentos se volvió hacia mi estruendosamente con los sarmientosos brazos abiertos.

Hacia días que no tenía sorpresas, y ésta era de las buenas.

—Me dicen que es usted español. ¿Eso es verdad?

Hablaba nuestra lengua con acento brasileño. Me levanté de un salto. El me abrazó una y otra vez, mientras los pequeños ojos se le llenaban de lágrimas. Me hizo sentar y me soltó una catarata de preguntas y explica-

ciones. Saqué en limpio que aquel hombre tenía ya noventa y un años; traficaba con dos importantes tribus de indios, cuyos dialectos hablaba, y vivía entre ellos largas temporadas, comprando, vendiendo y haciendo de doctor.

Pero no era esto lo más extraordinario.

—Yo también soy español... Yo fui sargento en la guerra de Cuba, y ¡me porté como los buenos! Me hirieron en una escaramuza... Hubiera muerto si no me recoge una familia brasileña. ¡Gente magnífica! Me cuidaron muy bien... Luego, cuando perdimos aquella tierra—su voz se hizo sombría—, me dijeron de venirme con ellos a Brasil. Me había encariñado...; les seguí..., y aquí estoy.

La mirada se le alumbraba con los recuerdos. Volvía a ser por unos instantes el sargento que defendía con bravura aquella última joya de nuestro Imperio.

El viejo—no quiso que publicase su nombre—era para mí como un trozo de nuestra historia resucitada. Me contaba toda la campaña, sus años mozos, su dolor ante el desastre. Y al mismo tiempo hacía que me sirviesen refresco tras refresco. Yo lo veía como un ángel joven con traje de rayadillo.

Hablando, nos salimos a la plaza de Ypiranga, y allí estuvimos hasta la madrugada. El, con sus noventa y un años a cuestas, volvía al día siguiente a la selva; pensaba morir entre los indios en aquella vida de aventura. No regresaría nunca a España; pero la llevaba en el corazón, y con su simpatía, con su fuerza vital, con su labor entre los indígenas, hacía a su modo labor de hispanidad.

Nos despedimos en la noche estrellada. Me parecía como si hubiera estado hablando con un espectro. Pero era un ser real—espero que viva todavía—, ejemplo maravilloso de la vitalidad española. Me había dado una inyección de optimismo. A la mañana siguiente abandoné Corumbá.

Sólo encontraba alguna senda abierta por las fieras, que iban al río a beber; pero las sendas se internaban en la espesura. Para seguir recto tropezaba con masas de compacta vegetación, que tenía que rodear. De pronto se abrían zonas pantanosas, y otra vez la maleza por doquier. Al cabo de tres horas de agotadores esfuerzos me di cuenta de que me habían tomado el pelo. Circular por aquel sitio era absolutamente imposible. Decidí, en una última tentativa, seguir un poco más, y, si el terreno era igual, volverme a Corumbá y esperar un barco, fuese como fuese. ¡Ojalá hubiera seguido esta idea!

APRESADO EN LAS ARENAS MOVEDIZAS

Seguía a unos metros de la orilla, por un camino de arena, cuando vi una ancha faja, como una playa dorada, que me ofrecía una marcha sin obstáculos. Me lancé a ella. Los yacarés se lanzaban asustados al agua. Afortunadamente, el ruido del motor era estruendoso, pues faltaba el tubo de escape. Iba a buena velocidad, a unos tres metros del agua,



De izquierda a derecha: Una familia india, en la puerta de su choza. La grandiosidad del «infierno verde» brasileño ofrece maravillosos paisajes, como este del río Negro.—Estampa salvaje de un indio cazando

cuando sólo noté que la moto se detenía de golpe y, con el ímpetu de la marcha, me lanzó volando hasta caer planeando dulcemente en la arena.

Nada más caer me quedé pegado. Con terror noté que aquello no era arena normal, pues cuando intentaba incorporarme me hundía hasta el hombro sin lograrlo.

Estaba en las arenas movedizas. Había caído, por fortuna, a lo largo, como una rana. Mi peso, repartido así en mayor superficie, había evitado el hundirme rápidamente. ¿Qué podía hacer? Debajo de mí, la arena se iba humedeciendo, y cada movimiento sólo aceleraría mi fin. Con un infinito cuidado me quité la chaqueta de cuero y la sujeté extendida entre mis brazos. Con el movimiento, ya mi rodillas se habían hundido bastante. Yo veía a unos metros la moto, encallada tan solo por una rueda... ¡Qué desesperada angustia no poder llegar a ella! ¡Tener tan cerca la salvación y no conseguir aferrarla!

Acaso a fuerza de patadas y esfuerzos pudiera llegar hasta el río, pensé. Pero al río, ¿para qué? La muerte en las aguas invadidas por los pirañas, comido por ellos, no era mejor muerte que la que me aguardaba. Veía mi cuerpo disputado entre los voraces peces y los yacarés, que, en grupos, dormitaban a unos veinte metros de mí...

Las piernas, a pesar de mi rigidez absoluta, que me costaba un gran esfuerzo, continuaban hundiéndose... Y tuve miedo, un horrible miedo a quedar sepultado hasta el día del Juicio Final en aquella tumba de arena, sin que una cruz sombrease mis huesos... Era preferible morir en el río. ¿Quién me decía a mí que no podría sujetarme a uno de los troncos que veía de vez en cuando pasar flotando? Acaso perdería una pierna o un brazo tan sólo en el intento, si era lo suficientemente rápido...

Era ya mediodía. Calculé, por lo que me había hundido en el tiempo que llevaba allí, que tardaría unas seis horas más en desaparecer por completo. Antes probaría a salvarme por el río. No me moví inmediatamente. Esta decisión era la única esperan-

za y, acaso al intentar salir de allí, la perdería comprobando que era imposible. Saboreé la esperanza mientras procuraba recuperar fuerzas y templar mis nervios.

Miraba al río. Tendría unos doscientos metros de ancho. Como estaba yo en una especie de recodo, divisaba hasta bastante distancia el curso de las aguas. En cuanto un tronco apareciese, yo me prepararía. No sabía nadar muy bien, pero era capaz de avanzar cincuenta metros, impulsado por la desesperación.

Me preparé por si las cosas salían mal. Pensaba en la Nochebuena, que, seguramente, no vería ya. Tenía cañambres en todo el cuerpo por el esfuerzo que hacía para no hundirme. Pasé así unas dos horas más. En el colmo de la angustia, viendo un tronco acercarse, intenté llegar hasta el agua. Mis desesperados movimientos no hicieron más que agotarme y demostrarme que era imposible. Además, mi situación había empeorado. Estaba más hundido. Dos horas aún, y... ¡No quería morir poco a poco, ahogado por la arena! Y pensé, he de confesarlo con humildad, en el suicidio.

«Si tuviera una pistola..., de un tiro... terminaría con este suplicio. Pero sólo tengo mi cuchillo... y me falta valor para herirme una y otra vez...» Reaccioné inmediatamente ante estos criminales pensamientos. Yo era creyente y Dios estaba por encima de todo: tenía que morir como Él quisiera. Bajo un sol espantoso que me cocía la nuca haciéndome casi enloquecer, pensaba en tantas Nochebuenas entre la nieve de mi ciudad natal. Aquel Nacimiento con sus figuras ingenuas y sus caminos candidos, y los villancicos... ¡Qué bien sonaban en la habitación cálida mientras fuera hacía frío! Frío... ¡Qué delicia sentirlo camino de misa del gallo... Ya no oíría ninguna, ninguna misa más. Cristo, esta noche sagrada, llamaba a mi alma. Una dulce paz me embargaba; el Divino Juez sería más tolerante con mis faltas en esta noche de amor...

Aflojaba el sol, y la mitad de mi cuerpo estaba ya hundida por entero. La arena se juntaba por

mi espalda tras el estómago. Tenía la completa seguridad de que al río nunca podría llegar. Sólo alegró mi vista un cocodrilo que pasó flotando; le faltaba la cabeza: en la lucha con los pirañas había salido perdiendo. Aún —¡qué tremenda fuerza tiene la esperanza!— esperaba un milagro. Rezaba pidiéndoselo al Niño del Remedio, cuya capilla, en Madrid, visitaba yo tantas veces. Y el milagro se hizo. Ningún otro calificativo puede darse a lo que ocurrió cuando me quedaban pocos minutos de vida. El prodigio marcó tal huella en mi espíritu que aun hoy me hace estremecer. Vi palpable una vez más la misericordia infinita de Dios y la prueba de su poder. Explicar mis sentimientos en aquellos instantes es imposible; mis palabras no llegan a tanto.

Eran cerca de las seis de la tarde; estaba anocheciendo y yo rezaba con profundo fervor... Entre las luces ya indecisas presencié el prodigio. Por aquellas aguas solitarias y salvajes vi UNA Balsa, UNA «CHATA» QUE, COMO CARROZA TRIUNFAL, BAJABA A FAVOR DE LA CORRIENTE. Media hora después, su paso no me hubiera servido ya para nada. El aire me trajo eco de músicas. ¿Sería un espejismo, producto de mi angustia? No podía sujetarme los nervios ni puedo narrar ahora lo que sufrí por el pánico de que no me vieran. Era el terror del naufragio que ve pasar de largo el barco que le busca... No podía hacer más que chillar angustiosamente y agitar un solo brazo que aún me quedaba libre. Pero ¿me verían entre las sombras de la tarde? Con un poderoso esfuerzo—aun hoy no sé cómo lo hice—pude agarrar un mapa que se me había escapado al caer y que estaba a metro y medio de distancia. Mojado y todo, lo movía sin cesar.

Dios estaba de mi parte. Por hallarme en un recodo, la «chata» tendría que acercarse mucho a la orilla. Observaba su marcha y calculaba el ángulo que tomaría... La balsa iba llena de gente que cantaba. ¿Alguien vería la marcha de mi cuerpo sobre la arena?

Arturo MATEOS
(Continuará.)

Miembros de la famosa Guardia Suiza, en la residencia de S. S. en Castelgandolfo



ASI FUE EL VERANEO DE S. S. EL PAPA

El encanto de la residencia estival parece nacer del silencio

LA ASOMBROSA ACTIVIDAD DEL PONTIFICE SE ACRECIENTA EN CASTELGANDOLFO SEÑALANDO NUEVAS RUTAS PARA LA CRISTIANDAD

sado el umbral de la puerta de San Juan comenzaban las obligadas etapas. A finales del seiscientos, en Tor de Mezza Via, esperaban arrodillados la berlina del Papa Inocencio XII todos los miembros de la casa Capizucchi, ansiosos de augurar al Papa un próspero viaje y de ofrecer a la escolta suntuoso refrigerio: «Vasijas de chocolate, queso parmigiano, dos terneras asadas con anillos de plata y frascos de vino «frascati» y licores para la Guardia Noble y el resto de la comitiva.» El Papa probaba las

confituras y se detenía una media hora. En la Frattocchie le esperaban los de la casa Colonna, obsequiándole con otro refrigerio. La carroza del Pontífice entraba en Castelgandolfo ya casi de noche, y todas las ventanas del pueblo estaban iluminadas con lamparillas y candelas. En la plaza, a la luz de las antorchas, con disparos de morteros y gritos de regocijo se celebraba la llegada.

Pero ahora los caminos se acortan y nuestro tiempo ha simplificado al mínimo lo que hoy ha

venido a ser tan sólo un cambio de ambiente para el trabajo, favorecido con el clima balsámico de los verdísimos montes. Con ésta, son ya once las veces que Pío XII se trasladó al Palacio de Castelgandolfo a lo largo de sus catorce años de pontificado. El año en que fué elegido, en el 1939, fué a la residencia estival en los últimos días de julio. Mas cuando se desencadenó la guerra mundial, Su Santidad no quiso dejar el Vaticano, compartiendo con sus diocesanos de Roma los peligros de la guerra hasta el

1945, en que volvió buscando un poco de tranquilidad después de tantos esfuerzos y preocupaciones puestos por él al servicio de la paz.

UN «CADILLAC» NEGRO MATRICULA 1SCV

En las primeras horas de la tarde del 25 de julio, un inusual movimiento en el patio de San Dámaso y escalinata de Pío IX daba a conocer su inminente partida. Por la mañana se habían adelantado en autocar hacia la villa pontificia gendar-

CUANDO leemos el nombre de Albano junto al de Castelgandolfo, la pontificia sede estival, encaramada sobre los montes Albanos, ante el sereno lago —cráter de una civilización—, nos suena, con toda su antiquísima etimología, a imposible realidad geográfica de aquella singular leyenda que dió orígenes y paternidades a Roma. Alba Longa, ciudad madre de Roma y de las ciudades latinas, reino del abuelo de Rómulo y sepulcro de los Horacios, tiene esas resonancias de fabuloso pasado, que gusta sentir alrededor de aquellos recordados primeros capítulos de la universal Historia.

La encarnación de dos nombres, aquel del legendario Albano con el vecino Castelgandolfo, residencia veraniega de los Papas, hace de este histórico lugar emotivo itinerario que lleva a las gentes que arriban de todo el orbe a rendir un nobilísimo tributo de fe hacia quien hoy es conjunción y símbolo viviente de la eternidad de Roma. Allí nos encaminamos a Castelgandolfo por la misma calzada que uno de los últimos días de julio ha recorrido Pío XII. En torno a la misma, nobles piedras y restos de acueductos, los pinos romanos, y como gigantes que hacen de centinelas a un lado de la sede pontificia, Rocca di Papa y Monte Cabo. Relatemos, pues, la película del viaje, sus primeras jornadas y, en fin, todo aquello que rodea a Su Santidad en esta la-

boriosa «vacación», donde su prodigiosa actividad, aliviada por la actitud benéfica de los «Castellos», se ve acrecentada preparando nuevas enseñanzas para la cristiandad, atendiendo solícito a la filial devoción de los católicos del mundo. Después de tres meses, aun sigue en el Palacio Apostólico, y aun seguirá algunas semanas todavía, a menos que un invierno precoz le obligue a abandonar la residencia veraniega de los Papas.

CASTELGANDOLFO, A TREINTA MINUTOS DE SAN PEDRO

Ahora el viaje del Papa desde el patio de San Dámaso a Castelgandolfo dura media hora. El automóvil del Papa Pacelli supera en pocos minutos la distancia y la tradición.

En un tiempo los Pontífices, para ir de veraneo, necesitaban de una complicada preparación para transformar el viaje en ceremonia. La corte se alteraba en fórmulas e indumentos. Monseñor Mayordomo y monseñor Maestro de Cámara iban con hábitos de viaje; seguían los Guardias Nobles a caballo y los suizos a pie; la carroza, con cocheros de tricorno y peluca y criados de librea, iba precedida por la cruz alzada. Se tardaba media jornada para llegar allá. Desde San Juan de Letrán, el pelotón de los suizos tornaba al Vaticano, y la Guardia Noble seguía tras la carroza del Pontífice. Pa-

S. S. el Papa, trabajando en su despacho de Castelgandolfo



Izquierda: Desde su residencia de verano, S. S. ve escenas tan pintorescas como la de esta fotografía.—Derecha: Estas muchachas trabajan en la granja del palacio. El Papa suele escuchar sus canciones cuando pasea por los jardines





Emilio Bonemelli es el mayordomo de la residencia vaticana. Aquí le vemos al lado de un moderno ascensor del palacio

mas pontificios y guardias suizos, mientras de otra parte la autoridad italiana enviaba a la ciudad lacial patrullas de Carabinieri, así como algunos funcionarios y agentes de la Oficina Especial de Seguridad Pública («San Pedro»).

A las seis y veinte de la tarde de aquel día el Santo Padre dejaba el Palacio Apostólico Vaticano, saliendo por la cancela de la Sacristía, próxima a la columnata del Bernini, por la parte del palacio del Santo Oficio. A diferencia de sus antecesores, no llegaba a Castelgandolfo en coche de caballos.

El breve viaje se realizó en forma privada como de costumbre. El Sumo Pontífice, vestido de blanco, con la cabeza cubierta, ocupaba el «Cadillac» negro, matriculado con el número 1SCV (Estado de la Ciudad del Vaticano), conducido por el chófer personal del Papa, caballero Mario Stopa. Este iba precedido por el auto llamado «staffetta», con el comandante de la Gendarmaría Pontificia, coronel Pericoli, y un oficial, seguido por otro que ocupaba el príncipe Carlo Pacelli—su sobrino—y el doctor conde Galeazzi. Detrás de todos les seguía el auto de la Policía italiana, con el comisario agregado al Vaticano, comandante Tempesta y otros funcionarios.

El pequeño cortejo automovilístico formado por estos coches del «S. C. V.», a la salida de la ciudad vaticana se le unió la especial escolta de honor con diez agentes motorizados de la Policía de Carreteras italiana, pertenecientes a la Sección Especial de la Presidencia de la República. A pesar de no haberse anunciado la partida, muchísimos fieles de toda clase social se encontraban situados desde la plaza del Santo Oficio hasta la entrada del túnel bajo el Gianicolo, demostrando así su ferviente adhesión con entusiastas aclamaciones al Supremo Pastor. De iguales devotas manifestaciones fué objeto en todo el trayecto. En Ciampino, varios grupos, sobre todo de obreros, al ver el coche pontificio se arrodillaban, persignándose devotamente y saludando.

Una gran multitud esperaba a Su Santidad. En cada ventana se movían al viento banderas, colgaduras y guirnaldas, mien-

tras en el balcón del Municipio, donde se había colocado la Junta Comunal, con el alcalde a la cabeza, aparecía ondeando la enseña pontificia junto a la de Italia y la del Ayuntamiento de Castelgandolfo. También habían venido representaciones y paisanos de Albano, de Lanuvio, Pavana y otras localidades vecinas, así como numerosos veraneantes y turistas extranjeros.

Insistentemente aclamado, el Santo Padre se asomó a uno de los balcones del Palacio de la loggia externa. Repetidas veces contestaba con afables saludos a los gritos entusiásticos del pueblo, impartiendo la santa bendición apostólica. Al retirarse del balcón, el himno «Blanco Padre» fué cantado por la masa de fieles que atestaba la plaza.

Poco después el Sumo Pontífice se trasladaba a su estudio privado para atender al acostumbrado trabajo. Se iniciaba así el periodo estival en Castelgandolfo.

UN ENCANTO QUE «PARECE NACER DEL SILENCIO»

La villa papal, célebre residencia estival de una veintena de Pontífices, forma parte del patrimonio de la Santa Sede exactamente desde hace tres siglos y medio. Cuando Urbano VIII la hizo construir en la plaza principal de la pequeña y preciosa ciudad—que después fué para sus sucesores la residencia de verano—, tuvo ciertamente un gran acierto. Aquel espejo de agua fresca y limpia del lago a sus pies es uno de sus mayores encantos. La canícula aquí se disuelve en un aire de mar y de monte que viene del Tirreno y de las colinas Albanas. Es, como decía Goethe, «una Naturaleza hecha para estudiar». Las encinas que fondean el paisaje son las más bellas del mundo y todo su encanto, por decirlo con D'Annunzio, «parece nacer del silencio».

Como hemos dicho, el primer Papa que se enamoró de Castelgandolfo fué Urbano VIII en el 1623, que dos decenios después decidió hacerlo residencia pontificia. En la primera década del seiscientos el feudo, que había pertenecido a los duques de Savelli, viene cedido por los mismos a la «Cámara Apostólica», la cual, habiendo desembolsado ingentes sumas de dinero para regular los débitos de esta noble familia, tomó posesión del castillo en el 1603. En un primer tiempo el pequeño castillo, que dominaba las orillas del lago, no tuvo particular destino, y fué el mismo Papa Barberini quien en 1644 pensó derribarlo y hacer de él una residencia para la Corte Pontificia. Así, invitó al Madero a fabricar una villa cómoda, placida y optimista, condiciones éstas que no se lograron internamente, no llegando a habitar hasta los tiempos de Alejandro VII, que aquí se acogió, lejos del tórrido verano romano. El proyecto de la iglesia se le confió a Juan Lorenzo Bernini, templo que desde entonces recoge en oración a la ciudad. Los exteriores del Palacio son realmente encantadores. «L'aria, dolce e tenera, ringiovanisce», se lee en una lápida del tiempo del Papa Chigi.

Con el setecientos, la moda de las villas suntuosas alrededor de Roma viene a ser manía del siglo. Jardines como recamos y encinas con cipreses y pinos son conjugados con fuentes maravillosas. En las villas cercanas a Castelgandolfo veraneaban como soberanos los patricios de la ciudad, porque Roma en verano tiene un aire calenturiento y se salva quien puede del «Ferragosto». En cada villa había una pequeña corte. A Frascati iban los Aldobrandini; a Marino, los Colonna, y a la Ariccia, los Chigi, y en todo el contorno se sentía la vecindad de los Papas, a quienes, como es conocido, «la casa Colonna enviada jaulas con perdices, melones de invierno y fuentes de exquisitas peras»; el príncipe Chigi, «vasijas con grandes anguilas»; el marqués Frangipane, «peras angélicas», y la marquesa de Carvignano, «una ternera, una jaula con tórtolas y otra con faisanes».

El Papa Lambertini, Benedetto XIV, era en sus vacaciones un veraneante deportivo: montaba a caballo con botas blancas y capelo rojo. Un día se cayó y se hizo una herida en la espalda. Su sucesor, Clemente XIII, Rezzonico, lo vino a imitar después descendiendo en un caballo blanco gualdrapado hasta las orillas del lago Albano.

En este palacio residieron asimismo Alejandro VII, Pio VII y León XII, interrumpiéndose el veraneo papal en Castelgandolfo con Pio IX, en octubre del 1869. El paso de Alejandro VII fué señalado con manifestaciones de alta magnificencia y grandes ritos religiosos. Pio IX, como sus predecesores, subía a Castelgandolfo en coche tirado a caballos. Por la noche jugaba al billar con la Guardia Noble en una sala de la galería llamada de los Billares, hoy transformada por los restauradores. Pero al Papa Mastai-Ferretti no le gustaba el lugar. Amaba, sin embargo, ir de excursión por sus alrededores llamando a las puertas de los conventos a las horas más insólitas.

Para darse una idea de cómo era la primitiva morada de los Savelli basta saber que todavía Pio IX, en el siglo pasado, solía decir que «el castillo era más apto para darse a la meditación de la muerte que no a la vacación». Tal opinión pesimista no impidió, sin embargo, habitarlo hasta el mes de octubre del 1869. Algunos meses más tarde se inició, también en las vacaciones del Papa, el periodo de la «protesta», producida ante la ocupación de Roma por las tropas italianas. Desde entonces, del 1870 al 1943, ningún Papa se trasladó más a la villa, quedando ésta abandonada. Los trabajos arquitectónicos durarían largamente, interrumpidos y continuados hasta que tuvieron término en el 1936.

Después del pontificado de Pio IX pasarán sesenta años antes de que la Corte estiva de los Papas vuelva a reanudarse. El Pontífice León XIII tenía su retiro de verano en lo que es hoy edificio de la Radio Vaticana, antiguo torreón que antes albergaba el Observatorio del Vaticano, situado en la parte alta de los jardines—donde ahora pasea dia-



Esta avenida de cipreses es uno de los lugares predilectos del Pontífice en sus paseos vespertinos

riamente Pío XII en invierno—, también frecuentado en verano por su placida temperatura por el beato Pío X, el Papa Sarto, cuya cámara y ascensor aun existe.

RESTAURACION DEL PALACIO

Cuando se pensó en reanudar la tradición del traslado estival de la Corte Pontificia a Castelgandolfo tuvieron la sorpresa de constatar que el edificio, construido con los muros del antiguo castillo, no había resistido la obra demoledora del tiempo.

Después de la conciliación—la llamada «cuestión romana»—con los pactos lateranenses del 1929, el antiguo Palacio Apostólico de Castelgandolfo, dejado—como hemos dicho—en el más completo abandono, fué engrandecido con la integración de las antiguas villas limitrofes de «Cybo» y «Barberini», que unificadas en esta época constituyen en la actualidad uno de los conjuntos más pintorescos de los alrededores de Roma. La primera—la llamada «Cybo»—es rica en árboles y jardines, y la segunda—la de «Barberini»—, en verdad augusta, más cómoda y decorosa, fué en tiempos residencia predilecta del emperador Domiciano. Sus antiguos propietarios, la insigne familia de los príncipes Barberini, tenían allí la tumba familiar. Alrededor del 1931 se realizaron grandes obras de restauración y consolidamiento, que fueron necesarias dadas las pésimas condiciones de estabilidad en que se encontraba el antiguo castillo de los Savelli, con las cuales, una vez ultimadas, hizo que no quedase del primitivo edificio nada más que su estructura general. Expertos artistas fueron dándole al Palacio belleza y decoro, dig-

nos para albergar al Sumo Pontífice. La distribución de los principales ambientes, la escalera de honor y algunos otros departamentos fueron conservados por respeto a las preciadas pinturas que adornan las paredes. Entre las más importantes innovaciones se recuerdan aquella de la construcción de la segunda entrada, además de la entrada principal de la plaza de Castelgandolfo, y dos cúpulas de aluminio para el Observatorio Vaticano.

Los aposentos del Santo Padre se encuentran en la segunda planta. Otra más alta está reservada a los astrónomos del Observatorio Vaticano. La distribución interna del Palacio es idéntica que la del Apostólico; hasta el orden de las salas es el mismo que en el Vaticano. La primera, llamada «De los Suizos», es la más amplia de todas. Después están la de los Sillones, la de los Gendarmes, sala de la Guardia Palatina, otra de la Guardia Noble y el Salón del Trono. También en Castelgandolfo, como en el Vaticano, el mismo damasco rojo en las paredes con el escudo papal y las mismas jambas de mármol en las ventanas y en las puertas. Sin embargo, en vez de los pasajes de Moisés del Vaticano, aquí los «gobelinos» ilustran escenas de la «fuga de Egipto».

El Trono es el mismo de Inocencio XII. En la adyacente capilla de San Pío V, el único Pontífice de los tiempos modernos exaltado a la santidad, existe un fresco del Cuatrocientos que viene a ser la joya artística más antigua del Palacio. En la misma existe también otra pintura de la época de la resistencia de los polacos contra los bolcheviques en Varsovia en el 1919.

Los jardines fueron completamente reconstruidos, y ahora ofrecen una sucesión de vistas variadas y sugestivas que se extienden a más de tres kilómetros. De un lado se ve la verde cuenca del lago y Roma, dominada por la cúpula de San Pedro, y del otro, la llanura hasta el mar de Anzio. Una estupenda explanada con macizos de flores y fuentes, y una vasta terraza, que ofrece una panorámica visión de la Ciudad Eterna, han completado la restauración y la definitiva sistematización del Palacio y del gran parque que lo circunda. Las reformas introducidas en la época de la Conciliación han mejorado extraordinariamente el Palacio.

«EL MAS BELLO PAISAJE DEL MUNDO»

Terminados los notables mejoramientos y embellecimientos introducidos en esta Residencia-palacio, se pudieron iniciar los períodos estivales como residencia y acoger por primera vez a Pío XI en el verano de 1934.

La residencia es hoy diez hectáreas más extensa que el Estado de la Ciudad del Vaticano. Mide una superficie de cincuenta y cinco hectáreas, y aun hoy se dice que la Santa Sede desea comprar, con el privilegio de extraterritorialidad, unas parcelas más de terreno circundante que completaría la finca.

La Santa Sede hizo reservar buena parte de la villa para el cultivo de huerta y árboles frutales, formando una especie de factoría, que por su perfecto cuidado y sus instalaciones—entre las que figuran las de vaquería y apicultura—puede decirse que es una factoría modelo. En ella los árboles seculares, encinas y cipreses han resistido a pesar del

tiempo, intérpretes a la fuga de los años y de los acontecimientos. Son los mismos árboles que gustaban a Goethe. Desde las ventanas del Palacio, a la hora del crepúsculo, el panorama se transforma—como escribía Massimo d'Azeglio—en el más bello paisaje del mundo. Al fondo, en las márgenes orientales del lago, surge placidamente al pie del Palacio que fundara Urbano VIII, y a lo lejos, la vista se espacia hacia la campiña romana y el mar de Ostia y Circeo, un escenario ideal para completar su hermosura. En medio de estos recuerdos históricos y artísticos, en este oasis de paz, a veinte kilómetros de la capital del mundo, el Santo Padre transcurre su vacación estiva sin interrumpir su habitual actividad pastoral.

EL CONITORNO DE CASTELGANDOLFO

Los cartelones publicitarios que cubren la carrera en doble fila por las carreteras de Italia transformando el paisaje, no podían faltar en aquella que, pasando por Ciampino, nos conduce a Castelgandolfo. Enormes botellas de un cierto licor, mujeres como *slogans* de perfumes y sonrisas con centenares de dientes, anulan toda posibilidad de evocación de la arcaica visión de la campiña romana, pues todo lo que sugiere es «bevetate questo», «vestite qui», «viaggiate nell'aereo...», etcétera. Mas, a pesar de todo, nos llega la fortuna de admirar el contorno de Castelgandolfo. El tranvía de la «Stefer», un trenito eléctrico como de nacimiento que desde el pueblo se le ve enroscarse al cuerpo de la colina, va dejando extranjeros de toda raza, religiosos con el variado atuendo de las múltiples Ordenes y pueblerinas con trajes regionales, dándole a los días de Audiencia un aire de romería con una sensación de terrena y gozosa armonía. Es decir, Castelgandolfo vive, se anima, vibra y se da importancia desde el mismo día en que llega el Santo Padre. El Papa aquí «es de casa», y el agosto veraneante puede decirse que se encuentra entre su gente. No importa que algunas calles del pueblo, como casi todas las de Italia, hayan cambiado de nombre—«Corso» de la República, «piazza Cavalotti», ante las que el Papa, sin duda, cuando atraviesa la villa, debe sonreír. Entre los santones de la democracia y la Iglesia de Roma se ha hecho la paz desde hace tiempo en este lugar. En la Junta Municipal, republicanos conviven con democristianos y monárquicos. Existe, pues, una situación política humana y reposada, y esto lo prueba—entrando en la Casa del Ayuntamiento—los cuatro cuadros que se ven en el antedespacho del alcalde, una «Madonna», «Pío XII», «Garibaldi» y «Mazzini», todo allí en buena y serena armonía, con la máxima devoción y respeto hacia el primer huésped de la ciudad.

Castelgandolfo tiene, naturalmente, sus problemas—los alojamientos—, pero los veraneantes no se preocupan, pues los «castellanos», y sobre todo el alcalde—un laureado en Medicina, don Marcelo Costa—, óptimo y celoso intérprete de las necesidades del pueblo, están siempre aten-

tos a dar solución a estos problemas de verano.

PERSONAJES «INTERINOS»

Castelgandolfo tiene también entre sus vecinos otra clase de personajes «interinos»; por ejemplo, a Palmira Badaloni, que ha cumplido ciento seis años. Vive aquí desde hace ochenta años, en una calleja cuyo encanto son los geranios. Nacida en Florencia, ha venido a ser la última descendiente de la famosa familia de los Pazzi. Es una mujer todavía en plena luzidez que sabe miles de cosas. A veces, sentada en su balcón florido de geranios, ve llegar a Togliatti—que no va al pueblo precisamente con fines piadosos—; a De Gásperi, que tiene cerca su «villa», o a la bella Silvana; a niños de las varias colonias escolares; estrellas de cine, del teatro, de la política y la variedad, que se mezclan con turistas y religiosos, algunos de ellos chinos, ucranianos o americanos. Ella a todos sonríe y comenta: «No he visto en mi vida gente tan diversa como ésta»... Después mira al viejo lago, amigo de sus lejanos recuerdos; a la apacible amplitud del lago, con sus aguas dulcemente inmóviles, al cual se asoman a racimos gentes de todo país. Pero a veces su placidez viene a ser sobresaltada por un extraño hechizo, su ebullición, después de la cual aparecen peces muertos sobre la superficie. El antiguo volcán parece entonces amenazar con estas bromas. En él todos los años se celebran regatas y competiciones de natación, que atrae a las gentes por millares. Cada año se celebra también la bendición de los melocotones, llamada «La Sagra delle Pesche». Los niños del pueblo, con trajes típicos, le llevan al Papa la tradicional ofrenda de melocotones, y en la plaza del lugar hay desfile de carros alegóricos, así como en el lago, profundo y azul, juegos de artificio. Más tarde, también se celebra la «Sagra dell'uva», siendo estas fiestas unas de las más grandes jornadas de Castelgandolfo.

UNA SUCURSAL DEL «BORGO»

Y todo, desde lo más alto del pueblo, parece estar vigilado por el Observatorio Astronómico, que fué en un tiempo dirigido por el famoso astrónomo padre Stein. En él los jesuitas estudian las constelaciones, mientras la vida transcurre, animada, en Castelgandolfo. Los habitantes de este tranquilo lugar, no obstante sus visitantes, mantienen un aire provinciano de naturalidad hacia todo viajero. Su comercio viene incrementado con la presencia del Papa, que llama a fieles, turistas y peregrinos. Aquí no encontramos negocios de modas o frivolidades, pero sí numerosos puestos y tiendas de objetos sacros, recuerdos romanos y pontificios, cerámicas y «porta-fortunas», todo ello con una pintoresca iconografía que plasma todo lo que rodea al Pontífice.

Para los de este pequeño pueblo, erguido sobre las colinas albanas, la llegada del Papa supone, por consiguiente, el principio de una nueva vida. La mayor parte del año, Castelgandolfo sue-

ña anhelantemente con los meses del verano, pues con la llegada del agosto huésped todo el ambiente viene a cambiarse.

Durante el invierno, los que habitualmente vienen ejerciendo la profesión de sastrer, carpintero, zapatero o cualquier otro menester, lo cambian después en el verano por el de vendedor. Cerca de una tercera parte de los habitantes se dedica a vender «souvenirs», pareciendo el pueblo una sucursal del «Borgo» de Roma, el barrio que vive a la sombra del Vaticano, con su Vía della Conciliazione, pleno de tiendecitas de artículos religiosos y recuerdos de la Ciudad Eterna.

Del mismo modo que los «Borgiari», los de Castelgandolfo saben todos también un poco de la vida del Papa, y acaso saben más, porque ellos viven más cerca. Difícil es que no hablen con los forasteros de algunos detalles de la vida del Santo Padre, pues estando en contacto con el mundo menor del Vaticano (chóferes, guardia y demás empleados, para los cuales la famosa reserva de la Curia es ley fundamental) se les supone enterados de algún detalle íntimo, que a veces no es cierto, pero que su fantasía, devoción y respeto les da cierto aire de autenticidad.

«GRETTEL». EL PAJARILLO DEL PAPA

El estar lejos de la Curia romana permite al Pontífice tener más tiempo para dedicarse a los mil problemas de la Iglesia. Naturalmente, en Castelgandolfo su tiempo es regulado diversamente que en Roma. Inicia sus tareas, sin embargo, a la misma hora que cuando se encuentra en el Vaticano, a las seis y cuarto de la mañana, y con sus mismas habituales costumbres: afeitarse con una maquinilla eléctrica en presencia de su pequeño amigo—según se cuenta en más de una crónica—, un saltarín cardelino, que entró por casualidad en la vida íntima del Pontífice. Algo con sabor «d'Amiciano», cuya estampa hemos visto ya dibujada en ilustraciones de una revista. La historia de este pequeño «petín» es ésta: una mañana Pío XII se estaba afeitando cuando un pajarillo entró por la ventana abierta que da a la plaza de San Pedro, y después de un rápido vuelo por la estancia, cayó a sus pies. Recogido y cuidado amorosamente el cardelino—que estaba sólo fatigado por su largo vuelo—, ha crecido en la intimidad del aposento del Papa; una intimidad que le consiente salir fuera de la jaula, siempre entreabierta, y le permite gastos verdaderamente audaces. «Gretel», que éste es su nombre, cada mañana, cuando oye el tenue ronroneo de la máquina eléctrica, se posa ufano sobre la mano de su augusto señor, saltando sobre sus hombros y aun sobre su cabeza, dejando oír sus trinos; sólo parece triste cuando el Papa cesa de utilizar la maquinilla eléctrica con la cual se afeita.

EL HORARIO DEL PONTÍFICE

Las horas en la villa pontificia de Castelgandolfo transcurren, como hemos dicho, casi como en el Vaticano. Después de la ora-

ción matinal y unos momentos de gimnasia, celebra a las siete la misa en la capilla del Palacio, donde preside la Virgen de Cestokowa. A las ocho y media toma un ligero desayuno, y después el Papa concede las habituales audiencias.

Su frugal almuerzo, consumado siempre solitariamente, consiste en viandas modestísimas, mas siempre nutritivas en máximo grado: una sopa de pasta, pescado, verduras y quesos fresquitos. Después del almuerzo—a la una y media—reposa una hora. A las tres comienza de nuevo su trabajo al aire libre, pues, aun paseando a la sombra de un parterre del frondoso parque, él está con notas y documentos en la mano. Pasea solo por los menudos senderos de la vieja villa Barberini, en la parte cercana al jardín de la Magnolia, donde se ha construido un pequeño pabellón llamado del «Reposo del Papa». El paseo lo realiza a través de un sombreado camino de medio kilómetro de largo, que recorre habitualmente, en uno y otro sentido, tres veces. Los jardines del «Belvedere», con las espléndidas avenidas sombreadas, han conservado las líneas esenciales de los antiguos jardines, escalonados en una sucesión de terrazas con vastos parterres que armonizan con el imponente paisaje de macizos monumentales.

Los únicos huéspedes del Palacio son los religiosos del Observatorio Astronómico, unos pocos gendarmes y un pelotón de suizos. Pío XII, como de costumbre, viene acompañado de la pequeña comunidad de monjas alemanas, regida por sor Pascualina, que desde los tiempos de su nunciatura en Alemania está a su servicio y son las que atienden el cuidado doméstico, en unión de Mario Stoppa, el cual durante el período estival desempeña la doble función de conductor y camarero privado, precisamente para simplificar el servicio. El ayudante de cámara, Stefanori, hace, por su parte, de «correo» entre Roma y Castelgandolfo para cumplir todos aquellos delicados encargos que Su Santidad de vez en cuando le confía, trayéndole del Vaticano, dos veces al día, documentos, correspondencia y Prensa.

Hacia las cinco, después de leer el Breviario, el Papa abandona el parque por el Palacio, donde reanuda el trabajo. De cuando en cuando despacha con monseñor Montini y otras con monseñor Tardini, prosecretarios de Estado para los asuntos ordinarios y extraordinarios, quienes vienen para exponerle los asuntos más urgentes o dándole cuenta de los asuntos de la Secretaría de Estado.

Cuando el visitante deja el aposento, Pío XII vuelve a su vida privada, donde alterna el estudio y la meditación hasta la hora de la cena, para reanudarlos después hasta altas horas de la noche.

LA MUSICA, UNICA DISTRACCION

El Santo Padre, cuyo único solaz es la música—de todos es sabido su antigua afición al violín—, algunas veces plácele escuchar programas musicales a través de la radio o en la radio-



La blanca figura del Papa aparece con los brazos abiertos en el balcón del palacio de Castelgandolfo ante los 5.000 peregrinos que se congregan los miércoles y domingos en las audiencias públicas

gramola de su estudio. Es curioso hacer notar que Pío XII tiene sintonizadas dos o tres estaciones de radio en otros tantos receptores, para no perder su atención en la muchas veces entretenida búsqueda de ondas.

Como es notorio, el Pontífice ha elegido para su trabajo al aire libre un lugar apartado en la parte alta de la villa. Sobre una mesa, protegida por un quitasol, viene examinando las prácticas de los diversos problemas, a veces arduos y delicados, que interesan la vida de la Iglesia en el mundo y anota en cuadernos indicaciones importantísimas para los documentos pontificios. Efectivamente, en la quieta villa el año pasado dejó escritas dos cartas encíclicas, la «Sempiternus Rex», en la conmemoración del décimocuarto centenario del Concilio Ecueménico de Calcedonia, y la «Inguentium malorum», con la cual Pío XII llamó a todos sus dilectos hijos, obispos y fieles, a defender la Iglesia contra los asaltos hostiles de los adversarios y estar alerta para alejar una nueva y más grave amenaza para la humanidad.

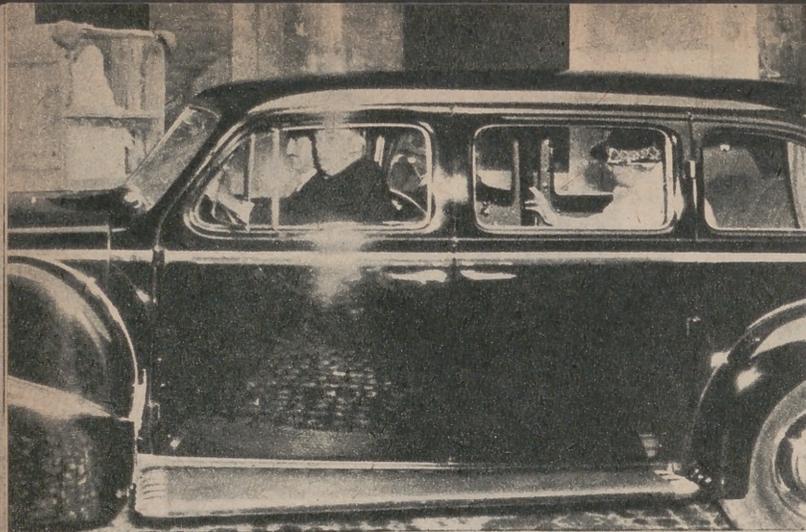
A las ocho cena, también frugalmente, y aun vuelve después a su estudio hasta media noche, pasando después a orar en la capilla antes de retirarse a su

cámara a descansar hasta el día siguiente. Esta distribución del tiempo durante el Año Santo se alteró por su diario ir y venir a la basílica vaticana para recibir en audiencia a los miles de peregrinos que de todo el orbe llegaban a San Pedro de Roma a ganar el Jubileo, así como por las trascendentales solemnidades allí celebradas en tan alta ocasión para la cristinidad.

DOS VECES A LA SEMANA, AUDIENCIAS

Las audiencias normales, llamadas de «Tabolla», siguieron desarrollándose hasta la vigilia de «Ferragosto», en que fueron interrumpidas, entrando en vacación todas las oficinas de la Curia romana.

Los miércoles y domingos—dos veces a la semana, como en el Vaticano—recibe en audiencia general a sus fieles visitantes, pero, en vez de ser como se celebran habitualmente, se desenvuelven a las cinco de la tarde en el patio del Palacio Pontificio. El oficio del maestro de cámara, monseñor Callori de Vignali, asistido por los comendadores Giovannini y Belardo, preparan las audiencias. Su Santidad los recibe también en la llamada audiencia del «Bacio della Mano», ya que las especiales, oficialmente se han suprimido des-



S. S. el Papa llega a Castelgandolfo en su coche. Su conductor es el caballero Mario Estopa

pués de la grave enfermedad del pasado invierno y los trastornos reumáticos de este verano; en estas del «beso de la mano», muchos le llevan en bandeja de plata un «solideo» confeccionado por las Madres Reparadoras de Vía Luchesi de Roma (o sea las proveedoras oficiales). Este solideo lo toma Su Santidad y al donante le da el suyo, que, naturalmente, viene a constituir una verdadera reliquia en el orden de los caros recuerdos de la visita a la Ciudad Eterna. ¡Nada menos que el solideo de Su Santidad! A veces son varios los que conocen esta bondadosa concesión del Santo Padre, y en la misma audiencia viene el Papa a estrenar tres «zuchetti», como aquí se le llaman. Se celebran todas las de carácter especial en la riquísima sala de audiencias del Palacio Papal.

En las audiencias públicas, apenas son las cinco de la tarde, la blanca figura aparece en el balcón iluminado, con los brazos abiertos, el patio pleno de fieles hasta las gradas de la escalera de Clemente XIV se estremece de emoción y se satura de fervidos aplausos y vivas. A veces son cinco o seis mil los que se concentran. El Santo Padre les sonríe y a través de un pequeño micrófono que apenas se ve tiene palabras de paternal consuelo para todos en idiomas que sabe a la perfección: inglés, alemán, francés, portugués, español y, naturalmente, italiano y latín. En contraste con las audiencias especiales, en estas públicas de los miércoles y domingos encuentra descanso. Dialoga con los grupos de peregrinos, se entretiene familiarmente con ellos, como un padre con sus hijos; inquiere de sus afanes y problemas, de ellos y sus pueblos, diálogo que muchas veces se particulariza con los niños y sus maestros y les imparte su apostólica bendición. Siempre el adiós amenaza ser interminable, y los euzos se ven y se desean para dar por terminadas las audiencias. No importa la lluvia; si llueve, allí permanecen insensibles al agua. La sensación de algo mejor, extraordinario y supraterrano los abstrae de la inclemencia del tiempo y los fija en el cuadrado patio del Palacio. Mas no hace poco, cuando una gran tormenta se desató sobre el pue-

blo, se abrieron las puertas que conducen a las salas de recepción y hasta el Trono llegó aquella masa abigarrada y silenciosa, ávida de rendirle homenaje.

DISCURSOS EN INGLES, FRANCÉS Y ESPAÑOL

En los primeros días de audiencia del verano acudieron los remeros que participaron en los Campeonatos nacionales sobre el lago Albano, en visita de homenaje al Pontífice, los cuales, en traje deportivo, fueron recibidos. El Papa tuvo para ellos palabras de consejo, exhortándoles a atemperar la salud del alma con aquella del cuerpo. También el «campionísimo» Fausto Coppi fué recibido después de su triunfo como campeón del mundo sobre carretera, recibiendo de manos de Su Santidad una medalla de la Asunción y unas palabras de felicitación: «Ad majora, Fausto». Coppi le ofreció una bicicleta que el Papa, sonriente, aceptó, destinándola para un misionero. Digamos de paso que últimamente se interesó por la salud de Bartali, después de la operación a que fué sometido. Y así se sucedieron las audiencias para grupos de artistas ambulantes de los circos cuevres de Italia; para científicos, comerciantes, técnicos de estadística y, en fin, de aquellos profesionales de todo orden que venían a ser confortados por la ciencia de la venerada palabra, siempre vibrante de paterna solicitud.

Veinte discursos y alocuciones pronunció solamente este otoño, en las tres más importantes lenguas: inglés, francés y español; algunos sobre temas de índole científica y delicadísimo contenido, ante selectos auditorios de élites internacionales reunidos en Roma, a propósito de Congresos y Conferencias. De singular interés hemos de anotar en la crónica aquella audiencia «privada» concedida en los primeros días de agosto a los médicos americanos, que fechas anteriores habían visitado en Krasic al cardenal Stepinac. Alrededor de esta visita al Pontífice de los doctores John Rusie, primer cirujano del «Holy Cross College», de Chicago, y John Lawrence, del «Donner Laboratory», de la Universidad de California, desuelta en una atmósfera de reserva, se hicieron las más varia-

das conjeturas, demostrándose, sobre todo, el celoso interés del Santo Padre por las condiciones de salud del perseguido purpurado yugoslavo. Anotemos también como ejemplar la audiencia concedida a una excepcional familia portuguesa compuesta por el padre, la madre y once hijos, de los cuales nueve son eclesiásticos: cinco, sacerdotes misioneros jesuitas, y cuatro, monjas de Santa Teresita del Niño Jesús. Se trataba de Domingos Ferreira, el cual llegó a reunir trece hijos. El Papa tuvo para ellos una paterna afabilidad, conversando largamente con los mismos en su lengua y dándoles medallas de recuerdo con una bendición especial. Y curiosa asimismo la audiencia concedida a la señorita Eiken Noone, que, por ser ciega, el Papa, por primera vez, hubo de permitir que asistiese a la misma el perro lobo que le hacía de lazarillo.

De España recibió, entre otras representaciones, como la de los oficinistas y empleadas de Barcelona—todas con la vistosa mantilla española, que tanto llama la atención en Italia—y la orquesta de ferroviarios de Valencia, que actuaron por especial concesión; a la Misión militar española que visitaba Italia y al Subsecretario de Obras Públicas, señor Rivero de Aguilar, al que dió una bendición especialísima para el Caudillo. En el mes de octubre, al Rey Hussein de Jordania, así como a varios embajadores que presentaron sus cartas credenciales; la de los cardenales franceses Lienart, Feltin y Gerlier, que le informaron sobre el apóstolado de los llamados sacerdotes obreros, y, por último, la concedida al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, que fué a expresarle su protesta por la detención del cardenal primado de Polonia y demás cardenales perseguidos y encarcelados en el «telón de acero».

Pero la Historia habrá de registrar que un día de este verano de 1953—el 5 de agosto, festividad de la Virgen de las Nieves—un embajador español, don Fernando María Castiella, fué recibido en audiencia especial por el Pontífice Pío XII para terminar la negociación del Concordato entre España y la Santa Sede, proclamando en tan fausta fecha la bula «Hispaniarum fidelitas», por la que se restauran los privilegios tradicionales de España en la basílica de Santa María la Mayor. Y más tarde, el 27 de agosto, la concedida al Ministro español de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, con la Embajada de España ante la Santa Sede, o sea el día de la firma del Concordato.

LA SALUD DEL PAPA

Una noticia, no muy infundada, hizo preocupar a la Ciudad Eterna. Un periódico publicaba con grandes titulares que la salud del Santo Padre despertaba serias preocupaciones en el Vaticano. El tema no deja aún de ser comentado. La Oficina de Prensa vaticana se apresuró a desmentir la noticia, y el doctor Galeazzi, médico personal de Pío XII, lo confirmó, haciendo notar que el Santo Padre está casi en perfecta salud después

del estado grave del pasado invierno, en el que sufrió una neumonía. Hace treinta años se decía en Roma que esta enfermedad era una condena a muerte. Benedicto XV murió de ella a una edad relativamente poco avanzada. Pero ahora la penicilina hace maravillas. Ella le ha salvado, ya que le fueron aplicadas dosis masivas sólo capaces de soportar por un organismo fuerte. ¿Cómo, pues, extrañarse de la lógica inquietud de las gentes ante el estado de salud del augusto anciano? Es alarma únicamente inspirada por una solicitud afectuosa hacia una vida infinitamente preciosa. Por ello ahora de nuevo se ha vuelto a hablar de sus condiciones de salud a causa de las dolorosas molestias de la rodilla y brazo derechos. Según informaciones, al Papa le ha sido aplicada una de las más adelantadas concepciones de la moderna terapéutica para combatir las manifestaciones reumáticas y artríticas, esto es, la extirpación de algún molar, sistema ya difundido en algunos países. Pío XII, tras el consejo de los médicos vaticanos, no ha dudado en dejarse extirpar dos dientes para liberarse de las perturbaciones reumáticas que le obligaban a fastidiosos cuidados. La intervención no tardó en dar óptimos resultados, tomándose, sin embargo, un breve y parcial reposo en el periodo del 13 de octubre a últimos del mismo mes, suspendiendo algunas audiencias y concediendo solamente alguna pública de carácter solemne, audiencias que después ha reanudado de nuevo. De todas formas, su prolongada estancia en la residencia estival no tiene nada que ver con condiciones de salud, que son ahora óptimas.

En los próximos días, apenas el clima lo pida, el entero Palacio de Castelgandolfo será caldeado con estufas eléctricas. Las oportunas instalaciones ya han sido realizadas. Aquí deberíamos terminar esta sucinta narración de las vacaciones del Papa, pero el Año Mariano acaba de proclamarse...

EL AÑO MARIANO, NUEVA PRUEBA PARA EL PONTIFICE

Así, pues, los días en el gran Palacio de las colinas Albanas han transcurrido laboriosos, aun en los tradicionales señalados para la vacación de la Curia. Esto es, los llamados del «ferragosto» romano, que van del 13 de agosto al 20 de septiembre. En estos días, como es sabido, las Supremas Congregaciones — algo así como los Ministerios del Vaticano — restringen su actividad. El Papa también debió suspender las audiencias llamadas de «Cappella», o sea las reservadas en días preestablecidos a los cardenales, prefectos de las Congregaciones o a los dignatarios eclesíasticos propuestos para los cargos pontificios, y aun las audiencias públicas; pero, ante el constante afluir de peregrinos, no las suspendió.

Los cardenales prefectos o prosecretarios de las Congregaciones, con el asentimiento de Su Santidad, toman su anual descanso. Se sabe, por ejemplo, que el cardenal Datario Mons. Tedes-



Este salón es una copia en miniatura del Vaticano. Cuando el Pontífice está ausente, queda abierto a los turistas

chini—que ya cumplió los ochenta años—pasa estos días en su «patria chica», allá en los Abruzzos; el cardenal Ottaviani, prosecretario del Santo Oficio, en Rapallo, y el cardenal Fumasoni Biondi, en el mismo Castelgandolfo.

Después del pequeño Consistorio celebrado en Castelgandolfo, en el que impuso los «galeros rojos» a los cardenales españoles de Tarragona y Santiago, sus eminentísimas De Arriba y Castro y Quiroga Palacios, así como los cardenales Cicognani, Cirac y Roncalli, Su Santidad estará allí hasta el 30 de noviembre aproximadamente, ya que en los días sucesivos asistirá a la iniciación de los Ejercicios Espirituales del Avento, que el predicador apostólico llevará a cabo en la capilla Matilde. Después se dispondrá a inaugurar el Año Mariano—la tarde del día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción—en la basílica de Santa María la Mayor, cuyos vínculos seculares con España fueron puestos de relieve recientemente en la bula «Hispaniarum Fidelitas». Su Santidad bendecirá a los niños de Roma y recitará con ellos por vez primera la plegaria del Año Mariano.

La asombrosa actividad del Papa en este periodo estival ha dado a la Cristiandad enseñanzas y normas. El índice de sus discursos, encíclicas, cartas apostólicas y mensajes radiados; la

densidad, perfección, importancia y proveidez de las exhortaciones, tales como las dirigidas a los Congresos Internacionales de Oftalmología, Microbiología, Ingeniería, Medicina y Cirugía, Derecho Penal, Economía y Finanzas, es algo digno de ponderarse como excepcional. Su última encíclica al Episcopado católico, la «Fulgens Corona», señalando la celebración del Año Mariano en todo el mundo con ocasión del centenario de la Definición del Dogma de la Inmaculada Concepción, será una nueva prueba a su portentosa resistencia física, milagrosamente firme a pesar de sus precarias condiciones de salud, debidas a la edad y a las energías desarrolladas, que sólo la Divina Providencia es capaz de conceder a un ser humano. Son ya casi setenta y ocho años llevados con una actividad propia de jóvenes, con una claridad mental plena de inteligentísimos aciertos y equilibradas observaciones para cada uno de los problemas que debe afrontar. Siempre se ha dicho que estaba dotado de una memoria fidelísima y que fué durante largo tiempo de una seguridad maravillosa. Esta seguridad, que aun para leer discursos exige un esfuerzo extraordinario, continúa en el Pontífice septuagenario presidida por una gran lucidez psíquica.

B. ALARCON
Roma, noviembre 1953.



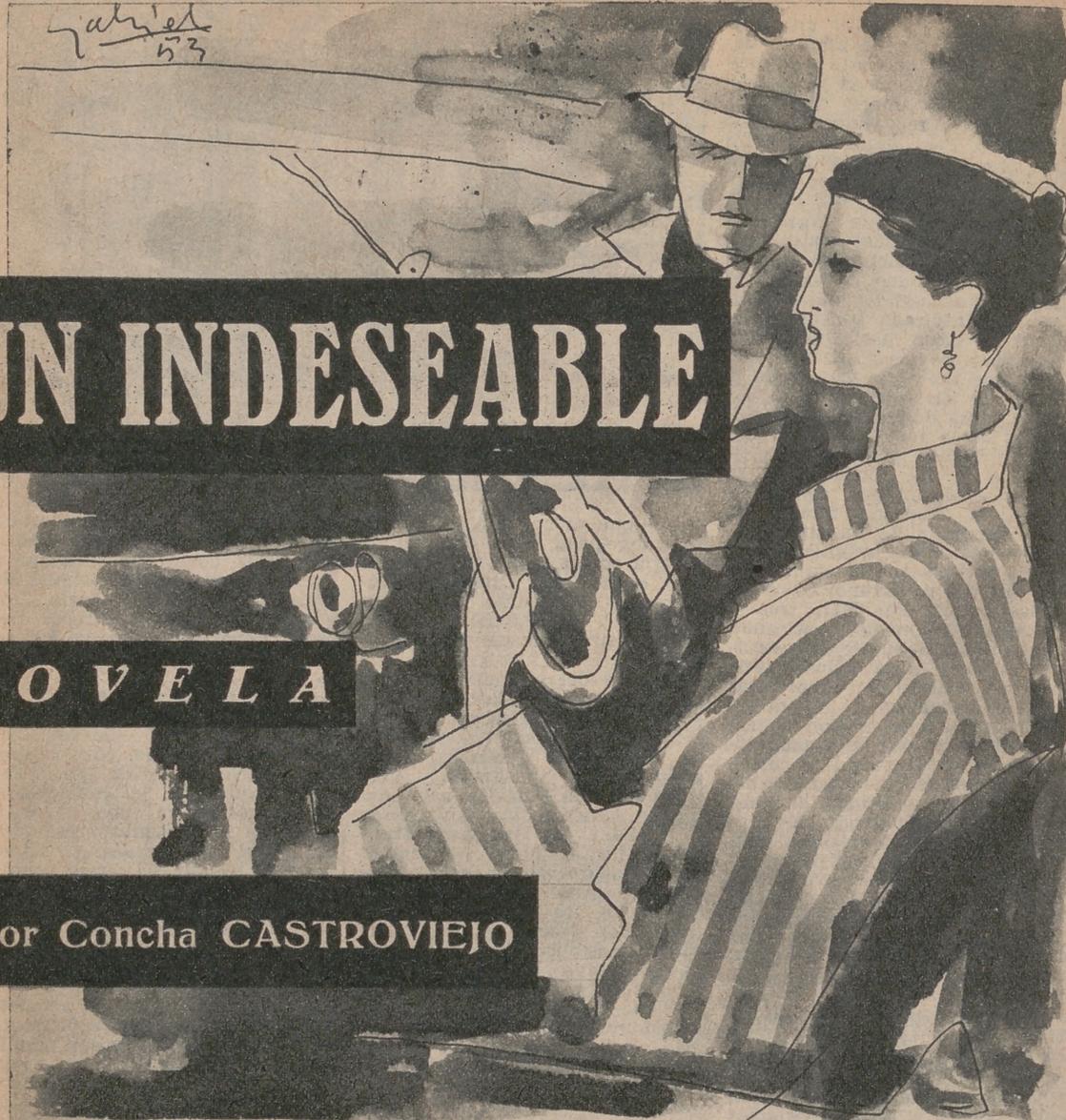
Una preciosa vista del palacio de verano, rodeado de avenidas de altos cipreses, por donde S. S. el Papa pasa en sus horas de descanso

Jahiel
53

UN INDESEABLE

NOVELA

Por Concha CASTROVIEJO



—Toma tu derecha... ¡Atención!
 —Ya. Deseaba decirte...
 —Para decirme algo y que yo pueda escucharte será condición previa que conservemos nuestras vidas...

—No te preocupes. Lo que deseaba decirte...
 El coche corría por la calzada de San Antonio Abad, camino de Tlalpam. Caía la tarde sobre la meseta. Entre las zonas edificadas, los boquetes tapiados de los solares abrían un espacio al campo, árido y plano, denso de luz. Luz casi sólida sobre el suelo pardo. La serranía era azul diáfano en el horizonte. Sobre los picos del Popocatepetl una orgía de oro y naranja envolvía la puesta del sol. Rápidamente, tragado por el breve crepúsculo del trópico, se iba el día.

La chica manejaba sin freno ni norma. El volante era sólo un acomodo a sus manos.
 —¡Cuidado!—Aminoró la velocidad tratando de cruzar entre los coches que desembocaban de la calle transversal—. ¡Cuidado!, déjame el volante. Un frenazo rápido y un chirriar de ruedas. El coche comenzó a salir del embotellamiento.

—No se puede hacer eso: cambiar a primera y acelerar súbitamente por el hecho de que otros coches te alcancen; el motor se ahoga... y ahí pudimos quedarnos.

Renata Guzmán metió toda la velocidad y siguieron en línea recta por la calzada.

—No me interesan tus clases de conducción—dijo por fin—. Te he llamado para otra cosa. Vuélvete y mira hacia el interior del coche.

José Páez se volvió. En el asiento de atrás vio una caja larga, envuelta en celofán, a través del cual se distinguía la línea de los finos flejes metálicos.

—Lo primero que tengo que hacer es colocar esto.

—¿Colocar?
 —Sí. Es el último. Me los proporcionaba don Piedad Osorio, agente comercial, con despacho en Balderras, 51,600.

José no pudo evitar un rápido movimiento. Para disimular su gesto de extrañeza sacó lentamente su pitillera y el encendedor. Renata extendió la mano.

—Si quieres fumar—dijo él—detén el coche, déjame tu puesto y siéntate aquí. Bastante nerviosa estás ya para manipular el volante con una sola mano.

Renata se encogió de hombros.
 —Debo resignarme. Déjame mi cartera...—se contuvo sin decir más.

El coche continuó su marcha y José se volvió a mirar a través de la ventanilla. La calzada polvorienta alternaba sus edificaciones modernas con casas modestas, de mal gusto; con casas pobres a cuya puerta, mujeres envueltas en el reboso, se plaban con un abanico de palma las brasas del anafre. Unos chiquillos morenos mostraban al aire, bajo las camisillas remangadas, las barrigas redondas y desnudas.

«Don Piedad Osorio»—pensaba José. Drogas como negocio y como gancho... ¿Para qué empleaba mujeres en un reparto seguro y establecido?

—¿Conoces a don Piedad?—la voz de la chica se esforzaba en mantener la seguridad.
 —No le conozco. Sé quién es.

Silencio. Renata metió el freno. Detuvo el coche y dejó el motor en marcha. Se encaró con su acompañante.

—No lo entiendes, ¿verdad?. Para ti, como para todos los hombres, las mujeres están al margen de

la vida. La vida corre sin tocarnos, sin obligarnos a nada...—cambió de tono y desvió la mirada—. Necesitaba plata, ¿sabes? ¿Cómo voy a vivir? ¿Pretendes encajarme en esa ruina honrada que consiste en despedir a los criados, trabajar todo el día y salir a la calle con medias de rayón? ¿O buscar un trabajito de empleada que me permita mal comer? ¿O casarme con don Salvador, el notario, el único de mis pretendientes que tiene dinero? Gracias. Sé lo que valgo. Busqué un trabajo cómodo y lucrativo. ¿Qué mal hay en ello? Ni siquiera sé a punto fijo lo que contienen esas cajas. Mi misión se limitaba a entregarlas.

—¿Para qué te disculpas?

José sacó de nuevo su pitillera y le tendió un cigarrillo. Al inclinarse a encenderlo vió que temblaba.

—¿Para qué te disculpas, pues?—repitió—. No sabías lo que tenían las cajas, bien; pero nadie sirve de intermediario de lo que desconoce. Te pagaban mucho, ¿y eso no te extrañaba? ¿Y las proposiciones de don Piedad.

—Ninguna proposición.

—Ya vendrán.

—No. Ahora ya no vendrán.

—Déjame el volante—dijo por fin José—. Vamos a cruzar hasta Insurgentes. Nos detenemos en cualquier salón de té o seguimos, pero disponte a contarme todo. Empiezo a no comprender.

La chica suspiró y cambió de lugar, mientras él se bajaba para entrar por la otra portezuela.

El coche torció a la derecha y entró en la calzada de Niños Héroes.

—Habla—le ordenó José.

El quería conservar la serenidad y tomar de sus palabras la verdad y la mentira, sin dejarse envolver por la voz dulce y siseante que le adormecía, sin volverse a mirar el perfil gracioso e incorrcto, ni la nuca fina casi cubierta por el gran moño negro.

Recién llegado a Méjico, cuando apenas empezaba a otear los caminos que podrían dar una salida a su vida, en los comienzos de sus intentos comerciales se entabló una transitoria relación entre él y el padre de Renata. Así la conoció. La familia Guz tenía entonces dinero. Vivían en una buena zona residencial. Gente acostumbrada a gastar mucho, entendía que el contorno estaba hecho para servir de proyección a sus caprichos.

Pero Renata era una espléndida mujer: los ojos sesgados, la mirada insolente, la nariz fina de punta respingada, la boca grande y su forma de andar, de moverse, con un aire de soberbia, de seguridad o de burla.

—Todo entre los dos había sido fulminante. Como ella misma que resultaba fuera de toda catalogación.

—La forma en que te quiero amar es a solas—le decía—. Tiene que ser a solas.

Y se iban a aquella residencia de Tlalpam, antiguamente de verano, ahora ni de campo ni de ciudad, que entonces permanecía cerrada todo el año. Y transcurrían las horas y las tardes enteras. José Páez, apenas de espaldas a una guerra, se hundía en Renata sin reservas.

Un día ella le dijo:

—Casarnos, no. Tengo aquí una posición muy alta. No es desto de molestarte, pero, ¿qué eras tú en España antes de vuestra guerra?

—Te lo he dicho muchas veces, mecánico, me estaba haciendo perito.

—¿Y en la guerra?

—Aviador.

—Pero no de carrera. Es otro mundo social. No puede ser. Malo para ti y para mí. Y, además, aun no tienes la menor posición. No puede ser.

José Páez seguía hundido en Renata hasta la desesperación. Un día la misma desesperación le llevó a una salida.

—¡Esto ya es bastante, Renata! Yo me voy. Tengo una oportunidad en Sonora; allí quizá será en donde logre una posición. Si me necesitas llámame, pero yo así no quiero seguir.

Hacia cuatro años. A su regreso la había visto simplemente. Y ahora el telefonazo portador de una voz angustiada. Mientras estos pensamientos seguían su curso la chica le explicaba:

—Perdimos el dinero, esto ya lo sabes. Creo que mi padre había tenido con don Piedad alguna relación de negocios, cuestión hipotecaria. Después don Piedad se encargó de la hipoteca de nuestras casas. Nos quedó la de Tlalpam, y allí nos fuimos a vivir. Yo no sabía lo que podría ser de mí ni en qué vendría a parar todo. Entonces don Piedad me ofreció buscarme un hueco en alguno de sus negocios

y juzgué que sería la oportunidad de conservar el coche y vestirme. Acepté. Me parece natural. Ahora me reprochas, pero, vamos a ver; tú, que tanto me amaste, ¿viniste a buscarme para casarte conmigo?

José Páez no pudo menos de sonreír ante aquella maravillosa inconsecuencia.

—Sigue—dijo eliminando toda muestra de cordialidad—. Lo que hayas de decir, dilo. No divagues.

—Pues, como yo podía moverme con libertad y había ciertas cosas que a él no le convenía hacer, me llevaba yo las cajas y las entregaba. Otras veces algunas personas venían a casa, entraban por el garaje...

—¿Iban? ¿Sabían tu dirección? ¿Te das cuenta en lo que te has metido?

La chica estaba pálida.

—Sí, pero ganaba mucho. Don Piedad pagaba bien...

José Páez recordó la caja depositada en el asiento de atrás. «Ya puede pagar bien—pensó—. Drogas en esa cantidad, ¡qué dineral!».

—Pero—continuó la chica—decidí dejarlo. Hoy llegaron a casa unos tipos que me dieron muy mala espina. No les entregué nada y me fui al despacho de don Piedad a decirle que ya no continuaba, que esto empezaba a no gustarme... Y..., detén el coche, haz el favor. ¡Detén!

José arrió el coche al bordillo de la acera y lo detuvo. Se volvió hacia Renata. Ella dijo:

—Llegué y allí estaba el viejo...

—¿Sí?

—En mitad del despacho, tumbado, con un cuchillo clavado en el cuello. Muerto...

—¿Eh?

—Muerto...

José Páez esperó un momento. Sacó el pañuelo para secarse las sienes. Meditó. Después se volvió a la chica.

—¿Comprobaste que estaba muerto?

—No. No sé, pero estaba muerto. No se movía. La sangre empezaba a coagularse.

—¿Le tocaste?

—No.

—¿Tocaste algo?

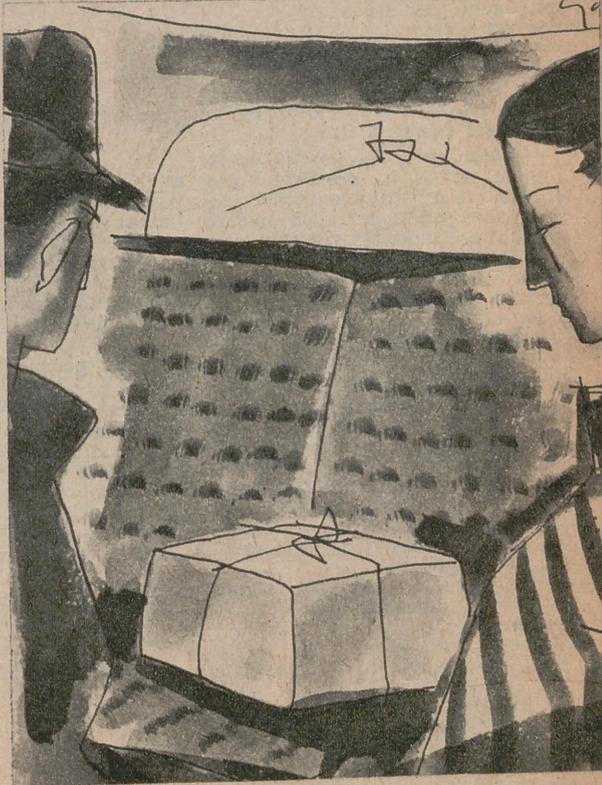
—No.

Se quedó un momento pensativo. Después, bruscamente.

—¿Cómo entraste? ¿Quién te abrió?

Por toda explicación la chica sacó una llave del bolsillo. La expresión del hombre se volvió hermética. No hizo el menor comentario.

—Bueno, ¿sabes si don Piedad llevaba un fichero, si anotaba las entregas y las colaboraciones?... Es un asunto sucio, Renata, el más sucio en que se te podía ocurrir meterte. Don Piedad manejaba un negocio de drogas y mujeres; controlaba un sector de Méjico desde la sombra. El mismo era un vicioso. ¿Para qué te buscó a ti? Para él, es indudable. Algún día te tendría cogida.



Se detuvo un momento. se volvió y la tomó con ambas manos de los hombros.

—¡Recuerda!—dijo—. ¿En alguna ocasión se te ha ocurrido escribirle? ¿Una nota, un dato...? ¿Has dejado en alguna forma tu nombre?

Renata vaciló.

—Sí. En una ocasión mandé una tarjeta desde fuera de Méjico. Iba escrita a máquina y sin firmar. Por otra parte, sólo él podía entender lo que decía...

—Y archivarla. La encontrará la Policía.

—No me preocupa eso. Me preocupa que encuentre mi cartera... ¡Sí!, me aturdí y la dejé sobre una silla...

—¡Santo Dios!—ahora era José el que estaba aterrado—...

—Y esa gente que iba a recoger las cajas a tu casa... No, esa gente no hablará si no la pescan. El maldito te estaba atando, ¿cómo pudiste ser tan necia?—la voz se indignaba sin transición—. Y has mezclado en esto la casa de tus padres... ¿qué decían tus padres?, ¿qué les parecía verte manejar dinero?

—Pasaron una temporada fuera tratando de vender el rancho. Mientras tanto yo orienté mi vida. No sé qué creerían; que estaba vendiendo mis alhajas particulares, quizá. Saben que prefiero sacrificarlas y tener dinero para desenvolverme.

José se detuvo un momento meditando.

—Renata—ahora la voz cambió de tono—, Renata, no tienes por qué engañarme; te voy a ayudar lo mismo. Di: ¿llgaste, tuviste una escena con él, trataste de defenderte.

—No. Definitivamente, no. Nunca me hizo una escena. A veces aquellas gentes me daban el dinero a mí. Muchos miles. Me tocaba una buena comisión.

Mientras José la escuchaba otros pensamientos iban ocupando su atención: La personalidad estremecedora de aquella mujer. Lo había enloquecido primero a él: «es necesario que nos amemos a solas»... Y después: «no casarnos, no. El tuyo es otro mundo social». Friamente, tan friamente como repartía la cocaína por kilos. Se volvió a contemplar la caja y después la contempló a ella, no sabía si asustada o segura de sí misma.

—Bueno—dijo por fin—. Vamos por partes, ¿quién te vió entrar y salir? ¿Cómo volviste al coche? ¿Cómo abriste, habiendo dejado la cartera arriba?

—Dejé la llave al cuidador por si hacía falta mover el coche. Lo estacioné en la cuadra que hace esquina a Victoria, y creo que el cuidador no se fijó en el rumbo que tomé. No sé si el portero del edificio me vió entrar; me habrá visto muchas veces, siempre con gafas oscuras y con el pelo cubierto. No sabe mi nombre ni nunca estacioné el coche delante de la puerta.

—Evita las afirmaciones sobre lo que saben o no saben los demás. Te han visto bajar con bultos: una razón para que se fijasen. Vamos a ver: ¿el muchacho del ascensor?

—Me marcó el número del piso.

—Malo.

José Páez se quedó de nuevo pensativo.

—¿Y ahora?

Ella estaba esperando esta pregunta; era un alivio llegar hasta el final.

—Quiero ir a recoger mi cartera.

—No, chica; tú, no. Primero, es muy tarde para entrar en un edificio comercial cuando todos los despachos están cerrados; puedes llamar la atención. Y segundo, tal vez esté ya la Policía.

—Sólo en virtud de una casualidad. Normalmente la Policía no irá hasta mañana cuando el muchacho de la limpieza... El viejo no tenía familia, y los criados no se ocuparán de saber a qué hora entra en su casa.

José seguía el curso de sus anteriores pensamientos.

—Vale más—dijo lentamente que la Policía encuentre la cartera: lo cual puede tener una explicación, a que te encuentre a ti allí, lo cual no la tendría. Pero es que aun cuando se recoja la cartera corriendo todo el riesgo queda tu nombre, si él lo ha archivado en relación con sus negocios... ¡Oye!—vaciló antes de continuar—, ¿cómo es posible que te acuerdes de recoger una llave y te olvidas de la cartera?

—La llave la tenía en la mano; no la solté... La cartera la dejé un momento... Me asusté en tal forma...

José guardó silencio.

—¿Cómo tenías tú la llave? Osorio no era hom-

bre como para dar la llave de su despacho a nadie. No te permitiría ir en su ausencia...

—¿Por qué no? Los archivos están en ficheros metálicos cerrados, las mesas, la caja y todo lo de interés tiene buenas cerraduras. Yo pasaba al despacho exterior y allí le esperaba.

José no hizo ninguna objeción.

—Voy a dejarte en tu casa de Tlalpam.

—No, José. A no ser que quieras luego traerte el coche, te costará cerca de cuarenta minutos situarte en el centro. No vale la pena. Yo regreso y tú tomas tu camino.

Tras una discusión para convencer a la muchacha de que era necesario que desapareciese de escena se había comprometido a ir él al despacho 600 del 51 de la calle de Balderas. Le prometió recuperar su cartera o poner, por lo menos, todos los medios para recuperarla. Si en el empeño llegaba la Policía era mejor que, en todo caso, no la encontrasen a ella.

José empezaba a desear estar solo para meditar a su gusto. Era un asunto raro aquel.

Torció hacia la avenida Insurgentes y enfocó el cruce con Reforma.

—Creo mejor dejarte en Reforma, desde donde sigues fácilmente. No te conviene pasar por Balderas, sino cruzar más arriba de la Ciudadela. Yo desde aquí llego a pie o tomo un taxi.

Continuaron hasta cerca del cruce y José metió el coche a la derecha, por la calle de Paris. Se volvió a Renata y le preguntó:

—El cuchillo... ¿pertenece al despacho? ¿Lo habías tocado alguna vez?

—No, nunca; no te preocupes de eso. No toqué el muerto.

José abrió la portezuela.

—No tienes más que tener cuidado y tomar hasta San Juan de Letrán. Despreocúpate de todo.

—Pero, ¿me vas a telefonar?

—No, ¿para qué?

—Si todo sale bien, para estar tranquila. Y si no... Voy a quedarme pensando.

—Pues no pienses. Es inútil, porque lo que haya que hacer ahora lo voy a hacer yo, y tú vas a quedar al margen.

—Y en todo caso por tí..

José notó que se transparentaba en él una expresión de burla.

—No, Renata, por mí no. No me vas a hacer creer... No sufras por eso.

—Pero deseo saber en qué queda todo.

—Pues no te voy a telefonar hoy. Por muchísimas causas no lo creo conveniente. Y así, pase lo que pase, estarás más tranquila, porque siempre podrás creer que todo salió bien.

José abrió la portezuela y descendió del coche. Renata se acomodó frente al volante. Le miró un rato fijamente.

—Adiós, José—dijo extendiendo la mano.

—Cuidado con la caja. Mucho más te valdría entregarla. Y si no la entregas entiérrala en el extremo de tu bosque, entre los eucaliptos. No la dejes ni en casa ni en el coche.

—¿Qué temas?

—Que esté ya la Policía en Balderas y tu cartera encima de una silla en primer término.

José entró en una cantina del comienzo del Ejido. Pidió una cerveza y después otra. Tenía sed y no quería beber nada fuerte para poder conservar la serenidad. El asunto le gustaba cada vez menos. Muy mal asunto, pero, además, muy oscuro. Aquella llave no encajaba en ninguna parte. No, era absurdo.

José encendió un cigarrillo. Bebió después un trago largo de cerveza y se quedó pensando. Alguien a su lado tropezó con su vaso.

—Perdone...

José no prestó atención; no tenía gana de camorra. Echó las monedas sobre el mostrador y empujó la puerta oscilante del establecimiento. En la puerta se volvió al cantinero.

—¿Su hora, por favor?—miró su reloj para contrastar. Los cantineros suelen ser buenos fisionomistas. En el peor de los casos su testimonio le serviría de mucho.

Caía una lluvia menuda de final de verano. Sin sombrero ni gabardina comenzó a andar.

—Me conviene llegar cuanto antes—pensaba—, pero también me conviene llevar un esquema bien trazado para saber a qué atenerme. Renata, me ha mentido. Vamos por partes.

Tomó hacia el Paseo de la Reforma dispuesto a

llegar hasta la estatua de Cuauhtémoc y dar la vuelta. Desde allí marcharía directamente hasta el 51 de Balderas.

—Vamos por partes—repitió—. Primero, el viejo no le daba la llave a nadie. Al viejo podría interesarle que fuese Renata estando él, no en su ausencia, y, además, era desconfiado. ¿Con qué objeto iba a entregarle la llave? Absurdo. Quedaba eliminado. Ni aun en el peor de los casos, en el caso de..., no. Eso puede ser examinado más tarde. No. Ni aun en ese caso, porque allí estaría él para abrirle. José suspiró.

Segundo, eliminada la entrega de la llave era obvio que la chica llamó a la puerta y don Piedad Osorio le abrió. De estar alguien allí tendría que ser el asesino, y el asesino no iba a abrir la puerta a nadie para que lo contemplasen y contemplasen a don Piedad con un cuchillo—¿cuchillo?, ¿de dónde saldría un cuchillo en aquel despacho?—clavado en el cuerpo. Así es que: le abrió don Piedad tan vivo como corresponde, porque los muertos no se dedican a abrirle las puertas a nadie.

Ahora don Piedad estaba, según declaración de la chica, bien muerto. Bueno: pasando por alto la escena puede llegarse al desenlace final. La chica sentiría deseos de revisar, si sabía—y José empezaba a sospecharlo—que don Piedad podía tener en su poder algún dato que a ella pudiese comprometerla. Es indudable que se fué de allí pensando en volver, prueba de ello es que lo primero que hizo fué apoderarse de la llave. Ahora, ¿por qué no empezó a registrar desde el primer momento? Porque le habían fallado los nervios. Debíó de ser una prueba demasiado dura. Seguramente intentó salir a despejarse y no tuvo valor para volver. Entonces se dió cuenta del olvido de la cartera y se aterró más aún. Por eso le había llamado.

Tercero, punto clave: el del asesinato. Demastado duro. No es posible. Renata no había tenido nada que ver en eso. A no ser que... pudo necesitar defenderse. No. Con seguridad no. Don Piedad debió de recibir alguna visita, y Renata esperaría en una habitación interior. No se atrevía a hablar. Posiblemente algún cliente que a su vez podía denunciarla a ella.

Al llegar a la estatua de Cuauhtémoc dió la vuelta y emprendió el regreso. En un cuarto de hora estaría en el 51 de Balderas. Ahora ya llevaba su plan trazado. No tenía más que procurar llegar con todo el aplomo posible.

De las puertas oscilatorias de las cantinas salían las notas agudas emitidas a través de las gramolas. La calle se poblaba de una algarabía de bocinazos y claxons. Desde el edificio de la Lotería Nacional llegaba el sonsonete de los números cantados en un sorteo.

Al llegar al comienzo del Paseo de la Reforma tomó por la calle del Ejido hasta llegar a Balde-

ras. Las aceras se llenaban de gente que descendía de coches y autobuses en dirección al Palacio Chino, al Metropolitano y al Regis. Los faros de los automóviles hacían brillante la lluvia que no cesaba de caer.

José respiró ampliamente.

—Es una prueba chistosa esto de ir a hacerme cargo de un asesinato por tapar..., ¿que sé yo lo que hay que tapar aquí?

Se detuvo ante una mujer que vendía periódicos y pidió dos de la tarde. Cruzó la calle y ante el 51 penetró en el gran edificio ostentoso con portada de mármol negro. Atravesó hasta la puerta encristalada y se encontró en el gran vestíbulo circular donde se hallaba el ascensor. Las luces de la escalera permanecían encendidas.

—¿A dónde va?—preguntó el portero.

—Séptimo. Me esperan.

Estaba ya dentro del ascensor para no verse precisado a grandes explicaciones. Empezaban mal las cosas, pero de todos modos el caso era poder salir.

Había dado marcha hasta el séptimo y descendió hasta el piso inferior. No quería que nadie se diese cuenta de que traía llave, y en esa forma podía simular que bajaba de otro despacho y aun fingir un olvido y volver a subir acechando la ocasión. Una muchacha atravesaba el vestíbulo del sexto saliendo del 611. José se detuvo a encender un cigarrillo. La muchacha le miró un rato. Era plantada y pelirroja, seguramente teñida, y seguramente deseaba encontrar un compañero que la llevase a bailar. Le miró un rato mientras José simulaba buscar algo en su cartera. Por fin suspiró y siguió su camino. Apenas traspuso el primer tramo de escalera, José se dirigió al 600 y metió la llave en la cerradura. Giró sin dificultad, empujó la puerta y volvió a cerrar rápidamente.

La luz estaba encendida. El despacho en orden. En medio, al lado de la mesita del centro, el bulto de don Piedad, boca abajo, pero con la cabeza medio vuelta. La piel parecía del color de la de una tortuga. Bajo el cuerpo una mancha de sangre espesa que ya no corría (recordó las palabras de Renata: «La sangre empezaba a coagularse»...). ¿Cuánto tiempo había permanecido ella entonces? En el cuello, pero caído el mango sobre la alfombra, algo que parecía un puñal y que tal vez fuese un cortapapeles bien afilado. José pensó que más le valía no investigar y no caer en la tentación de tocar nada si no se hacía necesario. Buscó con la vista la cartera de Renata. Un pensamiento le atenazaba mientras daba la vuelta alrededor del cadáver de don Piedad.

«Es el crimen de una mujer. Un golpe de defensa, del que se sabe poco fuerte. Acertó por casualidad: le tocó la vena... pero fué el lugar, el golpe no llevaba fuerza. Si se lo da por la espalda no logra nada...»



Entró en la habitación interior, especie de sala privada comunicada con un archivo-biblioteca; a un lado, el lavabo. Volvió al despacho interior. Miró a don Piedad: estaba repugnante con las patillas engomadas, resaltando sobre la palidez morena de la piel, con los labios morados y la expresión estúpida de los ojos abiertos. Parecía un gusano podrido, un pez... Comprendía que Renata hubiese sido incapaz de permanecer allí. Y, sobre todo...

Se decidió a actuar. Aquellos pensamientos y su inspección habían durado escasos cinco minutos. Se volvió... allí estaba la cartera de Renata, como ella le había dicho, sobre una silla. Una cartera grande, pero que sabía perfectamente dentro de su portafolio. De todos modos, podían detenerlo a la salida o entrar. La cartera sería lo primero que le encontrarían.

Extendió sobre el vidrio que cubría el escritorio uno de los periódicos. Cogió la cartera, la abrió y fue extrayendo su contenido: cinco fotografías de Renata, dos de ellas en traje de baño —¡qué narcisismo el de esta mujer!, pensó José—. Cartas. El recibo de una relojería como comprobante de un reloj entregado para su arreglo; una libreta de direcciones con tapas de piel; un block. Puso todo ello aparte. Después: una polvera, a la cual revisó para ver si tenía alguna señal; levantó la tapa interior y dentro vio una fotografía suya y otra en que estaban él y Renata, tomada... —se quedó pensando—. «Gracias, Renata», se dijo por fin. Y apartó las dos fotografías. Después sacó una barra de labios, un manojito de llaves enlazadas en un llavero de cuero; un idollito de jade con la cabeza perforada por una cadena de oro; una pluma estilográfica; dos pañuelos, uno de batista y otro de lino con encaje, sin iniciales; un peinecillo de carny; una pitillera de cuero y un encendedor automático. La pitillera llevaba superpuestas las iniciales en oro.

José puso a un lado las cartas y las fotografías; arrancó de la libreta de notas y del block las hojas escritas y las unió a lo anterior. El llavero, el block y el idolo, se los metió en el bolsillo. Después sacó su pañuelo y frotó la barra de labios, la polvera, el encendedor y la pluma estilográfica. Arrancó las iniciales a la pitillera y se quedó un momento dudando; por fin las introdujo en su bolsillo también; frotó en la misma forma la pitillera y el peinecillo; frotó la cartera concienzudamente y comenzó a introducir los objetos. Después tomó las cartas y las fotografías y se dirigió al lavabo. Sobre la pila, la puertecilla de espejo que cerraba el hueco del botiquín. José la abrió y comenzó a buscar: chismes de afeitarse, jabón, un peine sucio, lleno de grasa; un cepillo de la cabeza en las mismas condiciones; colonia, alcohol... Puso en el centro de la pila del lavabo las cartas y las fotografías; las roció con alcohol y las prendió fuego. Después recogió las cenizas y los pedacitos a medio quemar y los arrojó al water; dejó correr el agua. Frotó el lavabo y se friccionó las manos con alcohol.

«No es perfecto —pensó—, pero es lo más acertado.»

Volvió al despacho. Buscó un pañuelo limpio, esta vez para enjugarse el sudor que le corría por la frente. Tomó de la mesa las dos iniciales de oro: R. G. ¡Qué manía de iniciales!... trató de doblarlas, primero con ambas manos y después con los dientes. Cedían, pero sin que se desfigurara en nada la forma de las letras. Las enderezó y las clavó en su propia cartera. Lo menos malo: podría decir que era un regalo...

Tenía que empezar su investigación; pero si mientras tanto...

Por eso era mejor prevenir. Una cartera de la cual se ha hecho desaparecer toda huella y todo dato personal resulta sospechosa. Se decidió de una vez. Se aproximó al viejo. ¡Qué sensación de repugnancia y de asco! Introdujo la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón. Nada. Volteó el cuerpo del muerto con una dificultad acrecentada por el cuidado de no mancharse al contacto de la sangre y buscó en el bolsillo derecho. Nada. Introdujo entonces los dedos en el bolsillo del chaleco: allí estaba el llavero. Dejó entonces que el cuerpo recobrase su posición sosteniéndolo de un hombro.

Siete llaves. Comenzó a probar en los cajones de la mesa-escritorio.

Renata tomó el camino de su casa atravesando de Reforma a Bucareli; tomó, rebasada la Ciuda-

dela, en dirección a la avenida Chapultepec. Pensaba que lo que más le urgía era desembarazarse de la caja. No se atrevía a entregarla. «Por qué no entregarla?», meditó. Era el medio más seguro y podría valerle alguna plata. «No —siguió pensando— es mejor no recibir dinero para que luego no haya lugar a reclamaciones posteriores ni traten de establecer ningún chantaje.»

Dudó un momento antes de doblar en la avenida. Continuó su razonamiento. «Podrán deducir que tengo miedo y es peor. Pase lo que pase en ese sentido ya estoy comprometida; si entiendo la caja o la escondo pueden encontrarla. Es el mismo riesgo de entregarla. Y si la entrego, ¿por qué no aprovechar el beneficio? Si ofrecen pagar recibo el dinero. La plata es la plata...»

Torció hasta tomar la otra dirección de la avenida y atravesó en línea recta, volvió a torcer y enfiló por San Juan de Letrán la dirección de Perálvulo.

Eran las diez de la noche cuando llegó a la casa de Tlalpam.

—Renata, hija mía —dijo su madre cuando ella entró en el saloncito en que un grupo de señoras jugaban a la canasta—, ha telefoneado tres veces Rafael. Procura hablarle en seguida para que os pongáis de acuerdo.

Renata subió a su habitación.

—Telefóneale al señor Norton que he llegado con jaqueca —le dijo a la recamarera—. Que no me llamen mañana antes de las nueve. Prepáreme un «high-ball» y tráigame cigarrillos. Que no me molesten. No bajaré a cenar.

José Continuaba su tarea con perfecta serenidad. Probando las llaves había logrado abrir los cajones de la mesa, escritorio y los del fichero metálico adosado a la pared. «Lo primero —se dijo—, deshacer las pruebas o confundirlas.»

Vació otra vez el contenido de la cartera sobre el periódico extendido, cuidando de no tocar ningún objeto más que con su pañuelo. Abrió un cajoncito pequeño a la derecha de la mesa y guardó la barra de labios y la polvera; en otro el encendedor. Al tomar la pitillera dudó... no se la podía meter en el bolsillo, porque no encajaba: él no fumaba rubio, le verían su tabaco negro; y era demasiado femenina; se le notaban, además, en el cuero, las pequeñas rasgaduras causadas por los picos de las iniciales. No. Las pruebas cuanto más desconectadas, mejor. Sin otra opción la metió en el cajón central del escritorio; allí guardó también la pluma estilográfica, después de dudarlo... dos plumas estilográficas sobre él podrían despertar sospechas en un registro. En otro cajón de la izquierda guardó el peine.

Tomó las llaves, pasó a la habitación interior y las probó en el mueble biblioteca. Abrió. En uno de los espacios del fondo introdujo la cartera, sujetándola con el pañuelo.

«Por de pronto —pensó—, aquí hay esta seguridad: que encuentran todo, pero sin que acierten a sacar ninguna consecuencia o costándoles mucho; mientras que si yo me llevo la cartera con todos los objetos juntos les doy ya la pista abierta. Como el viejo recibiría visitas femeninas es muy raro que ligen todo y acierten. Si lo logran será más bien por otras razones. ¡Qué imprudencia o qué inconsciencia la de Renata! ¿Qué habría entre ella y el viejo?»

Se volvió a mirar la figura encogida y horrenda con cara de pez y piel de tortuga.

«Imposible —pensó—. Imposible. Por mucha que fuese su ambición.» Y después de un rato concedió: «Esa mujer es capaz de todo.»

Comenzó la segunda parte de su faena: la más difícil. Accionando la llave en el primer cajón abrió todos los del archivo. Se inclinó y, en cuclillas, empezando por abajo, comenzó a pasar ágilmente las fichas. «Sin guantes —pensó—, huellas. Tal vez aquí no se les ocurra buscarlas. Veremos si me da tiempo a limpiar.»

Las fichas estaban en un orden perfecto; pudo observar que, a un lado, siguiendo un turno alfabético de nombres, y al otro, de fechas. Buscó en la G sin resultado; luego en la R. Allí estaba una ficha a nombre de Renata con su dirección y su teléfono. «¡El maldito chivo!», murmuró José. La ficha tenía varias anotaciones con lápiz rojo: 2, 3.º, 12; 2, 3.º, 13... etc. José la sacó del cajón y empezó a buscar en los de la fila contraria, segundo cajón, tercera sección, número 12... Ya estaba. Varias fichas con el nombre de Renata Guz, a continuación el año; después el día y el mes: 3-3,



8-3; 21-3... hasta pasar al otro mes. Al pie de cada ficha, nuevas anotaciones.

Para seguir las tuvo que recurrir José al archivo interior. Miró su reloj: cerca de las diez. No tardarían en cerrar la puerta de la calle. Comenzó a revisar; se fijó: el número de orden era el mismo: segundo cajón, tercera sección. Allí estaba lo peor: se repetía la fecha, se anotaba el número de la caja: tantos kilos, con la confirmación de entregados. Al margen, cifras que debían significar cantidades de pago.

—¡Jijo! —exclamó José—. Se ve que el viejo en vida no temía a la Policía. La tendría bien amarrada. En muerte que se hunda todo el mundo... Sin embargo, y por si acaso, no anota las direcciones de los compradores: sabe que son tipos de cuidado. Una indiscreción le hubiera costado la cabeza. Quién sabe si eso fue —se volvió—. Estás bien muerto—dijo con saña.

Sacó las fichas en que figuraba el nombre de Renata. «Lo mejor sería quemar todo el fichero —meditó un momento—. Imposible. —dijo por fin—. No hay forma de destruir todo eso.»

Contó las fichas apartadas: seis, en total, pero bien cubiertas. Se dirigió al lavabo y repitió la operación anterior. Lavó de nuevo la pila y se lavó las manos.

«Parece que mi misión ha terminado. Me extraña que el portero no haya comprobado si permanece el señor Osorio en su despacho. Generalmente pasan su visita antes de cerrar la puerta de la calle. También el asesino si acecha y me ha visto entrar tendrá empeño en que me encuentren aquí. De todos modos ha estado bien no intentar sacar la cartera de Renata. Tal y como queda es la menor prueba que existe contra ella.»

Se limpió las manos. Se inclinó sobre los cajones del archivo, sacó de nuevo su pañuelo y trató de sacudir todas las fichas que había manejado. «Tonta precaución —se dijo—. No consigo nada.» Después cerró todos los cajones y se acercó al cuerpo del viejo.

Empezaba a ponerse rígido. Limpió las llaves y las introdujo de nuevo en el bolsillo del chaleco.

Miró el cortapapeles. No. Mejor no tocar. Renata le había asegurado...

«Ahora —se dijo— ha llegado la hora de salir.» Miró en torno a la habitación. No había traído nada que pudiera dejarse. Se palpó los bolsillos. «¿Y la llave de la puerta del despacho? —meditó un momento—. Más vale que la deje por si me los encuentro y me hacen un registro. Pero no, ya comprenden que el muerto no pudo abrirme. Será peor... —volvió a guardar la llave—. Dejaré luces encendidas.»

Notó que le funcionaba bien el cerebro. No es-

taba nervioso. Había ya descontado que le sería difícil salir del embrollo. Mal asunto en principio. El portero podría declarar y él probaría su coartada con su estancia en la cantina. Por de pronto había cumplido lo ofrecido.

El portero había subido a las diez y media a efectuar su ronda y apagar la luz de cada piso. Se acercó al despacho número 600. Había luz. No se oía ruido de conversación. No se atrevió a llamar. Aquel don Piedad Osorio tenía mal genio y era un usurero de cuidado. No se atrevía a molestarle, pero si se trataba de un robo podrían acusarle a él como cómplice. Recordó al señor que había entrado a última hora; dijo al 7.º; todos los inquilinos del 7.º habían salido y a él no le había visto salir. Escuchó. Sintió abrir y cerrar los cajones metálicos. Se alejó y tras un momento de indecisión volvió sobre sus pasos, esperó un rato y golpeó la puerta con los nudillos.

José se disponía a salir. Oyó el golpe. No sabía qué hacer. Si abría, la primera visión sería la del cuerpo tendido. Si no contestaba... Nuevos toques. En los momentos de duda que siguieron oyó los pasos alejarse. Esperó diez minutos largos. Apagó la luz. Hizo girar el pomo de la puerta y la cerró tras él.

Dos gendarmes estaban en el arranque de la escalera; lo sorprendieron por detrás.

—No se mueva. Entregue las armas...

El portero, mientras tanto, telefoneaba a la Comisaría.

—Creemos que se trata de un robo. Es un tipo desconocido y no contestaba al llamar.

José explicó a los gendarmes:

—No hay robo o ya lo hubo. Al viejo lo mataron. Yo llegué cuando ya estaba tendido.

—Buen lío para usted. Ya explicará todo eso a los agentes. Esperaremos aquí.

Y el portero añadió:

—¿Y qué hizo usted arriba dos horas con el muerto? Ahora nos va a decir que es inocente?

Renata se despertó a las nueve. Había tomado una dosis de dormileno.

—Lo que haya de suceder, sucederá —pensó—. A nada viene que pase una mala noche.

Pidió una taza de café y la Prensa.

—Más vale que me arregle antes —siguió pensando—, tendré mejor los nervios, de todos modos. Pasó al cuarto de baño y accionó las llaves de la ducha.

Entró en su cuarto envuelta en un albornoz.

—Me vestiré y tomaré un sedal. Me pintaré también antes de empezar a enterarme. Con los nervios alterados no hay quien tenga pulso para pintarse.

Se acercó al espejo y se contempló un rato largo. La Prensa de la mañana tardaba en ser reparada a domicilio en Tlalpam. A las diez se la entregó la recamarera, Chepa, una mestiza con el pelo suelto y la cara arrugada.

Renata cerró la puerta y echó la llave. Se dirigió al armario y abrió un cajón interior. Sacó un manojito grueso de billetes de banco de mil pesos y los extendió sobre su mesa escritorio.

—Esto consuela de lo que pueda venir—pensó.

Comenzó a contar. Setenta mil. Seguía el curso de sus pensamientos: «El viejo tenía más. Había recibido muchos pagos y él no ingresaba en el Banco más que dos días por semana...»

Desdobló el «Excelsior». Primera plana. Ya. La titular era todo lo sensacional que podía ser:

«Misterioso crimen en un despacho de la calle de Balderas. Aparece asesinado el conocido hombre de negocios don Piedad Osorio.»

En páginas interiores venía la información. Después de narrar el hallazgo del cadáver se reproducía la declaración del portero y de los agentes que le acompañaron. Aparecían también las breves declaraciones de José Páez y se atestiguaba que no se le encontraron encima cantidades de dinero que pudieran hacer creer que el móvil del crimen fuese el robo, aunque se sospechaba que el señor Osorio guardaba dinero en su despacho para sus negocios de préstamos. Nada comprometedor se encontró en el registro que se realizó al detenido.

—¿Qué habrá hecho de la cartera?—pensó Renata.

Siguió leyendo:

«En la inspección realizada por la Policía en el mismo lugar del crimen se ha hallado un fichero que se supone corresponde a los negocios que llevaba el fallecido señor Osorio. Se cree que el criminal haya tenido ocasión de manipularlo, puesto que permaneció dos horas y media encerrado en el despacho.

Esto hace que la pista se desvíe hacia una posible amenaza de chantaje, puesto que se sabe que don Piedad Osorio era un hombre de presa capaz de sacar partido a las debilidades de sus colaboradores. En dos cajones de su mesa se han encontrado efectos femeninos: una barra de labios, una polvera dorada con tapa de esmalte y una cartera de piel, vacía, con dos pañuelos sin iniciales, además de otros efectos menudos. No hay el menor dato personal.»

—Qué serenidad ha tenido —pensó Renata—. Es maravilloso. Y no dudó en jugárselo todo.

Continuó leyendo:

«En el lavabo se aprecian señales de haberse quemado recientemente papeles. Ello afirma la primera impresión de la Policía de que el móvil del crimen no fué el robo... El cadáver ha sido trasladado al depósito para su autopsia. La probable hora de la muerte no parece coincidir con la llegada del detenido. Pero se supone que, dado que éste tenía la llave del despacho, pudo regresar a terminar su cometido...»

El hecho iba a dar para llenar planas de los periódicos en los días siguientes.

Renata dobló el periódico. Tomó los billetes en ambas manos y empezó a pensar.

«La cosa no está tal mal. Aun para él. Por de pronto me ha eliminado a mí de todo compromiso. ¿Cómo serán tan poco sutiles que no vean que ha ido a tapar a alguien? Pero no importa, él no hablará. De esto estoy segura. En cuanto a él, veamos: de momento mucho escándalo. Pero no podrán probarle nada. Hay muchas salidas y yo tengo los hilos del asunto en mi mano. Tengo también estos setenta mil pesos. Lástima del resto. Seguramente la Policía lo encontró ya y eso no se dice. El viejo tenía más dinero. Este es el que estaba encima de la mesa. Era el anzuelo. ¡Qué viejo raro! Cantidades absurdas... Setenta mil. ¿Por qué no cincuenta o cien, números redondos?... Y la caja entregada contra un cheque, extraño, nunca daban cheques: no debí admitirlo. Lo quemaré para eliminar la tentación de cobrarlo. Bueno: el caso es que me deshice de la caja.»

Volvió al cauce de sus pensamientos: «Veamos: esto sobre la mesa. Pero en el despacho había más. Si yo hubiera tenido valor para realizar el registro... Era demasiado... ¡Qué asco de viejo! Estaba horrible. Me era imposible tocarle en busca de las llaves... Creí que serenándome. Siempre pensé volver. Fué una pena. No. Una pena no. Me hubieran pescado. Pero menos mal que pensé volver y cogí la llave de la puerta. Si no, con la cartera allí... ¡Cómo pude aturdirme hasta ese grado...! ¡Me fallaron los nervios...! Lo más interesante: hay que ayudar a José... De todos modos, no puedo dejarle así... Me ha hecho un favor que no me lo hace nadie... El último caballero... ¡Y además me gusta...! Veamos: aparte de aquí, ¿cuánto? Diez o doce mil pesos... quizá con

eso. Un buen abogado y todo lo que haya que untar... Llegaré hasta quince mil. Prefiero que no pase de ahí; el resto me hace falta... Se le puede buscar ya una fianza. Tengo que empezar a moverme. Le hablaré a...; no, sospecharán. Saben que fué amigo de casa. ¿Averiguará que yo pago?... Necesito terminar este asunto. En diciembre me caso con Rafael. Me conviene en diciembre y José debe estar ya fuera de la cárcel y libre de todo. No puedo irritarle hasta ese punto... No hablará, de todas maneras, pero es peligroso estirar tanto la cuerda. Puede creer que lo empleé como instrumento... Y me gusta él más que Rafael..., mucho más..., pero hay cosas sin solución. Esto se terminó y ya no hay más cajas del viejo para sacar dinero.»

Renata dobló el fajo y lo guardó en el cajón interior bajo llave.

Abrió su guardarropa y escogió abrigo y bolso. Se ató un pañuelo alrededor del moño poco sujeto.

«Debería marcharme al rancho, no vaya a ser que el portero o algún cuidador me reconozca..., pero tengo que hacer aquí. Iré en tranvía... ¡Bah! ¿Para qué? Evitaré esa zona.

—¡Chepa!... salgo al centro. Me llevo el coche. Si telefonea el señor Norton dígame que a la una le espero en Sanborn's.



TAMBIEN EL TATUAJE TIENE SU "PENICILINA"

COMPLEJO
BAJO LA PIEL

LO ESCRITO
YA NO QUEDA

He aquí dos tatuajes, el de la izquierda es de aficionado. A la derecha vemos otro en el que no existe simbolismo, sino pura representación



EN BARCELONA SE EMPLEA UN NUEVO PROCEDIMIENTO QUE BORRA SIN DOLOR

EL tatuaje es la manera que tienen de vestirse los salvajes polinésicos. Tiene sobre nuestro vestido occidental la ventaja de que dura mucho y que para aquellas latitudes resulta bastante más fresco que el más fresco traje de hilo. Es enormemente más decorativo que el más decorativo de los dibujos que pueden sacarse de la cabeza los diseñadores que trabajan para las fábricas de Sabadell, y sólo tiene una pega: que si bien dura mucho, dura más tiempo del debido. Algo así les pasa a las sardinas en lata: que saben bien, pero saben demasiado tiempo.

No parece, sin embargo, que esta excesiva duración del tatuaje les preocupe mucho a los indígenas polinésicos, que más bien hacen cuestión de personalidad el matiz distintivo de los dibujos y arabescos que llevan grabados en el cuerpo. Un buen tatuaje en las islas Marquesas o en las de la Sonda equivale a lo que en nuestra civilización occidental un traje de Saville Row o un modelo de la plaza Vendôme. Para un nativo polinésico, el tatuaje no sólo es su vestido, sino también su blasón, su escudo, su cartel de desafío y su tarjeta de visita. En cierto modo, todo eso lo era antes para nosotros el traje, que servía para caracterizarnos.

—Sí, mujer... Aquel que lleva un traje marrón.

No fallaba. El traje marrón—o el gris, o el azul—era como un tatuaje que se llevaba de por vida y que distinguía a su poseedor a través de los años, porque el traje era vitalicio. Ahora, como el que menos tiene es un par de trajes, ya no es posible aquella fácil caracterización. Y tampoco hay que confiar mucho en la perennidad del tatuaje, porque ya se ha descubierto que puede borrarse.



Un tatuaje «firmado». Esto se llama también un complejo de elementos decorativos y simbólicos. Es curioso y revelador

LA CLAVE DE LA NOVELA

No es necesario ser un salvaje polinésico para llevar encima un tatuaje. Lo que en las paradisíacas islas de los mares del Sur constituye una gracia personal y debe su nacimiento al innato sentimiento del pudor, en nuestro mundo occidental el tatuaje ha venido a ser, paradójicamente, el signo del impudor: una manera escandalosa de expresarse unas almas sencillas y en verdad nada turbias, puesto que tan claro ponen en evidencia rasgos biográficos que cualquiera preferiría ocultar. Pero es sobre todo el tatuaje signo que revela en algunas personas el espíritu novelesco.

El tatuaje, cuando no es cuento, es una pequeña novela que sólo tiene el inconveniente, a ve-

ces, de ser demasiado conocida. Y cuando no llega a ser una novela es, por lo menos, su clima, su atmósfera. Es la clave en que está escrita la canción: alegre o triste, jocunda o sentimental, honesta o desvergonzada. Es el romántico afán de detener un instante la vida y eternizarlo, de perpetuar el sabor de un momento dichoso o de conservar vivo el recuerdo de una pena liberadora.

Pero la vida va convirtiendo los tatuajes en las crestas de un fabuloso continente sumergido por las aguas del olvido. Reliquias casi siempre de los años de juventud, los tatuajes se arrastran penosamente en la madurez cuando la novela ha terminado, porque las novelas casi nunca terminan a gusto de sus portagonistas. El tatuaje del marinero,

del amante feliz, del soldado en vela de armas o del señorito poseído por la demoníaca querencia de extrañas aventuras queda luego como esas muelas a las que se les ha sacado el nervio y que a veces producen solapados focos infecciosos que envenenan la sangre.

MECANIZACION Y ARTE-SANIA DEL TATUAJE

El tatuaje eléctrico no es una invención reciente. Parece que fué descubierto por un americano en 1875, y hoy es Londres la capital del tatuaje motorizado. Un pequeño aparato con agujas esépticas facilita la creación de esas maravillas de color y línea que algunos se hacen grabar en el cuerpo, y el nombre de Burchett ha pasado ya a la pequeña historia como el de un artista único y concienzudo por cuya casa pasaron no sólo marineros y gentes de vida más o menos incontrolable, sino auténticos aristócratas y hasta personas de sangre real. Parece que en ciertas esferas existe un snobismo del tatuaje, y la reciente coronación de la Reina Elisabeth ha determinado un considerable aumento de los tatuajes inspirados en los símbolos convencionales de la realeza, como siglas, cetros y coronas.

Pero esta clase de tatuaje, sin duda muy artístico e interesante, es la negación misma del crudo romanticismo del tatuaje de artesanía, improvisado casi siempre y llevado a cabo en las peores condiciones de higiene. Ni en la cárcel, ni en el frente, ni en las largas singladuras maríneas se cuenta con aparatos eléctricos para grabar esos rasgos llenos de sentido y conmovedores en su imperfección. Lo bueno son esos tatuajes de aficionado, para los que se utilizan los más extravagantes procedimientos y en los que, a falta de buenas tintas, se emplea el polvo de carbón y hasta el café quemado de las alpargatas. En realidad pueden distinguirse perfectamente entre los tatuados dos tipos humanos claramente diferenciados según sea o no «firmado» su tatuaje.

UNA HISTORIA QUE PARECE CUENTO

Una noche del pasado verano volvía yo con un amigo de cenar en la Barceloneta. Esperábamos el último tren del metro y nos pusimos a leer los anuncios de dentíficos, academias de idiomas y zapaterías que llenan las paredes de todas las estaciones en cualquier parte del mundo. Entre tanto aruncio trivial se destacaba uno realmente inesperado:

¡BORRE SU COMPLEJO BORRANDO SU TATUAJE!

El anuncio ofrecía borrar, sin dolor ni operación, toda clase de tatuajes, y le llamó la atención a mi amigo sobre aquel magnífico «slogan» que había encontrado el destatuador.

—Sí, magnífico «slogan» y magnífica cosa esa de borrar tatuajes sin dolor y sin operación—comentó mi amigo en un tono que a mí me pareció plañidero—. Pero no todos pueden hacerlo...

Había estado alegre hasta entonces, y me sorprendió verle cambiar de pronto.

—Quiero decir que no siempre es posible aprovechar estos ofrecimientos. Yo sé de una persona

que tiene un tatuaje y que quisiera borrarlo y no puede. Y esa persona soy yo mismo.

Mi amigo no pertenece a ese tipo de personas a quienes uno atribuye de buenas a primeras el gusto por el misterio y la noble vida. Aquella confesión me dejó un poco confuso.

—Es una historia muy curiosa y se la voy a contar. Durante la guerra estábamos veintidós hombres en una posición aislada resistiendo en espera de socorro, que tardaba en llegar. En una situación semejante parecería natural que el sentimiento dominante fuese el miedo o la angustia. Nada de eso: era el aburrimiento. Nos aburríamos mucho, y a uno de nosotros, al sargento, se le ocurrió proponernos que nos hiciéramos un tatuaje colectivo. Su idea era que nos sirviese de recuerdo si nos salvábamos (nadie daba un pitillo por su vida) y de prenda de mutua ayuda en la vida nueva que para todos comenzaría cuando la guerra terminase. Todos aceptamos la idea con entusiasmo, y a pesar de que había gente de todas las procedencias, nadie hizo la menor objeción. Lo único que se discutió fué la forma que había de adoptar el tatuaje, y se examinaron todas las sugerencias que se hicieron. Finalmente se decidió grabar en el antebrazo izquierdo el número «22»: los que estábamos en la posición.

Un día nos liberaron, y cuando la guerra terminó volvió cada uno a su casa. No todos, porque cinco se habían quedado allí para siempre, pero los diecisiete que volvimos hicimos promesa de mantener la unidad forjada en las horas de espera desesperada en aquella posición. Durante algún tiempo mantuvimos contacto, pero poco a poco dejamos de saber los unos de los otros, y llegó un día en que me encontré incómodo con mi tatuaje, que en cierto modo me mantenía alejado dolorosamente de la vida de relación para ocultar una marca cuyo origen no siempre era bien comprendido. Yo sabía que podía ser borrado, y, aunque seguía sentimentalmente ligado a mis camaradas de guerra, estaba ya decidido a quitármelo, cuando sucedió algo inesperado.

Un día estaba en mi oficina y me anunciaron la visita de un muchacho que decía venir de parte de un gran amigo mío. Era cierto: venía de parte del sargento que había tenido en la guerra. Era su hijo, un muchacho de dieciocho años, que me contó que su padre había muerto hacía poco y que le había dado mi dirección y la de los otros camaradas supervivientes.

—He venido a verle a usted antes que a ninguno porque su nombre es el primero de la lista que me dió—dijo el muchacho—. Mi padre me hablaba siempre de todos ustedes y de los peligros que pasaron juntos. Cuando se sintió morir quiso que yo llevase en el brazo el tatuaje que él tenía.

—Efectivamente—continuó mi amigo—, el muchacho llevaba en el antebrazo izquierdo un «22» exactamente igual al nuestro. Era todo lo que su padre le había podido dejar. El tatuaje y la fe en nosotros. Yo no me atreví a borrar el mío...

CUANDO EL AMOR MUERE

Una calle empinada en la parte alta de la ciudad. Barrio tirando a menestral. Una placita melancólica con media docena de árboles, un cine, un puesto de periódicos y dos cafés. La plaza casi siempre está silenciosa, salvo cuando pasa el tranvía, que es de tarde en tarde. Un poco más arriba vive el destatuador.

Fregué por él y me llevaron a una salita con unos sillones. De allí me hicieron pasar a la clínica.

—¿Quiere usted destatuarse?—me preguntó un caballero joven.

—No. No tengo tatuajes ni complejos que borrar, pero sentía gran curiosidad por ver el lugar donde algunas personas entierran la novela de su vida.

—Pues ya lo ve usted. Con este cepillo, con estos polvos y con esta pomada se da fin a la novela más complicada.

—¿Por qué la gente se hace borrar su tatuaje?

—Los motivos son muy diversos. Unos porque su tatuaje les recuerda algo que quieren olvidar. Otros, porque les parece poco respetable dejar ver un tatuaje que generalmente los identifica con gentes de mal vivir. Yo le podría contar a usted toda clase de historias.

—A veces, el tatuaje no es más que la consecuencia de una noche metida en vino, de una apuesta o de un capricho. La vanidad juega en este asunto un papel importantísimo. El medio más adecuado es aquel en que los ocios son largos y en los que el peligro y el azar se hallan siempre presentes, como es el mar y la guerra. Los estímulos inmediatos del tatuaje son, por lo general, muy simples y limitados. Lo más frecuente es hacerse tatuar el nombre de la novia, generalmente inscrito en un corazón simbólico. Este corazón puede ir solo o bien atravesado por una fecha. También son motivos muy frecuentes ciertas figuras simbólicas, como ataúdes o cruces, que recuerdan algún drama familiar, por ejemplo, la muerte de la madre o de una hermana.

Esto es lo más simple. Vienen luego los tatuajes decorativos, con complicados motivos ornamentales. Los leones, serpientes, tigres, árboles tropicales, soles fulgurantes y figuras humanas abundan también y caracterizan algún momento de la vida del tatuado, o bien poseen algún simbolismo, muchas veces oscuro, pero, por lo general, fácilmente comprensible.

—¿Y vienen muchas mujeres?—
—Algunas vienen; pero tenga en cuenta que el tatuaje es cosa esencialmente masculina, aun cuando haya mujeres tatuadas.

—El procedimiento que usted emplea, ¿es original?

—No. Lo practican en algunas tribus del Africa Central. He tenido ocasión de conocerlo en mis viajes. Con este procedimiento pueden rectificarse incluso los queloides cicatriciales, que es una de las formas que adopta el tatuaje en algunas tribus salvajes: el tatuaje en bulto. El caso es que de aquí salen sin tatuaje y sin complejo.

Y, colorín colorado, la novela se ha acabado.

Pedro MIGUEZ

LA UNESCO EN PARIS

69 PAISES MIEMBROS Y
900 PERSONAS COMPONENTE EL
ENJAMBRE DE ESTA COLMENA HUMANA



Sesión inaugural en el
anfiteatro de la Sorbona

(De nuestra enviada espe-
cial.)

M.^a Josefa SANZ BENEJED

LA antigua Casa de Castilla, donde vivió desterrada Isabel II y que más tarde fué hotel Majestic tiene un aspecto serio. El gran edificio de piedra gris, más gris, envuelto en la niebla llorona propia de Brumario, es adusto. Quizá sea remembranza del tiempo en que los alemanes lo habitaron. El antiguo Cuartel General de la Gestapo está infundido de esa seriedad del pueblo germano, cuando cumple con su deber, o lo cree cumplir. En algunos despachos se conservan los archivos con departamentos secretos, donde se leen los nombres de algunos altos jefes del Ejército alemán. El triunfo aliado convirtió en Cuartel General norteamericano al gran caserón, y ahora la Organización de Educación, Ciencia y Cultura de las Naciones Unidas teje su red en los grandes salones, donde las arañas y artesanos y un eco apagado de viclines no riman con la vida actual, tratando de que por lo menos en Educación, Ciencia y Cultura las naciones estén de acuerdo. Cosa que veo en extremo difícil, si los países del telón de acero insisten en dar vida a un tal Popoff.

Nuestras fotografías recogen dos escenas de las Asambleas de la UNESCO, donde delegados de distintos países, siguen la marcha de las conversaciones en el hotel Majestic de París





Donde antiguamente fue Cuartel General de la Gestapo en París, hotel Majestic, es hoy la sede de la UNESCO

«ATENCIÓN, SUELO RESBALADIZO»

Todos los pasillos de cada piso, son siete pisos de cien habitaciones cada uno, están llenos de letreros que advierten: «Atención, suelo resbaladizo». Traté de no pensar en el doble sentido que se le podía dar a la frase, pero fué imposible. El algunos de ellos un linóleo verde frena los impulsos de las gentes que siempre tienen prisa, pero son pasillos con añoranzas de alfombras de nudo.

En la Organización hay 69 países miembros. Novcientas personas forman el enjambre de esta colmena. El elemento femenino abunda extraordinariamente. Mujeres de todos los países, que se hacen impersonales cuando trabajan, pero que encontrándose, por ejemplo, en el ascensor, hacen surgir el eterno femenino. «Jaqueline, llevo días sin verte. ¿No buscabas un sombrero? En Printemps hay liquidación». Mientras, el ascensorista, con una gran cara de filósofo francés, silba los compases de «Moulin Rouge».

Aburrido no debe ser trabajar en la Unesco. Cine-club, tenis, equipo de fútbol, ping-pong, como entretenimientos. Pero, no nos olvidemos en lo que atañe a las señoras del Club de los Lunas. Comentaricos, chismes y cotilleos. Algo así: «¿Te imaginas lo que me ha dicho una sudamericana?, que en su país se puede comprar un bolso de cocodrilo por 2.000 francos». «Hijita, nada de cocodrilo, yacaré es un bicho que se parece bastante al otro». Y en un grupo, algo más lejos: «Yo no soporto a la polaca, me ha llamado oligarca, ¿sabes que significa?» Mujeres de la Unesco, pero al fin y al cabo, mujeres.

900 TELEFONOS

Eran las once de la mañana cuando empecé a visitar los diversos departamentos de la Organización.

La central telefónica automática, instalada por la Gestapo, está en los sótanos del edificio. 900 teléfonos hacen vibrar aque-

llas paredes de acero. Un francés de mediana edad, con su guardapolvo gris, me explicó el funcionamiento. Ponía un cuidado especial al tocar los aparatos, pensé que estaba unido a ellos por un afecto de años.

El departamento de discos, grabaciones y radio, está a cargo de un hombre joven. Con curiosidad le pregunté por los estudios que había seguido. Su respuesta fué asombrosa: «Soy licenciado en Historia»—me dijo—. De todas las maneras parecía bastante entendido.

Fué emocionante oír las cintas grabadas en el Festival Internacional de Folklore de Pamplona. Los sonos de la flauta y el tamboril de una danza espadatanzari pedían un paisaje español y no aquella habitación llena de magnetofones. Seis mil paquetes con las cintas grabadas en Pamplona fueron enviados a todo el mundo.

La imprenta de la Unesco está bien montada. A cargo de ella se encuentra el señor Wolf, que aprendió el oficio de su padre; «desde hace siglos somos impresores», me dijo con orgullo. Siempre atraen estas grandes máquinas, una de ellas provista de pinzas de goma cogía los pliegos en blanco con toda delicadeza. Me estremecí, parecía viva.

El trabajo de la imprenta es enorme, publicaciones en todo los idiomas, boletines, libros de ciencia y filosofía, en fin, todo lo relacionado con educación, ciencia y cultura. Dentro de unos años el mundo será cultísimo.

PELICULAS CULTURALES PARA TODO EL MUNDO

Enrico Fulchignoni es un italiano jefe de una de las secciones cinematográficas, me habla con todo entusiasmo de la gran filmoteca, compuesta de 600 películas, todas culturales. Todas están a la disposición de los técnicos y expertos de los diferentes países que estén interesados en la cinematografía. Su misión consiste en enviar películas a los lugares más remotos de la tierra, donde la palabra cine es desconocida. Los exploradores en todas las categorías son dotados de película virgen, película que una vez filmadas pasan a los archivos de la Unesco.

«Diga usted—me dijo—que para la explotación de las películas españolas sería interesantísimo que tuviéramos documentales españoles, tienen que ser de 16 milímetros. España tiene muchas bellezas que el mundo está ávido de conocer. Si queremos dar la batalla a la televisión, hay que impulsar el cine documental, que es en extremo comercial. Las películas de amor están pasadas de moda».

EN LA CAFETERIA DE LA UNESCO

Eran las doce y media y los despachos se despoblaban rápidamente. Donde antes sólo se oía el teclear de las máquinas de escribir, ahora, voces y risas en todos los idiomas. Era la hora de la comida.

Tuve un privilegio al comer en la cafetería de la Unesco. Cogí mi bandeja y por la pasarela seguía una chica alta y rubia y con un tipo de inglesa inconfundible. Tomates rellenos de una carne esponjosa, zamahorias, ensalada de berros y tarta era el menú del día. Total 220 francos, ya dije que fué un privilegio. Mesas largas, llenas a rebosar y yo, siempre siguiendo a las Islas Británicas, me senté en un huequito. Tenía ganas de hablar con mi compañera y después de inauditos esfuerzos (no habíamos sido presentadas), conseguí que mi temperamento español triunfara sobre la flema británica. En la ensalada de berros éramos amigas, al estilo anglosajón.

Para tomar café, tuve que pasar a un bar, donde seguimos sirviéndonos. Los camareros en la Unesco son desconocidos.

Mi compañía en el café fué mucho más heterogénea, Australia, Holanda y Puerto Rico, esta última se quejó, con razón sobrada del café o lo que fuera. Se habló de todo un poco, pero el tema del comportamiento de los turistas se discutió mucho. No tuve tiempo de pensar si la turista sería yo. Alguien preguntó la hora y en un segundo, España se quedó completamente sola, ante su taza de lo que fuera.

El director general de la Unesco es el doctor Luther H. Evans, que ha sido nombrado en el pasado mes de julio. Es tejano y posee tal cantidad de títulos que tiene que ser muy inteligente. Le vi de refilón, en el gran hall de entrada, su aspecto es simpático, y aunque no lo fuera bastaría estar de director en una organización tan complicada para disculparle.

La próxima Asamblea General se celebrará en Uruguay en noviembre de 1954. Teniendo en cuenta lo lejano de la fecha, me extrañó un poco el afán preparativo. ¿Es que en noviembre del 54 todo seguirá igual?

Cuando salí de la Unesco eran las cinco pasadas, noche cerrada en la avenida Kleber y al fondo el Arco del Triunfo contorneaba su silueta en los anuncios luminosos de las grandes avenidas que cruzan la Etoile. Debajo de su arcada la llama inextinguible en la tumba del Soldado Desconocido era una serpiente de llamas, que se enroscaba en la oscuridad.

París, noviembre 1953.

UN PROGRAMA DE TRABAJO

LOS PRESUPUESTOS PARA 1954-55

EXISTE la creencia entre las personas no especializadas en materias financieras de que el aumento de las cantidades que se consignan en los presupuestos del Estado indican cierto desorden administrativo a la vez que onerosa carga para los habitantes de la nación, los cuales—según tal opinión—no han de obtener provecho alguno del empleo de aquellas cifras. Sin embargo, uno de los signos de prosperidad de una nación puede constituirlo la elevada cifra de su presupuesto. La subida de los gastos públicos indica, muchas veces, la línea de prosperidad y elevación de nivel de vida de los habitantes de un país. Es evidente que la finalidad principal de los Gobiernos de las naciones es procurar el bien general a sus gobernados. El límite superior de este bien general no es fijo, sino que ha de ir variando en un sentido positivo, de manera que cada año o cada ejercicio económico traiga un mayor bienestar a la población. A esta consecución óptima, a este bienestar en la vida del pueblo, es a lo que tienden los presupuestos.

Los presupuestos son como el programa de trabajo que presentan los gobernantes a sus países. En el aumento de las cifras presupuestarias, sobre todo cuando estos aumentos van directamente encaminados a la creación de obras rentables, está implícito el optimista porvenir de un pueblo. Y en España, como veremos más adelante, ha habido en el nuevo presupuesto para el bienio económico 1954-55 un gran aumento en las cantidades consignadas para la creación de obras de este tipo: regadíos, obras hidráulicas, enseñanza primaria, carreteras y ferrocarriles, cultivos agrícolas, etc...

EL ESTADO, ESTIMULADOR DE LA INICIATIVA PRIVADA

Una de las razones por las que aumentan las cifras de los presupuestos es la necesidad de la intervención del Estado en la creación de nuevas fuentes de riqueza que no son o no pueden ser atendidas, como antes, por la iniciativa privada.

El progreso de la técnica ha establecido una nueva tabla de satisfacciones y necesidades primarias para los individuos. Hace años, por ejemplo, era de absoluta necesidad para una sociedad de maderas el disponer de unos obreros que, a mano, le serrasen los troncos de los árboles, convirtiéndolos en tablas y tablones. Hoy esas operaciones no pueden hacerse sin auxilio de sierras eléctricas. Antes, para arar los campos eran precisos varios pares de mulas; hoy los tractores han sustituido la potencia animal. Antes no podían ser transformadas gigantescamente tierras de secano en terrenos de regadío; hoy, gracias a las grandes obras de tipo hidráulico, se puede cuadruplicar la producción agrícola. Antes, sin ir más lejos, era espectáculo poco menos que raro el asistir a una proyección de cinematógrafo; hoy cualquier campesino de cualquier lugar sabe quién es Ingrid Bergman o Silvana Mangano y cualquier campesino conoce que la figura de Gregory Peck o de Tyrone Power ocupa un lugar en su imaginación. En resumen, las condiciones de trabajo, las especializaciones profesionales, las conquistas en materia social y las mismas diversiones no son ni remotamente parecidas a las de hace un cuarto de siglo. Merced a las conquistas de la Medicina y a las mejores condiciones de salubridad general, el potencial demográfico de la nación aumenta de modo considerable. Todo este adelanto se refleja en el crecimiento de la demanda en el mercado.

Al crecer la población y establecerse nuevas necesidades primarias, se originan elevaciones en los precios de los artículos como consecuencia del aumento de demanda. La iniciativa privada, muchas veces, se ve impotente para atender esta solicitud de servicios y de artículos de primera necesidad que reclama la nueva población consumidora.

Ha de intervenir el Estado, entonces, supliendo esta inferioridad económica y estimulando, mediante las nuevas obras emprendidas, a la iniciativa privada. Por otra parte, el Estado ha de atender los riesgos de ancianidad, enfermedad, natalidad, paro o muerte que llevan a la creación de un amplio sistema de seguros sociales de acuerdo con la esencia espiritual del hombre. Igualmente, el crecimiento de la población implica el aumento de servicios destinados a ella, en la medida que resuelva sus justas necesidades. El Estado es así el propulsor de la iniciativa privada y el realizador de unos servicios importantes encaminados a mejorar las condiciones de vida. Ha de formar, pues, su programa, un programa expresado en números: los presupuestos.

REGADIOS, PUERTOS Y CARRETERAS

El nuevo presupuesto para el bienio económico 1953-1955 alcanza la cifra de 26.020.777.835,10 pesetas, en concepto de gastos, y 26.074.200.000,00 pesetas, en concepto de ingresos, lo que supone un superávit inicial de 53.422.164,90 pesetas, señal de la buena marcha de la Administración.

En el nuevo presupuesto se han incrementado preferentemente aquellas obligaciones de los Departamentos ministeriales encaminadas a conseguir la creación de una riqueza futura en forma de construcción de nuevas obras rentables y ampliación de las ya existentes. El Ministerio de Obras Públicas es el Departamento que presenta un aumento mayor. Las obras y servicios hidráulicos muestran el porvenir que se ofrece con una nueva gran red de estas instalaciones aplicadas a la producción agrícola e industrial.

Al reformarse las carreteras y modernizarse los puertos se produce un menor costo de transporte de los artículos que se trasladan por tales vías.

Los puertos de España verán transformado su utillaje con un beneficio inmediato en las operaciones de embarque y desembarque. Merced a estas grandes partidas, el potencial económico se verá incrementado ostensiblemente al crearse y mejorarse facetas económicas en provincias enteras—como puertos y carreteras—que antes, hace veinte años, por ejemplo, estaban abandonadas.

En resumen, son 2.496.614.396,47 las pesetas que en el nuevo presupuesto corresponden al Ministerio de Obras Públicas.

CONTRA EL ANALFABETISMO

El segundo Ministerio que presenta mayor aumento de cantidad presupuestaria es el de Educación Nacional. El Gobierno español ha dedicado preferente atención a la Enseñanza Primaria. Mil ciento noventa y tres millones de pesetas irán destinados a la creación de nuevas Escuelas, al mejoramiento económico de los Maestros y a la lucha contra el analfabetismo, que gracias a los planes en marcha va disminuyendo en una proporción muy estimable. Después de la Enseñanza Primaria, el capítulo más importante es la Enseñanza Universitaria, con sus 236 millones de pesetas, por 154 del presupuesto anterior. Estas cantidades tenderán a mejorar la formación universitaria de esa nueva gran masa de estudiantes que, con un estupendo anhelo de saber, se ha formado en estos últimos años. La Enseñanza Profesional y Técnica, germen y base de todo el desarrollo industrial, tiene un aumento de 12 millones de pesetas sobre los 57 del bienio anterior. Se sigue dedicando gran atención a la creación y mejora de los Institutos Laborales, obra que elevará el nivel medio de preparación del campo español y que repercutirá en un futuro muy próximo en la elevación del índice de producción campesina a despecho de las buenas o malas condiciones climatológicas que imperen sobre nuestra Patria. En resumen, el Ministerio de Educación Nacional tie-

e un aumento de más de 369 millones de pesetas sobre el presupuesto anterior.

El camino de la cultura se allana, pues, con esas cifras. Ya no es el niño que tiene un mejor instrumento en la Escuela Primaria; son los futuros ingenieros, conforme a las nuevas disposiciones, los que podrán dedicarse, en mayor número y calidad, al mejoramiento técnico de las instalaciones industriales.

TRES DARDOS CERTEROS: SANIDAD, BENEFICENCIA Y PUEBLOS DE NUEVA CREACION

El Ministerio de la Gobernación, con sus Direcciones Generales de Sanidad y Obras Sociales y Beneficencia, ha aumentado igualmente su consignación presupuestaria. Tres mil ciento cuarenta y dos millones de pesetas eran el total de gastos del Ministerio de la Gobernación en el anterior presupuesto. En el nuevo, esta cifra se ha elevado a 3.367 millones de pesetas, lo que representa un aumento de cerca de 225 millones.

La organización benéfica actual cubre las necesidades que en este aspecto pueden darse en España. Por otra parte, no hay mejor lucha contra la pobreza que la construcción de obras de tipo estable que proporcionan trabajo actual y bienestar futuro.

El aumento en la Dirección General de Sanidad está destinado a mejorar el nivel sanitario español. Este nivel—cuya favorable curva se viene perfilando hace seis o siete años—presenta como cifra de mortalidad general 14,69 defunciones por mil habitantes en el año 1942, y 9,59 defunciones por mil habitantes en el año 1952. La disminución, como se ve, es grande. Dentro del mismo Ministerio de la Gobernación, un capítulo importante se dedica a Regiones Devastadas, con 252 millones de pesetas y un aumento de ocho millones sobre el anterior presupuesto. Aun con ser grande la obra realizada en el aspecto de reconstrucción de los pueblos destruidos, es necesario seguir edificando nuevos poblados que sustituyan a aquellos cuyas condiciones de salubridad e higiene van quedando atrasadas.

La salud pública de España, la lucha contra la pobreza y la creación de nuevos poblados para los campesinos son los tres dardos certeros lanzados por los 3.300 millones consignados en este Ministerio.

LA IMPORTANCIA DE LA AVIACION

El gran auge de la aviación civil en los últimos tiempos ha llevado a la necesidad de aumentar la cantidad presupuestaria en el Ministerio del Aire con destino a las atenciones de los aeropuertos y protección de vuelo principalmente. Dedicados a la mejora y ampliación de nuestras pistas de aterrizaje, generalmente hablando, se destinan 351 millones de pesetas, con un aumento de 21 millones sobre los presupuestos anteriores, y a la protección de vuelo, 86 millones de pesetas, con un aumento de tres millones sobre el presupuesto de 1952-53, siendo, en total, el aumento del Ministerio del Aire de 112 millones de pesetas.

La aviación, ahora, es una de las invisibles balanzas que miden el turismo, el conocimiento y la velocidad en la entrega de urgentes mercancías en las naciones.

El campo español constituye una de las grandes preocupaciones del Gobierno. La Dirección General de Agricultura, para el mejoramiento de sus servicios técnicos, que llevarán como consecuencia el crecimiento de la producción agrícola, ha consignado en el presente presupuesto 17 millones más que en el bienio anterior, lo que hace una cifra actual de 64 millones de pesetas aproximadamente. La Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial aumenta su presupuesto en seis millones de pesetas, con 92 millones como cifra actual. Un aspecto tan importante como es la Coordinación, el Crédito y la Capacitación Agraria, tiene diez millones de presupuesto, con casi justamente un millón de aumento sobre el bienio anterior. Son en total 55 los millones de aumento del Ministerio de Agricultura con respecto a las cantidades del anterior ejercicio económico.

LA ORDENACION INDUSTRIAL

Sin tener en cuenta los organismos paraestatales, el Ministerio de Industria presenta 18 millones más que en 1952-53, ya que la actual cifra es de 149 millones de pesetas como consignación presupuestaria. En definitiva, el Ministerio de la Gobernación, el de Obras Públicas, el de Educación Nacional y el del Aire hacen fuerte peso en la balanza presupuestaria. Todos los Ministerios han aumentado su consignación menos el del Ejercicio, que presenta una disminución de 133.521.808 de pesetas con respecto al bienio anterior.

SUPERACION EN LA RENTA NACIONAL

Se sigue en España el principio de estimar que son los Departamentos Ministeriales, mejor que el órgano legislativo, los que tienen un conocimiento más exacto de las necesidades que puede plantearse el Estado en orden a conseguir un mayor nivel del bien general. Actualmente el presupuesto lo forma el Ministerio de Hacienda, atendiendo a las modificaciones que señalan los distintos Departamentos. Remitido el proyecto por el Consejo de Ministros al Presidente de las Cortes, éste lo pasa a la Comisión de Presupuestos, en cuyo seno se encuentra el proyecto que venimos exponiendo y glosando, por si estimase necesaria alguna enmienda, relativa tanto a los gastos como a los ingresos. Aprobado por el Pleno de las Cortes se declara definitivo y dispuesto para su aplicación. Uno de los resultados que mejor nos indica el acierto o el desacierto en la política presupuestaria viene definido en la evolución de la Renta Nacional.

Ha de existir una proporción entre el gasto público y la Renta Nacional. Si sólo comparamos la liquidación de los presupuestos generales, tendremos simplemente un balance de cuentas de la economía del Estado, pero no podremos averiguar en qué medida se ha efectuado el beneficio o el perjuicio comunal. Toda la evolución social, los deberes que pesan hoy sobre el Estado en materia de política económica y la valoración de nuevas fuentes de riqueza han de hacerse fundamentalmente con la Renta Nacional. Pues bien, a pesar de todas las dificultades económicas, hemos conseguido rebasar la cifra de 1929 relativa a la Renta Nacional. Y mientras que en dicho año la Renta Nacional era de 25.213 millones de pesetas, y en el año de 1940 esta cifra quedaba reducida a 20.977 millones de pesetas del año 29, en el año de 1952, la cifra de Renta Nacional en pesetas, de 1.929 había ascendido a 34.038 millones de pesetas. El dato más importante que se desprende de estas cifras es la seguridad de haber alcanzado ya una envidiable estabilidad económica. Las 250.340 millones de pesetas de la renta de 1952 se transforman en 34.038 millones de pesetas, de la de 1929. Y como los 233.851 millones, que es la renta real de 1951, valen en igual patrón monetario 32.071 millones, se deduce que el incremento en pesetas nominales es del 7 por 100, y el de pesetas reales—las de 1929—el 6 por 100. Es decir, una cantidad sensiblemente igual, debido a que tanto los precios como la capacidad adquisitiva de nuestra moneda han adquirido ya una estabilidad apetecible. Es así como las nuevas cantidades presupuestarias del proyecto enviado a las Cortes pueden dar para el bienio próximo un gran aumento de la Renta Nacional, es decir, un gran aumento de la riqueza y del trabajo de los habitantes de España.

Gaspar de CALDERON

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

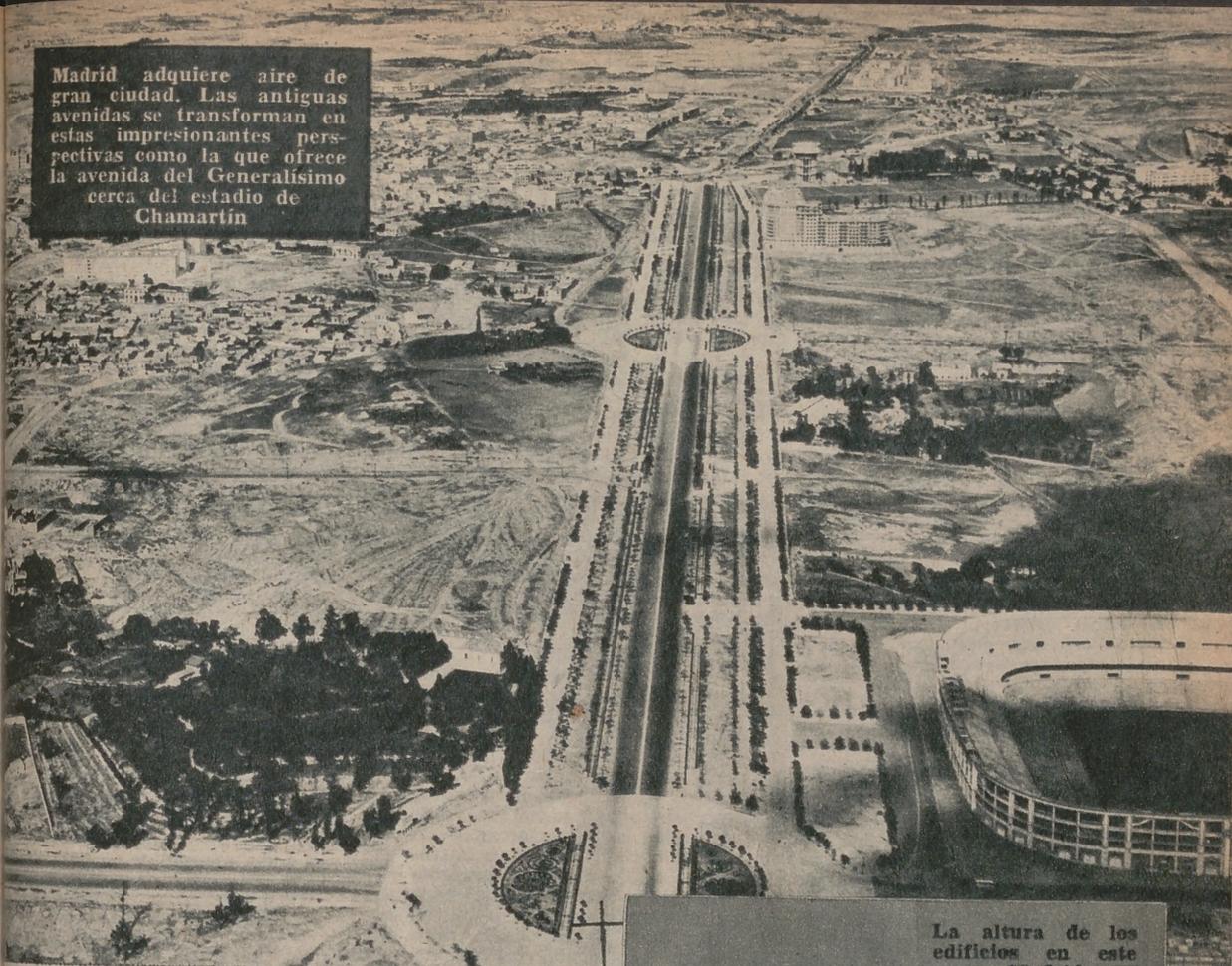
“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5 — MADRID

Madrid adquiere aire de gran ciudad. Las antiguas avenidas se transforman en estas impresionantes perspectivas como la que ofrece la avenida del Generalísimo cerca del estadio de Chamartín



HACIA EL GRAN MADRID DE CUATRO MILLONES DE HABITANTES

Ocho poblados satélites surgirán en el cinturón de la capital de España

Si se contempla Madrid desde la ventanilla de uno cualquiera de los aviones que llegan a Barajas, se observa un cambio total y distinto en la perspectiva ciudadana.

Y es que hace ya años Madrid dejó de ser la facilona y repetida estampa de provinciano saine —estampa entre don Ramón de la Cruz y Arniches—, con la Puerta del Sol como único testimonio para un pequeño turismo y la gracia organillera en sus esquinas de «La Verbena de la Paloma».

También hace años que Madrid dejó de ser un itinerario castizo para que la infanta Isabel fuese

a los toros o escenario propicio para el lucimiento de las barbas ilustres de don Ramón María del Valle Inclán.

Actualmente, Madrid es eso y algo más. De unos años a esta parte, ha cambiado su fisonomía. Ha crecido de una manera impresionante, pero con donaire y

La altura de los edificios en este nuevo Madrid, que va creciendo sin apenas darnos cuenta, está sabiamente ordenada



estilo. Su retocada Puerta del Sol es ya sólo como una condecoración: antigua prendida en la solapa de su nuevo Plan de Ordenación Urbana. Con mucho, ha sido rebasado el cauce de la calle de Alcalá y es chica, para su presente talla urbanística, su misma avenida de José Antonio.

Su primer gran estirón data del año 1940. Y sigue y seguirá creciendo. Su actual cifra de un millón setecientos mil habitantes es, en realidad, como el puro embrión de los cuatro millones que en un próximo futuro ha de albergar la capital de España.

Y esos cuatro millones de seres que concentrarán su vida en Madrid han de encontrar—magia de los arquitectos españoles—una ciudad distinta: una ciudad alegre, de amplias perspectivas, de bellos paisajes urbanos, de extensos parques y, sobre todo, una ciudad moderna que tendrá para cada uno de ellos un puesto en el hogar, en el trabajo y en el recreo.

Madrid se va ensanchando, sí, pero de una manera ordenada, precisa, con un sentido casi jerárquico de valores urbanísticos. Su sistema no es el anárquico —«mancha de aceite»—, que ahoga el paisaje de la ciudad. La estructura urbana del Madrid futuro será una equilibrada armonía entre el señorío que obliga su capitalidad y, al mismo tiempo, el carácter utilitario de otros usos, tales como los industriales.

VIVIENDAS PARA CINCUENTA Y CINCO MIL FAMILIAS

El centro de la capital de España—su clásico casco urbano—ha sido, con mucho, rebasado por la nueva vida. Centenares de jóvenes matrimonios han desbordado su contorno, en colaboración con los arquitectos, y millares de trabajadores, incorporados a las filas del creciente potencial de la industria madrileña, han hecho

estallar por todas partes las viejas dimensiones de la ciudad.

Ha sido necesario contener ese desbordamiento de la vida de Madrid. Y así hay un proyecto, parte del cual está ya en marcha forzada, que hará surgir ocho poblados satélites, con una capacidad de 320.000 habitantes en total. Tres de ellos se extenderán por el norte de la capital: Manoteras, Peñagrande y Canillas; otros tres se han abierto camino por el Este: San Blas, Vicálvaro y Palomeras, y dos han roto los límites de Madrid por el Sur: Villaverde y Carabanchel.

Estos núcleos satélites corresponden a dos tipos diferentes: los poblados residenciales y los poblados industriales. Los primeros han de ser habitados por personas que tienen que cumplir una específica profesión en el actual centro de la ciudad. Y en cuanto a los segundos, su personalidad es propia, casi independiente, y se apoyan en los alrededores de la capital para el logro de los beneficios municipales.

De estos ocho poblados satélites, ya están en etapa de realización los de: San Blas, con capacidad para 50.000 habitantes; el de Vicálvaro, para 120.000, y el de Palomeras, para 50.000.

Cuando estos núcleos urbanos inicien su vida, 55.000 familias —apretadas angustiosamente en el meollo madrileño— encontrarán un espacio moderno y cómodo para su existencia, y para ellas la Puerta del Sol o la red de San Luis serán, como para cualquier familia de las dispersas provincias, una lejana nostalgia y un puro afán turístico.

NUEVAS LINEAS DE TRANSPORTE

Es algo natural. El nacimiento de estos gigantescos grupos de edificaciones en las afueras de Madrid lleva anejo el problema de los transportes. A la par que se van alzando los nuevos bloques de viviendas se trazan y ponen en servicio las obligadas líneas de comunicación, autobuses, Metros y trolebuses. Una prodigiosa línea de circunvalación engarzará, como las cuentas de un collar urbano, todas las líneas interiores y las que arrancan de los poblados externos. Desde este anillo enorme de la ciudad, ocho líneas de penetración servirán el transporte rápido y eficaz, continuo, de los 400.000 habitantes de los nuevos poblados, en su regular acceso al que fué viejo Madrid.

Y cuando sea preciso el ferrocarril Metropolitano irá, en la justa medida, fuera ya de tierra, con vocación de luz, ahorrando así el coste del tendido de línea, que se economizará en mucho con esta medida.

Venir desde Carabanchel o desde Manoteras al Madrid evocador de la generación del 98, al Madrid enternecido en prosa de Galdós, llevará menos tiempo que darse una vuelta por la Gran Vía, apretada de un bullicio festivo casi en todo momento.

TRES ANILLOS VERDES

Pero el nuevo Madrid se engalanará con árboles. No será sólo una teoría de cemento y grandes avenidas. Se crearán las llama-

LAS HACIENDAS LOCALES

DURANTE los últimos años, la sucesión casi ininterrumpida de importantes acontecimientos internacionales puede haber desviado, en cierto modo, la atención del público de aquellos otros problemas políticos internos, cuyo planteamiento y cuya solución discurren, naturalmente, por cauces menos espectaculares. Tal es el caso, por ejemplo, de los problemas con que se enfrenta el Gobierno en la organización de la Administración local, aunque sea para todos evidente que una buena ordenación económica y política de las Instituciones provinciales y locales, de las Diputaciones y los Municipios, es el supuesto imprescindible para desarrollar una buena y eficaz política nacional. Porque no debe olvidarse que el Estado existe, se sustenta y encuentra su razón de ser y su justificación, precisamente en la tutela protectora y vigilante de las instituciones básicas de la sociedad, entre las que cuentan en lugar preminente las familias, como agrupaciones de individuos, y los Municipios, como agrupaciones de familias.

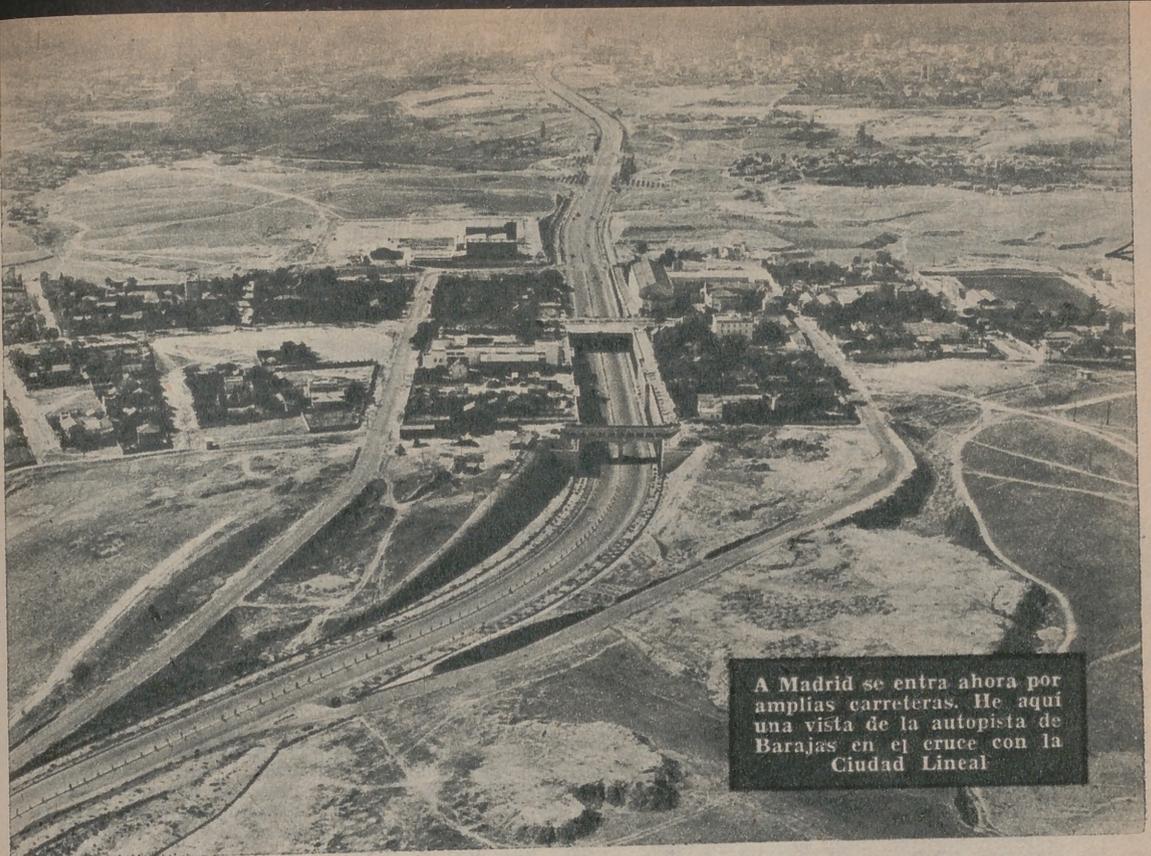
Encierra, por todo ello, el más alto interés para todos el proyecto de ley de reforma de las Haciendas locales, que el Ministro de la Gobernación ha presentado, en el último pleno, al re-
tiro de las Cortes.

Desde la publicación de la ley de Bases de Régimen Local de 1945, han transcurrido ocho años, cuyas alternativas económicas han repercutido especial e inevitablemente, en la econo-

mía de los Ayuntamientos y las Diputaciones, produciendo un desnivel que viene a corregir el actual proyecto de ley.

A la hora de acometer cualquier reforma en la Administración local, es preciso establecer primero, con visión política real, los límites de la autonomía que deban gozar las instituciones locales en relación con la necesaria intervención o control superior del Estado. El Ministro de la Gobernación ha definido, con acierto indiscutible, el cambio trascendente que el concepto de autonomía laboral ha sufrido en todos los Estados modernos, en todas las legislaciones contemporáneas. «El tema de la autonomía, en las Haciendas locales, ha servido de campo apropiado para la gran lucha entre la democracia y la eficacia. Y la «eficacia» va venciendo. Hasta la propia denominación de «Gobierno local» implica más que una competencia soberana, una restricción de poder.»

La reforma de las Haciendas locales arranca, pues, de un criterio de lógica coordinación entre la autonomía de la organización local y su necesario sometimiento a las leyes generales y permanentes para mantener el equilibrio de la vida política nacional. Así, mantiene la autonomía local en materia de haciendas, pero la armoniza con los altos intereses económicos del Estado. Y para salvaguardar estos y evitar la superposición de fuentes impositivas y las interferencias en el sistema tributario general, el Estado autoriza determinados recargos sobre sus propios impuestos en favor de las Hacien-



A Madrid se entra ahora por amplias carreteras. He aquí una vista de la autopista de Barajas en el cruce con la Ciudad Lineal

das zonas verdes, descanso de la vista y regocijo de espíritu. Se punteará con la ingenua gracia de los parques infantiles. Y una serie de deliciosos anillos verdes cumplirán la justa coquetería de la ciudad por su encanto, y así-

mismo serán los pulmones de un mundo de cemento.

LA CIUDAD COMO OBRA DE ARTE

El urbanismo no es sólo técnica. Es arte. Y por ello el Plan

General de Urbanización se resume en tres corrientes: la ciudad como obra de arte, perspectiva estética que conmueve a sus habitantes y llena de admiración al viajero; las edificaciones de altura, armonía del conjunto y paisaje, y el estilo urbanístico, que combinan la modernidad y el gusto.

La altura de las edificaciones ha sido minuciosamente prevista en la traza del nuevo Plan. Todo según un canon de hermosura y orden. A un lado, la vieja arquitectura del antiguo Madrid, con su melancólica belleza; por el otro lado, la estética de los nuevos tiempos, con su impresionante perfil de masas arquitectónicas y sus amplias zonas de exuberante verde.

Testimo-

das locales; quedarán transformados en arbitrios y podrán cobrarse con independencia del Estado los antiguos recargos sobre rústica y urbana, contribuyéndose así a la separación de las Haciendas locales y estatal; la ayuda financiera a los Municipios inferiores a 20.000 habitantes, para que puedan cumplir sus obligaciones mínimas, se encomienda a las Diputaciones, etc....

Toda la reforma, en suma, tiende a acomodar los recursos tributarios de las instituciones locales a las coyunturas de cada momento y a las modalidades de cada Municipio, dando la mayor flexibilidad posible a todo el sistema y permitiendo la adecuación progresiva de la ayuda financiera del Estado a las necesidades de los Municipios.

Naturalmente, esta reforma supone la elevación de algunos tipos tributarios y la habilitación de nuevos recursos en favor de las Diputaciones. Pero en ambos puntos se mantiene el criterio de prudencia que informa todo el nuevo sistema. Sin contar, además, que por su particular destino estas exacciones tributarias revierten del modo más inmediato y directo en beneficio del propio contribuyente. Definia Bismarck el arte del gobierno como busca de la diagonal entre dos fuerzas. La ley de Reforma de las Haciendas locales traza una exacta diagonal entre los intereses y las necesidades económicas de la Administración local y los intereses y las necesidades de la Administración central. Y abre así el camino más corto para la elevación del nivel de vida ciudadano en todos los pueblos y en todas las provincias de España.

EL ESPAÑOL



Los más modernos estilos arquitectónicos van apareciendo en las calles de la capital

nio de nuestra edad, el próximo Madrid encarnará la inquietud de otras generaciones nacidas bajo el signo de un mundo fabuloso y millonario, de grandes industrias y de grandes realizaciones.

Antonio COVALEDA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

“EL ESPIRITU DE SAN LUIS”

Por Charles A. LINDBERGH

The
Spirit of
St. Louis

Charles A. Lindbergh

EL CORREO DE SAN LUIS A CHICAGO

En septiembre de 1926 era yo jefe de los pilotos de la Robertson Aircraft Corporation, que llevaba el correo de San Luis a Chicago. Se sostenía esta modesta empresa con los ingresos proporcionados por las escasas libras de correspondencia que transportaba. Pero la gente no se había acostumbrado aún al nuevo servicio y con frecuencia las sacas mismas pesaban más que las cartas que iban dentro. Empleábamos aparatos «De Havilland», biplanos, monomotores, material sobrante del Ejército, que habían sido habilitados para el correo. Acababan de instalarnos las luces de navegación. Hasta entonces sólo habíamos llevado bengalas para caso de apuro y una linterna de bolsillo. Desde luego, la compañía no tenía dinero para comprar todo el equipo conveniente para vuelos nocturnos, ni mucho menos para iluminar debidamente los campos de aterrizaje. Tomábamos tierra con ayuda de alguna bengala.

Mientras volaba camino de Chicago, tenía conciencia de las limitaciones de mi biplano. Estas me sujetaban firmemente a la tierra, al aeródromo de Chicago, al que me iba aproximando. Un avión del tipo «Bellanca», que había dado tan buenos resultados en los vuelos de prueba, podía volar por lo menos 15 millas por hora más de prisa que yo, quemando la mitad de la gasolina que mi aparato y con doble cantidad de correo o mercancía de pago. ¡Qué futuro tiene la aviación cuando se construyan estos aviones, pero qué poca gente se da cuenta de ello! Los hombres de negocios piensan de la aviación que es algo acrobático y que el costo de la hora de vuelo resulta muy elevado. Si se diesen cuenta de la realidad, no sería difícil financiar una línea aérea entre San Luis y Nueva York, incluso pagando el precio de tres «Bellancas». Entonces los pilotos comerciales no tendrían que volar con viejos aviones de guerra ni tendrían que aterrizar de noche con bengalas en vez de luces fijas.

Si yo tuviese un «Bellanca», demostraría a los hombres de negocios de San Luis todo lo que se podía hacer. Los llevaría a Nueva York en ocho horas. Batiría la plusmarca de distancia y duración de vuelo, podría incluso..., si, volar sin escalas de Nueva York a París.

¿Por qué no he de volar yo de Nueva York a París? Tengo casi veinticinco años. Hace más de cuatro que soy aviador y estoy a punto de termi-

Resulta totalmente ocioso en este caso presentar al autor del libro que resumimos para EL ESPAÑOL. Charles A. Lindbergh ha sido un héroe legendario de la infancia y la juventud de nuestra generación. En cambio si valdría la pena explicar por qué nos ha hecho esperar veintiséis años para publicar su relato de la maravillosa aventura. Pero el libro no nos da la clave de esta dilación. Se limita a contar con encantadora sencillez todo el planeamiento y la ejecución de su vuelo trasatlántico que había de llevarle—por primera vez—de Nueva York a París sin escalas.

En cambio este libro gana con el tiempo un valor singular. Nos hemos acostumbrado de tal forma a las facilidades y a la seguridad de los grandes vuelos comerciales, que apenas nos damos cuenta de que hace pocos años se estaba empezando. Nos permite, pues, este libro valorar en su justa medida los progresos de la aviación y los esfuerzos de sus artifices, su valor, tesón y generosidad.

«The Spirit of St. Louis», por Charles A. Lindbergh.—Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1953. 562 págs. Precio, 5 dólares.

nar dos mil horas en el aire. He capeado temporales por encima de los cuarenta y ocho Estados y he llevado correo en las peores noches imaginables. Mientras era cadete aprendí los elementos básicos de la navegación. Soy capitán del Escuadrón de Observación número 110 de la Guardia Nacional de Missouri. ¿Por qué no puedo yo hacer ese vuelo?

Para realizar este vuelo tuve primero que convencer a mis amigos de San Luis. En un principio todos opinaban que sólo debía intentarse con trimotores, que parecían ofrecer mayor seguridad. Sólo yo consideraba más seguro el monomotor y más sencilla la realización si iba solo y todo el ahorro de peso lo desti-

naba a llevar más gasolina.

Nunca agradeceré bastante a mis amigos de San Luis su entusiasmo, lealtad y comprensión. Desde el primer momento en que me ofrecieron su ayuda se encargaron de todos los detalles de la organización financiera y no intervinieron para nada en las cuestiones técnicas, que corrieron a mi cargo exclusivamente.

Esto me dió una gran ventaja sobre los otros grupos que intentaban lo mismo que yo con diversos aparatos y con medios financieros mucho más abundantes.

Cuando, por fin, conseguí disponer del dinero suficiente para comprar el «Bellanca» de mis sueños, la empresa propietaria, en Nueva York, me puso como condición que, para un vuelo así, ellos tendrían que intervenir en la selección de la tripulación, pues les iba en ello su prestigio comercial. Me enfadé y les dije que en ese caso nosotros abonábamos quince mil dólares única y exclusivamente por tener derecho a bautizar el avión con el nombre de «Espíritu de San Luis», en recuerdo de la ciudad cuyos hombres patrocinaban la empresa.

No me quedó más remedio que dirigirme a una fábrica nueva y pequeña de San Diego para que construyesen el aparato.

Tampoco agradeceré bastante a esta empresa, Ryan, los esfuerzos realizados y el desinterés, pues prácticamente no ganaron nada más que una fama muy justa y merecida.

En los dos meses que duró la construcción del aparato permanecí al lado del ingeniero, discutiendo con él todos los detalles. Así logramos constituir un verdadero equipo, desde el piloto que había de llevar el avión hasta el último de los obreros que con todo entusiasmo trabajaron cuantas horas extraordinarias fueron precisas.

Realizadas las primeras pruebas con éxito, conduje el avión en vuelo desde San Diego hasta San Luis, batiendo así ya el récord de distancia. De allí volví a saltar a Nueva York, en espera de que los partes meteorológicos fuesen favorables para dar el salto definitivo hasta París.

Tanto en Francia como en América se preparaban a toda prisa vuelos similares, entre otras cosas con la ilusión de obtener el premio de 25.000 dólares ofrecido al primer avión que hiciera la travesía, y que podía compensar los gastos de la empresa.

Dos pilotos franceses acababan de perderse con su aparato en el intento. En un vuelo de pruebas, otro de los aviones, americano, se había estrellado y dos tripulantes resultaron muertos. El aparato «Bellanca» que, por fin, no había yo podido comprar, iba a intentar también la travesía, pero estaba entorpecido por pleitos en los Tribunales, ante los que había de dilucidarse quién había de formar parte de la tripulación.

NUEVA YORK-PARIS

Cuando el «Espíritu de San Luis» se encontraba en posición de despegue al extremo de la pista del aeródromo Roosevelt, de Nueva York, el viento cambió de dirección y empezó a soplar por la cola. Su velocidad era de cinco millas por hora. Si hubiese sido más fuerte, me habría obligado a trasladarme al otro extremo de la pista. Pero no era más que una ligera brisa que apenas movía un pañuelo cogido por la punta. Su velocidad no era superior a la marcha del hombre. Si cambiaba de postura el avión, podía volver a cambiar el viento de un momento a otro. Además, el despegar de Oeste a Este con viento de cola podía ser peligroso, pero, al fin y al cabo, sólo tenía delante unos postes telegráficos, y en cambio, en dirección contraria, despegaría de frente a los hangares y otros edificios. No habría la menor perspectiva de salir con vida si algo salía mal. Un fallo en un cilindro y... «Chocó contra una casa, se incendió. Ya me parecía oír a los pilotos hacer este comentario. Sería el fin de otro intento de vuelo trasatlántico.

Y, además, no tenía tiempo que perder y no quería mover el avión, tan pequeño, tan delicado, tan pesado, con dos toneladas y media sobre sus pequeños neumáticos, una vez lleno hasta los topes de gasolina. Podía romperse al remolcarlo.

Al poner el motor en marcha, el «Espíritu de San Luis» no tiene en su vibración la sensación de poder de antes. Me doy perfecta cuenta del gran peso que pega los neumáticos al suelo, de la fragilidad de las alas, del excesivo tamaño de los depósitos de gasolina. Esta mañana, en mi avión, hay más tierra y menos cielo que nunca. El avión está listo, el motor está listo, los aparatos en perfectas condiciones. La pista, larga y estrecha, se extiende ante mí. Más allá de los cables telegráficos está el Océano Atlántico, y detrás, muy allá, el oro viejo de Europa y de París. Es el momento con el que he soñado día y noche durante los meses últimos. La decisión es mía. La responsabilidad, también. Los mecánicos, los ingenieros, los policías con sus uniformes azules, que se encuentran a unos pasos, todos han cumplido. Ahora me toca a mí.

Todos los ojos se fijan en mí. Han visto estrellarse otros aviones anteriormente. Saben lo que puede significar cualquier equivocación. Si desisto, nadie me hará un reproche ni la menor crítica. Me recibirán con alegría, devuelto a la tierra y a la vida, porque en estos momentos nos separan algo más que unas pocas yardas. Nos separa, quizá, la diferencia entre el futuro y el pasado que habrá de decidirse dentro de unos momentos. Si desisto, todos reirán y bromearán conmigo, haremos nuevos planes y nos tumbaremos entre la hierba junto a una comida caliente. Si no lo hago, nos separaremos quizá para siempre.

Me doy perfecta cuenta del grave problema de mi despegue. Si «El Espíritu de San Luis» acelera su marcha con demasiada lentitud, si las ruedas se pegan demasiado al suelo, si los mandos continúan sueltos, muertos, puedo cerrar el paso de la gasolina y parar. Puedo parar si no espero demasiado. Si espero demasiado—la cosa se decide en unos segundos—, otro avión trasatlántico se habrá estrellado e incendiado al final de la misma pista de despegue. Unas yardas más allá dos hombres de la tripulación de Fonck perecieron hace poco, envueltos en llamas, al intentar lo mismo que yo.

Me abrocho el cinturón de seguridad, me calo

las gafas y hago una seña. Mis amigos entran en acción. QUITAN los calzos, las ruedas están libres. Me inclino hacia la izquierda para mirar por la ventanilla y abro todo el gas. La respuesta a mis anteriores preguntas la tendré dentro de unos segundos. El entrar en acción me proporciona una sensación de alivio.

Pero, aparte del ruido y de la trepidación, el acelerador tiene muy poca influencia. El avión se arrastra pesadamente hacia adelante. Varios hombres empujan en las alas para ayudarme a arrancar. ¿Lograré alcanzar velocidad suficiente para remontar el vuelo? ¿Por qué se me habrá ocurrido meter tanto peso? Me parece que he confiado demasiado en los cálculos hechos sobre un papel. ¿Qué relación puede haber entre dos líneas que se cruzan en una gráfica, en un despacho de San Diego, y la capacidad de este aeroplano para volar ahora?

«El Espíritu de San Luis» más parece un camión bien cargado que un aeroplano. Los neumáticos se hunden como si fuesen las ruedas de un camión. Incluso las ráfagas de viento me empujan hacia abajo. Parece imposible despegar. Pero seguiré otros cien pies más antes de renunciar. Ahora que he empezado, debo intentarlo todo. Además..., a lo mejor...

Gradualmente va aumentando la velocidad. Dios quiera que la pista no resulte corta. Ya he recorrido un centenar de yardas. El último mecánico suelta las alas. ¿Cuánto tiempo podrá soportar el tren de aterrizaje este esfuerzo? ¿Está soportando cinco mil libras! Tengo que llevar derecho el avión. Si me salgo de la pista y una rueda toca en el barro, lo más fácil es que dé la vuelta. Tengo que avanzar derecho. Ligeros movimientos del timón mantienen el morro en la dirección conveniente. Eso es buena señal, pero ya han pasado más de mil pies de pista. ¿Tendré todavía tiempo y espacio?

La velocidad se hace mayor, la cola se levanta del suelo. Poco a poco noto cómo el peso va pasando de las ruedas a las alas. Pero la pista va desapareciendo con rapidez, estoy a punto de alcanzar la mitad y no he logrado ni mucho menos velocidad de despegue. El motor marcha mejor, la hélice se agarra más, lo noto por el ruido. ¿Cuántas revoluciones por minuto? Pero no puedo mirar a los instrumentos, no puedo quitar la vista del extremo de la pista para no salirme de ella. Si desvío el timón un milímetro, me estrello.

Ya ha pasado la mitad de la pista. Sólo tengo unos segundos para decidirme. ¿Cierro el paso de la gasolina o le dejo abierto? Si me equivoco en esta decisión, probablemente arderé vivo. Tiro con firmeza para atrás de la palanca y, por un momento, las ruedas se levantan del suelo. ¡Despegaré!

Las ruedas vuelven a apoyarse. Vuelvo a colocar en su sitio la palanca. Ya casi he alcanzado la velocidad necesaria y aún me quedan dos mil pies de pista. Todavía salpican las ruedas en dos charcos. Todo el avión tiembla, los mandos vibran. Ya podría subir, pero aún hago que las ruedas toquen suavemente el suelo, como si fuese un gesto de humildad. Más vale tener pleno dominio de los mandos, y eso requiere velocidad.

«El Espíritu de San Luis» se levanta con perfecta velocidad de vuelo. Todavía me separan unos mil pies de los postes telegráficos. No hay más remedio que pasarlos. Ya si que no se puede dar marcha atrás. Voy subiendo lentamente, ganando velocidad a cada segundo. Si el motor mantiene este esfuerzo durante un minuto..., cinco pies..., veinte..., cuarenta... Los hilos pasan por debajo de mí. Me han sobrado veinte pies.

PARIS

Cuando llevaba más de veintiséis horas de vuelo, vi a unos pescadores y pasé sobre ellos en vuelo rasante. Tuve la ingenuidad de asomarme a la ventanilla y preguntarle por dónde se iba a Irlanda. Pero no pude observar si hacían algún gesto de respuesta, porque perdí los mandos y estuve a punto de caer al agua.

Después he cruzado Inglaterra y el Canal, he entrado en Francia con las últimas luces del día y me aproximo a París.

Al empezar la hora treinta y cuatro de vuelo, son las nueve y veinticinco horas de París. Le Bourget no figura en mi mapa. Todas las personas a quienes he preguntado sólo me han podido dar una vaga idea de que se encuentra al noroeste de la ciudad, en las afueras. He marcado un círculo

con su situación aproximada. Me dicen que tengo que encontrarle, porque es un aeródromo muy grande. Después de dar unas vueltas, diviso una franja oscura, a mi izquierda, que puede ser un aeropuerto. A su alrededor hay multitud de luces. ¿Cómo puede estar situado en medio de una zona tan poblada? Las luces no se alinean regularmente y en algunos sitios se encuentran extrañamente amontonadas. Me parece, además, que las luces de lo que pudiera ser la pista de aterrizaje son demasiado débiles. Estaré equivocado. ¿No son aquellas sombras unos hangares? ¿O serán las naves de alguna fábrica?

Me decido por fin a bajar, pero no veo nada que me indique que me están esperando. En realidad, he corrido tanto que no deben esperarme hasta muchas horas después.

Antes de tomar tierra paso en vuelo rasante sobre la pista mal iluminada. Quiero advertir mi presencia y dar a conocer mi deseo de tomar tierra para que quiten los posibles obstáculos que pueda haber en la pista.

Doy unas cuantas vueltas más y me convengo de que es un aeródromo y que tiene que ser forzosamente Le Bourget. Hasta entonces nunca había aterrizado con «El Espíritu de San Luis» de noche. Me siento agarrado y con poca sensibilidad para el vuelo. Tendré que tomar tierra confiando más en los aparatos de control que en mis propios sentidos. Paso por encima de los hangares hacia la zona iluminada. Pero todavía estoy demasiado alto y tengo que volver a acelerar. Hago una segunda pasada. La cola está demasiado alta. La bajo. Las ruedas tocan un momento el suelo. Pero ya he pasado las luces y ante mí no veo más que la noche. ¿Vuelvo a remontarme? No. El suelo está perfectamente liso. Tomo contacto. Llevo la palanca hacia adelante. Estoy en tierra. La cola también se apoya. No ha sido un mal aterrizaje. Todavía corro a bastante velocidad por el campo. Si freno, puede reventar un neumático. Por fin, hago girar el aparato. El «Espíritu de San Luis» se detiene. Estoy en el centro de Le Bourget.

Trato de llevar el avión hacia las luces, hacia los hangares, pero hacia mí se dirige a toda carrera una inmensa muchedumbre.

Me resultó mucho más difícil pisar tierra francesa de lo que había imaginado. Cuando trato de saltar de la cabina, me levantan en vilo y me cogen en hombros. Al mismo tiempo, oigo con alarma crujidos en la estructura de mi aparato. La gente está arrancando pedazos para conservarlos como recuerdo. Trato de impedirlo, pero todos mis esfuerzos son inútiles. No hablo el francés y a mi alrededor sólo se oye esa lengua. Se acercan, por fin, hacia mí unos periodistas americanos. Uno de ellos me arrebató el casco y se queda con él. El gentío me arrastra, pero sólo durante un breve espacio. El periodista se ha puesto mi casco, la gente le confunde conmigo y se le llevan a él. Yo consigo zafarme de los que me tienen en vilo y —¡por fin!— toco tierra francesa. Sigo marchando con la multitud, que no me hace caso. Por último, me encuentran dos pilotos franceses, que logran esconderme en un hangar, con las luces apagadas. Trato de conseguir de ellos que salven mi aparato de las manos de los entusiastas. Se rien y me dicen que no me preocupe. Por fin, llega el embajador de los Estados Unidos. Insisto en ver el avión y encuentro gran resistencia por parte de todos para conseguirlo. Luego me enteré que el Gobierno francés quería repararle antes de que yo le viese. Las averías eran superficiales y carecían en absoluto de importancia.

Después de ver mi aparato, quise reunirme de nuevo con mi embajador, Herrick, que me había ofrecido hospitalidad en su propio domicilio. Pero, con el jaleo que había, resultó imposible encontrarle. Los pilotos franceses me llevaron directamente a la Embajada, por un estrecho caminito, evitando así el embotellamiento de autos que yo, desde el aire, había tomado hacia poco por una extraña aglomeración urbana excesivamente próxima al aeropuerto.

Llegamos a la Embajada mucho antes que el embajador, que me estuvo buscando por Le Bourget. Le estaba esperando, después de cenar, en su casa de la avenida de Jena, número 2. Mientras tanto, se reunieron a la puerta numerosos periodistas. A propuesta del embajador, les recibí para hablarles de mi vuelo. Los relojes de París marcaban las cuatro y cuarto de la madrugada cuando me fui a la cama. Como tampoco había podido pegar un ojo la noche anterior a mi salida, llevaba exactamente sesenta y tres horas sin dormir.



Un momento de la entrevista de nuestros redactores con Gracia Escudero

LA primera y última impresión que produce don José María García Escudero es la de un estudioso reflexivo y sobrio con un algo de timidez y un mucho de valentía. No convida nada a ser tratado ligeramente. Todo él es gravedad, ecuanimidad y equilibrio. Para él la intelectualidad no es un castillo cerrado donde se puede vivir feliz recreándose en las propias ideas de un modo egoísta y soberbio. Más bien su actitud de pensador es todo lo contrario; audacia y riesgo, enfoque crítico y cauta observación. Por eso, García Escudero, del estudio histórico y del problema sociológico salta consciente y sinceramente en posición casi reformista. Pero nunca brota en él la contemplación de los problemas estéticos o religiosos con orgullo, sino más bien con humildad.

Esta postura es la que ha hecho de García Escudero, de su trinchera intelectual, un valor sólido y un prestigio firme. Porque nunca se ha considerado satisfecho ni con las soluciones propias y un afán inquebrantable de lealtad y justicia ha presidido todas sus elaboraciones. Hasta la presencia física de García Escudero es la de un hombre sereno, muy dueño de sí, profundamente fraternal y hábilmente dialéctico. Es un tipo de intelectual—repetimos—preocupado con la realidad española con voluntad constructiva y perseverante. Su fachada de García Escudero ya es definitiva: humanidad tranquila, ademanos justos, mirar un tanto modesto. Da la impresión de uno de esos dominicos con la cabeza bien construida y el anhelo de apostolado severamente recatado.

Nos hemos entrevistado con

Dos escenas de la vida familiar de Gracia Escudero



GARCIA ESCUDERO VOCACION ANCLADA EN LA HISTORIA Y HOMBRE DE PROYECCION POLITICA

Gracia Escudero en su casa: un piso burgués donde los libros están un poco al alcance de los niños.

A GARCIA ESCUDERO LE PREOCUPA EL TEMA DEL CINE

CASTILLO.—¿Prefiere el cine o el teatro?

GARCIA ESCUDERO.—Desde luego, el cine. Está más dentro de nuestro tiempo. El teatro que vemos, por lo general, es algo pasado. Se explica que los jóvenes vayan cada vez menos al teatro. El cine es, sin duda, el espectáculo del momento. Personalmente he de decir que siempre que he ido últimamente al teatro he salido decepcionado.

SORIA.—¿Nos quiere decir qué películas españolas marcan a su juicio una pauta digna de seguirse?

GARCIA ESCUDERO.—Le diré concretamente que «Surcos» y, sobre todo, «Bien venido mister Marshall». No es que sean perfectas, pero marcan una orientación loable.

JALON.—Usted se ha preocupado mucho por un cine católico. ¿Cree que el cine del binomio Rafael Gil-Vicente Escrivá es un modelo en este aspecto?

GARCIA ESCUDERO.—No me gusta nunca personalizar, pero lo que se suele llamar cine católico es muchas veces cine de caramelo. A un católico no tiene ni que asustarle nunca el planteamiento de cualquier problema. No hay que tener miedo a los conflictos, sean los que sean; lo que hay que hacer es ser veraces. No es necesario para que un cine sea católico que sea un cine piadoso. Prefiero personalmente las películas llenas por dentro de esencia católica, aunque externamente el propósito de ejemplaridad no sea muy evidente. Un cine que obligue a pensar y eduque, un cine formativo, pero sin pretensiones de tesis dadas.

SORIA.—Díganos una película extranjera que se acomode a este criterio.

GARCIA ESCUDERO.—«Solo ante el peligro» a mí me parece

una bella y perfecta lección moral.

CASTILLO.—¿Cuál es su criterio sobre la censura?

GARCIA ESCUDERO.—La censura es necesaria, pero tiene que ser una censura inteligente, sin demasiado miedo a pasarse de la raya. No creo que la censura haya suprimido ninguna obra maestra; pero una censura torpe puede estorbar o retrasar lo que de veras importa: el logro de un cine con problemas reales y que, siendo bueno, sea técnica y estéticamente bello.

EL CATOLICISMO ESPAÑOL NECESITA UN RITMO MAS CREADOR EN LO SOCIAL Y MAS JUEGO INTELECTUAL

JALON.—¿Cree que el catolicismo es más intenso en los países que sufren persecución?

GARCIA ESCUDERO.—La persecución siempre depura.

CASTILLO.—¿Cree que el catolicismo español está bajo de forma?

GARCIA ESCUDERO.—La Iglesia española tiene indudablemente uno de los momentos de más perspectiva y posibilidades. Pero con una condición: que los católicos nos demos cuenta de que hemos de lanzarnos a todas las conquistas que son deber de apostolado, pero con amplitud de miras y programas.

SORIA.—¿Cree que las monjas llegarán en España a montar en bicicleta?

GARCIA ESCUDERO.—Tardarán algo, pero llegarán a hacerlo.

JALON.—¿Qué propósito y qué repercusión atribuye a su libro?

GARCIA ESCUDERO.—Como intento general, demostrar la posibilidad de una convivencia entre los grupos y las posturas del panorama cultural actual. Es un problema constante y permanente entre nosotros siempre que la vida política ha entrado en una fase de incorporación y progreso. Calculo que el influjo de mi libro, si tiene alguno, será muy indirecto. En España, país de po-

cos lectores para esta clase de libros, se da un influjo mayor siempre por medio de los periódicos.

SORIA.—¿Le ocupa mucho tiempo su sección «Tiempo», de «Arriba».

GARCIA ESCUDERO.—Se lleva lo suyo, pero si estoy contento de ella es porque me mantiene en vigilancia de lectura y en diálogo con una producción literaria muy diversa. Es muy interesante esta manera de perder el tiempo. Es una distracción que tiene compensaciones.

JALON.—¿Cuáles?

GARCIA ESCUDERO.—Cartas que se reciben, no siempre gratas, y un poco la satisfacción de notar que la siembra, aunque lenta, es eficaz.

CASTILLO.—¿Qué tema es de lo que más le obsesionan y en el que más se ha sentido obligado a insistir?

GARCIA ESCUDERO.—En el tema de la novela, la novela católica y la novela de la guerra, que nos faltan casi por completo.

SORIA.—¿Qué opinión le merece en conjunto la generación actual, la posterior al Movimiento?



Soria apoya su pregunta en el juego quieto del dedo a través de la m...

GARCIA ESCUDERO.—Me parece como resentida por haber llegado tarde, y quizá tenga en parte razón y tengamos nosotros parte de culpa. Pero no es justo tampoco que se recree en su desplazamiento, porque, además, son muchos los campos que aun quedan por descubrir. Sobre todo deben aspirar a imponerse por su obra.

EL MUNDO EUROPEO NECESITA, QUIZA, UN BUEN SUSTO PARA ESTRUCTURAR SU UNION

JALON.—¿Cree posible la unión europea sin lucha?

GARCIA ESCUDERO.—No; si la fuerza no opera desde dentro para provocar la unión, deberá actuar desde fuera. En forma, naturalmente, de peligro o agresión común. La coordinación es

posible, pero quizá no con los hombres que actualmente gobiernan a Europa.

SORIA.—¿Cómo ve la evolución futura del Estado en relación con la sociedad?

GARCIA ESCUDERO.—El Estado no perderá su primacía ni aminorará su intervención. Lo necesario es que la sociedad, en cualquiera que sea su forma futura, asuma cada vez más funciones políticas. Se marcha en todo el mundo hacia un colectivismo suave, a un socialismo, en el sentido de primacía del interés social, moderado, pero total. Los partidos políticos dan la sensación de estar muertos. Su sucesión pertenece a las fuerzas sociales agrupadas en entidad de acción política más directa, más eficaces y más sinceramente representativas.

JALON.—¿Son los Sindicatos una de estas entidades?

GARCIA ESCUDERO.—Claro; y de hecho o el Estado acepta su colaboración o tiene que esclavizarlos como en Rusia.

CASTILLO.—¿Qué es lo que más alegría le produce en el marco de sus tareas cotidianas, lo literario, lo jurídico...?

GARCIA ESCUDERO.—No siga: lo casero y familiar.

Y es una verdad y un hecho comprobado. García Escudero es hombre de butacón y mampara, hombre de zapatillas que goza más que nada leyendo y meditando. Su labor es de pensamiento. Porque su corazón está con todos los que de buena voluntad se afanan por las cuestiones de España, que ha sido su tema clave.

"LA VIDA DE MI MARIDO SE PUEDE RESUMIR EN DOS PALABRAS: FAMILIA Y TRABAJO", DICE MARITA MARTINEZ VAN DE CAPELLE

ME piden mi impresión sobre mi marido. Lo hago con mucho gusto y procuraré que sea lo más objetiva posible.

Se puede resumir su vida en dos palabras: familia y trabajo. Esto no quiere decir que no tenga excelentes amigos, pero apenas le queda tiempo más que para lo que he dicho. Le gusta mucho trabajar en casa, pero nunca en su despacho. Lo hace al lado de nuestras hijas y mío, aunque ellas estén jugando. Tiene una resistencia extraordinaria para el trabajo y un método muy particular para estudiar. En las dos oposiciones que ha hecho, de jurídico del Aire y letrado de las Cortes, utilizaba para estudiar unos curiosísimos cuadros hechos por él, aparentemente desordenados, llenos de círculos y rayas en colores, y adiciones de papel pegadas y dobladas en forma de acordeón. Como aún sigue estudiando, es muy fácil encontrarle por la calle sin que se dé cuenta de quien pasa por su lado, porque va repasando cuadros de los que es seguro lleva en el bolsillo.

Viendo su librería se comprenden claramente sus actividades. Tiene una parte con libros de Derecho, otra posterior de libros políticsohistóricos, y la más reciente de novelas y temas religiosos, todo esto salpicado de otras materias, como el cine, y una buena colección de novelas policíacas, que lee de vez en cuando para descansar, pero que tampoco se han librado de ser subrayadas en rojo y azul ni de tener abundantes notas marginales.

Cuando tiene algún trabajo se lleva todos los libros que necesita a la habitación en que estamos todos y nos deja mesas y sillas con pilas de libros y papeles, pero es difícil que no sepa dónde está lo que necesita. Aunque trabaje con todos nosotros se concentra tanto que, por ejemplo, cuando llega la hora de comer tenemos que ir a avisárselo uno tras uno todos los de la casa para que se entere. Para escribir sus artículos empieza por hacer cuatro notas aparentemente tan desordenadas como las de sus cuadros; luego lo escribe a mano y, por último, lo pasa a máquina, cambiándolo casi por completo, y compeñezco al linotipista que tenga que descifrar sus correcciones. Creo que el peor defecto de sus escritos es la falta de tiempo que tiene para cuidar el estilo, y su mejor cualidad es la honradez. Cuando tiene que enjuiciar algo prescindiendo de simpatías o amistades y de la categoría social o literaria que tenga el enjuiciado. Naturalmente, no son infalibles sus juicios, pero tienen el valor de estar siempre guiados por el dictado de su conciencia, prescindiendo de toda influencia. Esto no sólo en sus escritos, sino en todos sus actos.

Siempre le digo que su verdadero vicio son los libros, y le añado en broma que no sé si, en caso de incendio, salvaría antes a los libros o a las niñas. Cuando lee lo hace tan de prisa que, si le regalamos un solo libro, me da la impresión de

haber convidado a comer a alguien y darle sólo los entremeses, esto sin contar lo difícil que es poderle regalar un libro, que, dentro de sus gustos y aficiones, no conozca. Está suscrito a muchas revistas, principalmente francesas. Una de las cosas que más le entretiene es ir a las librerías de viejo, y tiene un olfato especial para descubrir dónde están en cualquier ciudad desconocida que visita.

También le gusta mucho el cine. Salvo cuando se trata de películas excepcionales, prefiere las del Oeste, policíacas, de dibujos. Charlot y las viejas películas cómicas. Le gusta mucho andar y salir al campo con nosotros. En casa es completamente diferente de lo que se muestra fuera de ella. Nos toma el pelo a todos y se pelea con las niñas por leer los periódicos infantiles. Estas escuchan embobadas todo lo que les cuenta, y una muestra de lo que le quieren es que en sus grandes apuros le llaman siempre. Cuando está muy cansado sale sólo conmigo, me cuenta y consulta todas sus cosas y yo procuro ayudarle como Dios me da a entender.

Dibuja con mucha gracia, lo que le ha servido para ilustrar unos libritos deliciosos que me ha hecho contando hechos, dichos y aventuras de nuestras hijas. Le fastidia el radio, salvo cuando dan música clásica o buena música de baile. Las pequisimas veces que se enfada lo hace como un niño refunfuñón, pero le dura pocos minutos y nunca guarda rencor. Se impacienta de esperar un tranvía y de los descansos en los espectáculos. Es una calamidad para los trabajos manuales. Cosa que coja en sus manos, no sólo no la arregla, sino que queda definitivamente inservible. Canta a grandes gritos, nada divinamente a braza y le gusta el fútbol, sin llegar a ser un «hinchas».

Es enormemente distraído. Un día salió con una corbata de colorines en su uniforme de teniente coronel y al día siguiente se ufanaba de llevarla como era debido; pero en cambio se había puesto una camisa antirreglamentaria. Pocos días después se tuvo que volver a casa porque al corresponder el saludo de un soldado se dio cuenta de que se había dejado la gorra en casa. También se fue a una comida de relativo compromiso un día antes de lo fijado. Tengo que mirarle de vez en cuando la cartera para ver si no sale sin dinero. Como me gustan mucho las flores, me «regala» con frecuencia ramos que manda acompañados de una cariñosa tarjeta... y de la factura, porque salió sin un céntimo de casa.

Le molesta enormemente toda ostentación, hasta el punto de que, teniendo gran facilidad de palabra, no le gusta mucho hablar en público, porque encuentra que todo discurso suele tener algo de teatral. Su ideal para el futuro sería retirarse a un sitio tranquilo donde se pudiera dedicar a leer y escribir mucho.

Marita MARTINEZ VAN DE CAPELLE



Pearl S. Buck

LA NIÑA QUE JAMÁS CRECIÓ

Por Pearl S. BUCK

Traducción de A. Berger-Kiss

Comenzamos a publicar una de las obras más interesantes de la escritora Pearl S. Buck, Premio Nóbel de Literatura 1938.

Se trata de un relato en gran parte autobiográfico y precisamente del problema personal, que, sin duda alguna, constituye el capítulo más dramático y conmovedor de su vida de mujer, de esposa y de novelista. «La niña que jamás creció» es el título de este extraordinario reportaje, que iremos dando en números sucesivos.

DESDE hace mucho tiempo he estado pensando en escribir esta historia. Es una historia verídica, y, por lo tanto, difícil de relatar. Varias razones me ayudaron a llegar a un estado de ánimo esta mañana, después de caminar durante una hora o más a través de los bosques invernales, cuando decidí que era el momento propicio para relatar la historia. Algunas de las razones se encuentran en la cantidad de cartas que he recibido en el curso de los años, de padres que tienen un niño o una niña como la mía. Me escriben para preguntarme lo que deben hacer. Cuando les respondo, lo único que puedo decirles es lo que yo misma he hecho. Me solicitan dos cosas: primero, ¿qué debemos hacer por nuestros niños?; y, segundo, ¿cómo podremos resistir el peso de la angustia que ocasiona el tener un hijo así?

La primera pregunta puedo responderla, pero la segunda es realmente difícil, ya que soportar un sufrimiento inexorable es algo que se aprende sin ayuda. Y simplemente soportar no es suficiente. El soportar se puede convertir en áspera y amarga semilla en nuestras vidas, cosechando un fruto venenoso y lúgubre que destroza otras vidas. Soportar es sólo un comienzo. Deben existir también la aceptación y la comprensión de que un sufrimiento completamente aceptado trae consigo sus recompensas. Porque hay algo de alquimia en el sufrir. Se puede purificar y convertir en sabiduría, la cual, aunque no nos trae el júbilo, por lo menos nos otorga la felicidad.

Mi suprema razón para escribir esta historia es que yo quiero que la vida de mi hija beneficie a los de su generación. Ella jamás creció mentalmente más allá de su niñez, y, por lo tanto, permaneció para siempre como una chiquilla, aunque en años tiene suficiente edad como para haberse casado y tenido sus propios hijos, los nietos que jamás verá.

El primer lamento de mi corazón, cuando comprendí que mi hija nunca llegaría a ser más que una chiquilla, fué el antiguo lamento que brota de aquellos que se enfrentan al sufrimiento inevitable: «¿Por qué me tendrá que pasar esto a mí?» La pregunta no pudo hallar respuesta alguna, y no la hubo. Cuando al fin comprendí que jamás habría una respuesta, mi propia resolución se formó en la determinación de darle significado a lo que no tenía razón de ser, y así proveer una respuesta, aunque fuese producto de mi propia ficción. Resolvía que la vida de mi hijita, cuyas dotes naturales eran extraordinarias, a pesar de que éstas nunca llegarían a expresarse, no se echaría a perder. Si ella no podía aportar lo que debía a los de su generación por medio de su latente genio musical, si su cuerpo sano jamás podría engendrar el fruto de la vida, si sus vigorosas energías no serían usadas de manera creativa, su existencia, como lo fué en el pasado y lo es hoy, tiene que servirle a la humanidad. De una u otra manera su vida tiene que contar. Saber que su vida no fué inútil quizás mitigará lo que no se pudo prevenir o curar.

Esta resolución no me vino de inmediato. La vislumbé poco a poco, pero una vez alcanzada la



Mujeres chinas trabajando en una plantación de arroz

he atesorado a través de todos los días de la existencia de mi hija. He dejado que mi resolución surta su efecto apaciguador, temiendo los ojos inmovibles de los extraños. Ahora, hoy mismo olvidaré a quienes he temido, los cuales al fin de cuentas han sido pecos. Recordaré a tantos que han sido bondadosos, quienes comprenderán los verdaderos propósitos que me animan a relatar esta historia, y querrán llevar a cabo estos propósitos, ya que son los suyos también.

Siempre me ha conmovido, con agradecido asombro, la bondad de la gente. Por los pocos que se entremeten o critican vilmente, por los muy pecos que se alegran del dolor ajeno, hay miles que son bondadosos. He llegado a creer que el corazón humano es bueno por naturaleza, que la bondad se encuentra en toda clase de gentes, que ella está a flor de piel y que prevalece, de hecho, a pesar de otras corrupciones. Esta bondad humana de por sí provee suficiente esperanza para el mundo.

Muchas veces me he preguntado, con el transcurso de los años, si llegará el momento en que sentiré que mi propósito para con mi hija deberá incluir el relato de su historia. Esto lo temí, y lo temo aún. Sin embargo, el momento ha llegado. Pues la marcha para ayudar a todos los pequeños como mi hija ha comenzado en nuestros países. Es demasiado tarde, claro está, para que ella pueda ser ayudada, pero no es demasiado tarde para muchas multitudes de pequeños, y seguramente para otros que habrán de nacer. Porque estamos logrando entender la importancia de las personas mentalmente retardadas en nuestra sociedad humana. Casi una persona de cada cien es o será mentalmente retardada, y la mayoría de éstas son retardadas por causas que no son hereditarias. El antiguo estigma de que «tienen algo en la familia», es, muy a menudo, injusto.

El número de niños retardados no es grande en proporción a la población total, pero es suficiente para causar congoja en todas partes. Hogares desdichados, padres de familia desconcertados, salones de clase confusos por la presencia de aquellos que, sin culpa propia, son como son. Al morir los padres o al no poder cuidarlos más, al darse por vencidos los maestros, estos niños, aislada-

mente y al azar, se enfrentan al mundo, creando estragos dondequiera que se encuentren. Se convierten en instrumento de aquellos que son más avisados; se tornan en desesperanzados delincuentes juveniles, caen en las redes del crimen porque no saben lo que hacen. Y todo esto lo hacen inocentemente, ya que de los muchos niños de Dios, éstos son los más inocentes.

Me regocijo en el albor de una mejor comprensión de tales niños, puesto que la actitud pública hasta ahora ha estado lamentablemente equivocada. Los padres de familia se atemorizan y avergüenzan cuando su niño es atrasado, cuando no puede aprender en la escuela, cuando quizá no puede ni siquiera aprender a hablar. Ha sido una desgracia que se debe esconder. Los vecinos murmuraban que al hijo de Fulano «le falta algo». La familia se enseña a tratar de pretender que el pobre Enriquito o Martica es meramente lento. La vergüenza de los padres contagia a todos los niños, y la tristeza esparce su ruina. El mismo niño, pobre pequeño, siente, aunque sin comprender, su propia inferioridad. Vive rodeado por la lobreguez. Su madre no puede sonreírse cuando lo mira, y su padre mira hacia otro lado al verlo. A pesar de su tierno amor por él—pues el honor del corazón humano protege apasionadamente a la imposibilitada criatura, que es su cruz—, el niño comprende lo suficiente como para darse cuenta de que algo infortunado le está pasando. Su sombra cae delante de sí mismo, hacia dondequiera que él vaya.

Ahora, gracias a Dios, la sombra se está levantando. Los sabios, hombres y mujeres, están comenzando a razonar que es meramente de sentido común aceptar a la persona mentalmente retardada como parte de la familia humana, y educarla en las cosas que sea capaz de hacer, para que pueda ser feliz dentro de su ser y útil a la sociedad. Para que esto pueda realizarse, el trabajo primordial de la investigación científica debe progresar como nunca lo ha hecho hasta el presente. De alguna manera tenemos que descubrir la razón por la cual tantas personas no se desarrollan mentalmente hasta su máxima capacidad. Deben existir causas remediables, y seguramente hay causas que se pueden prevenir. Sabemos, por ejemplo, que si una mujer tiene rubéola durante los primeros tres meses de su preñez, su hijo podrá nacer mentalmente deficiente, pero no sabemos por qué. ¡Tendremos que saberlo! El niño mongoloidé puede aparecer en cualquier familia. Es realmente un infante incompleto, y por lo general es el primero o el último de la familia. Tendremos que saber cuáles son las condiciones en la madre que determinan la gestación de un ser así. No es necesario que nazcan niños para jamás lograr su pleno desarrollo. Las ventanas se han abierto, por fin, sobre este rincón oscuro de la vida humana y la luz ilumina las caras de los niños y el fondo de los corazones de sus padres.

Relato su historia, por lo tanto, para que mi hija pueda compartir una pequeña parte en la creación de esta nueva luz. Ella no puede saber lo que hace, pero yo, que soy su madre, lo haré por ella y en su nombre, para que otros como ella puedan tener el beneficio de un conocimiento más profundo, de un mejor entendimiento. No será fácil contarla toda verazmente, pero no valdría la pena contarla de otra manera. Quizá cuando esté terminada servirá de consuelo, ya que se relata para un propósito muy alto.

Debo regresar a los primeros años de mi juventud de mujer; no, aun antes de eso. Cuando yo era una pequeñuela de apenas siete años de edad, viviendo en la China, mi alma se despertó. Presumo que hasta entonces yo había sido una egoísta criatura infantil, pensando en mis juegos y en nada más que en mis propios caprichos. Tuve pocos amiguitos de juegos, y una de mis queridas amigas era una alegre joven norteamericana que fué nuestra vecina por un corto espacio de tiempo. Estaba casada, y durante los pocos meses en los cuales fué nuestra vecina, dió a luz una niña. Fué mi primera experiencia con un nene norteamericano, y con todo el cariñoso cuidado que recibe el común de los nenes norteamericanos.

Atendía su baño todas las mañanas. Le vaciaba el agua y calentaba su toalla y le pasaba a la madre los vestiditos, uno por uno. Se me otorgaba un momento de regocijo, cuando la pequeñuela de ojos azules y de cabellos de oro, oliendo dulcemente a jabón y a frescura, era puesta en mis brazos. Para mí ese era el momento más sublime del día.

Recuerdo aun ahora, aun después de haber sostenido a tantos nenes en mis brazos, nenes de muchos colores y razas, la alegría que me causó esa primera pequeñuela. Pude haberme entristecido mucho al mudarse nuestros vecinos si mi propia hermanita no hubiese nacido afortunadamente durante aquella misma primavera en el corazón de la vasta y anciana ciudad a orillas del río Yangtse que en aquel entonces fué mi hogar. Nuestro propio nene me mantuvo ocupadísima. Mi madre se enfermó gravemente después del nacimiento, y el cuidado principal del nene cayó sobre nuestra vieja ama china y yo. Me alegré tanto que nunca supe lo cerca que mi madre se hallaba de la muerte.

He comenzado esta historia con sucesos que acontecieron hace mucho tiempo, porque ahora me doy cuenta de que amé a mi hija mucho antes de su nacimiento. Como la mayoría de las mujeres, quise tener mis propios hijos, pero estoy segura de que mi intenso amor a la vida le dió profundidad al deseo natural. Algo, ciertamente, aprendí de los chinos, quienes evalúan a los niños por encima de todas las cosas en la vida. Los chinos aman a los niños por lo que son y aun más. La niñez indica continuidad de la vida humana, y la vida humana es maravillosa y bella. Absorbí la atmósfera en la cual me crié.

Mi hija nació en la madurez de mi juventud de mujer. Estaba llena de energía y de vigor y de la plenitud de la vida. Mi vida transcurrió en lugares que podrían parecer extraños a mis compatriotas norteamericanos, pero que no eran extraños para mí. Mi hogar en ese entonces se encontraba fuera de las murallas de barro de un pueblito en el norte de la China. Desde mis ventanas admiré las millas de tierra llana y cultivada, verde con el trigo y la zahina en el verano y del color del polvo en el invierno. Los días primaverales eran los más hermosos, ya que por encima de los verdes retoños de trigo resplandecían los trémulos espejismos. No teníamos ni lagos ni montañas en las cercanías, más los espejismos los traían hasta donde nosotros. Colgaban como fantásticas esperanzas en el horizonte. Era difícil creer que no eran reales.

Como toda mujer joven, tuve muchos anhelos. Quería escribir libros después de haber vivido lo suficiente como para entender el significado de la vida.

Siempre quise vivir la vida con plenitud y con abundancia, y a veces pienso al revisar mi pasado que corrí a encontrarla. Sin lugar a dudas siempre quise tener niños. Y así, un día primaveral, cuando supe que el primer fruto de mi vientre nacería mi júbilo creció hasta la cima de mis esperanzas. En ese entonces no supe que jamás tendría otros niños. No pensé en esa posibilidad. El destino me había sonreído toda mi vida. Yo nací entre los afortunados. La buena fortuna se me hacía natural. Previ mi hogar lleno de niños.

Recuerdo vividamente la primera vez que mi hija y yo nos miramos. Fué en un día moderadamente caluroso del mes de marzo. Una amiga china me había traído el día anterior una ollada de racimos florecidos de ciruela, y una de las ramitas se había madurado. Eso fué lo primero que vi al recuperarme de los efectos del éter. Luego vi la cara de mi niña. La joven enfermera china la había envuelto en una manta roja y la estaba sosteniendo para que yo la pudiese admirar. Mi hija era muy bella, verdaderamente bella. Su rostro era claro, sus ojos en ese entonces me parecieron inteligentes y serenos. Nos miramos con mutua comprensión y yo me reí.

Recuerdo haberle dicho a la enfermera:

—No es cierto que parece ser muy inteligente? Tenía entonces menos de una hora de nacida.

—Ciertamente lo parece—declaró la enfermera—. Y es muy hermosa también. Debe haber algún destino especial para esta niña.

¡Cuántas veces he pensado en esas palabras! Al principio, mientras la niña crecía siempre sana, siempre buena, pensé en esas palabras con orgullo. Recuerdo cuando la niña no tenía más que dos meses y un antiguo amigo la vió por vez primera. La niña jamás había visto un hombre con bigotes negros y lo miró fijamente por un momento y luego torció la boquita como para ponerse a llorar, aunque algún orgullo interior atajó el brote de las lágrimas que estaban por salir.

—Extraordinario—dijo mi amigo.— Ya es capaz de reconocer lo que le es extraño.

Recuerdo que un mes después ella estaba acostada dentro de una pequeña canasta sobre la cubierta superior de un barco. Yo la había llevado

allí para que respirara el aire fresco de la mañana mientras viajábamos. La gente que se paseaba sobre la cubierta se le acercaba frecuentemente para admirarla, y mi orgullo creció cuando ellos comentaron acerca de su extraña belleza y de la inteligencia que reflejaban sus profundos ojos azules.

No sé dónde ni en qué momento paró el desarrollo de su inteligencia, ni aun hoy en día sabemos por qué sucedió.

Nada había en mi familia que me hiciese temer que mi hija sería una de aquellas que no crecería mentalmente. Ciertamente fui afortunada en tener los antepasados que tuve en ambos lados. La familia de mi padre se distinguió por su mérito en idiomas y en letras, y la familia de mi madre fué muy cultivada. Del lado de su padre, mi hija tenía vigorosos antepasados, quienes produjeron de vez en cuando personas de distinción. No tuve miedos de ninguna naturaleza—verdaderamente era casi demasiado inocente para temer—. Durante mi juventud vi solamente un niño defectuoso, el hijo pequeño de un misionero, y no dejó en mí otra impresión que la de amor y de piedad. Nunca vi niños chinos en ese estado. Parece que hay muy pocos, y aquellos que lo son permanecen en el hogar, cuidadosamente atendidos. Quizás también mueren jóvenes. De todas maneras, ninguna madre joven estaba tan poco preparada como yo para lo que iba a suceder.

El cuerpo de mi niña continuó su sano progreso. En ese entonces ya habíamos dejado el norte de la China y vivíamos en Nanking, la cual, después de Pekín, quizás es la ciudad más rica en historia y humanidades de la China. A pesar de que mi hogar se encontraba dentro de las murallas de la ciudad, teníamos una vida campestre. Nuestra casa se encontraba rodeada por prados y jardines, una arboleda de bambúes e inmensos árboles. Hace siglos, cuando se construyeron las murallas de la ciudad, se incluyó suficiente tierra dentro de sus límites para que la gente no muriese de hambre en caso de sitio. Nuestra vivienda se encontraba rodeada de fincas y pecinas.

Era un hogar agradable y saludable para una niña. Ella todavía era bella, como lo sería hoy en día si la luz de la mente le alumbrase el rostro. Creo que fui la última en percibir que algo iba mal. Ella fué mi primera hija y no tuve oportunidad de compararla con otras. Tenía ella tres años cuando por primera vez comencé a extrañarme.

Ya que a los tres años de edad ella no sabía hablar. Ahora, cuando mis niños adoptados me han enseñado tanto, me doy cuenta de que ella llega a los niños normales tan naturalmente como el respirar. No hay casi necesidad de enseñarles a hablar—aprenden al crecer por el mero hecho de estar entre los que hablan—. Oyen palabras sin darse cuenta, y día a día incrementan sus medios de comunicar los pensamientos que van adquiriendo. Sin embargo, me torné inquieta. En medio de mis placeres alrededores, con todo el fresco interés de un nuevo periodo de historia china cuando el Gobierno nacionalista prometía llevar a cabo tantas esperanzas, encontré que la vida era estimulante y buena. Pero recuerdo cómo creció mi inquietud por mi hija. Parecía estar tan bien con su cabello liso y rubio, sus ojos de un saludable color azul claro. ¡Y entonces, por qué se demoraba en hablar!

Recuerdo haberles preguntado a algunos amigos acerca de sus niños y las charlas interminables acerca de mi nueva ansiedad para con mi hija. Sus respuestas fueron consoladoras, demasiado tranquilizadoras. Me dijeron que los niños empiezan a hablar de diferentes edades, que un niño creciendo en una casa con otros niños aprendía más ligero que un niño único. Me dijeron todas las palabras vacías de convicciones que usan los amigos que desean ser bondadosos, y yo les creí. Después, cuando me enteré de toda la trágica verdad, les pregunté si en ese entonces no habían sabido lo que le había acontecido a mi niña. Me enteré de que sí lo sabían, que lo habían sospechado y rumoreado, y que los más viejos lo sabían, mas no se habían atrevido a decírmelo.



Estos son los tipos y las ciudades que la novelista Pearl S. Buck describe en su novela. Una madre china amamanta a su pequeño durante un descanso en las labores agrícolas

Aun hoy no puedo comprender su silencio. Ya que para mí la verdad es tanto más hermosa que cualquier mentira consoladora, tanto más bondadosa con su filo punzante que el disimulo y la evasión, que mientras mejor amigo sea uno más debe usar la verdad. La herida rápida y necesaria tiene gran valor. Así, pues, mi hija tenía casi cuatro años de edad antes de yo darme cuenta por mí misma que su mente había dejado de crecer. A todos no llega la hora para despertarnos a la triste verdad. A veces todo el despertar viene de una vez y en un momento. Para otros como yo vino en partes, lentamente. Yo no estaba dispuesta a ceder y no creí hasta lo último.

Todo empezó durante un verano en la costa de la China, donde las olas llegan calladamente aun durante las tempestades. Habíamos tenido un moderado y placentero verano, con las playas perfilando las montañas. Me entretuve con mi hija por las mañanas en la playa, y a veces íbamos por las tardes a pasear por los valles en pequeños bujitos grises que se alquilaban al borde de la playa.

La niña había comenzado a hablar, pero solamente un poco, aunque lo suficiente como para acallar mis inquietudes por el momento. Hay que recordar que yo era completamente novata en materia de niños. Ahora mis ojos pueden reconocer en cualquier multitud a una niña como la mía. Veo primero a la niña y luego veo a la madre que trata de sonreír, trata de hablarle alegremente a su hija, su alegría siendo el velo con el cual trata de protegerla. Mas en ese entonces no pude ver a mi hija como era realmente; le atribuí significados especiales a sus gestos y a las pocas palabras entrecortadas que decía. «Ella no habla porque obtiene todo lo que necesita sin hablar», protestó una amiga. Entonces traté de enseñarle a la niña a pedir primero las cosas que quería. Pareció no comprender.

Sin embargo, debí estar más ansiosa de lo que yo misma suponía, ya que un día fui a oír a una especialista norteamericana en Pediatría dictar una conferencia sobre el niño de edad preescolar, y al escucharla me di cuenta de que en realidad algo verdaderamente serio le estaba aconteciendo a mi hija. La doctora expuso las señales de alarma en el desarrollo de los niños que yo no había sabido. La lentitud para caminar, la lentitud para hablar, y una vez pudiendo caminar, la incansante inquietud que tomaba la forma de correr constantemente sin razón alguna para acá y para allá, eran todas señales de alarma. Lo que yo había interpretado como vitalidad en un cuerpo espléndido se presentaba ahora como una forma de energía vital de una mente que no había podido controlar al cuerpo.

Recuerdo que ya una vez terminada la reunión, invité a la doctora para que viniese a examinar a mi hija. Prometió venir al día siguiente. A nadie le comuniqué mis crecientes temores, y a través de aquella noche sin sueño repasé en mi mente todas las señales buenas que el desarrollo de mi hija había mostrado, las cosas que sí sabía hacer: podía comer sola, se podía vestir a pesar de que no se sabía abotonar, le gustaba admirar libros de dibujos, entendía mucho más de lo que sabía expresar. Pero rechacé los consuelos falsos. Quería ahora y rápidamente toda la verdad.

(Continuará.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



Lugares y escenas de la milenaria China que la novelista Pearl S. Buck vivió durante su estancia en aquellas tierras y que magistralmente relata en este primer capítulo de su obra que publicamos en la página 61

"LA NIÑA QUE JAMAS CRECIO"

UN RELATO IMPRESIONANTE
DE PEARL S. BUCK
SOBRE SU
HIJA



NOVELISTA NORTEAMERICANA ESCRIBE EL CAPITULO MAS CONMOVEDOR DE SU VIDA

